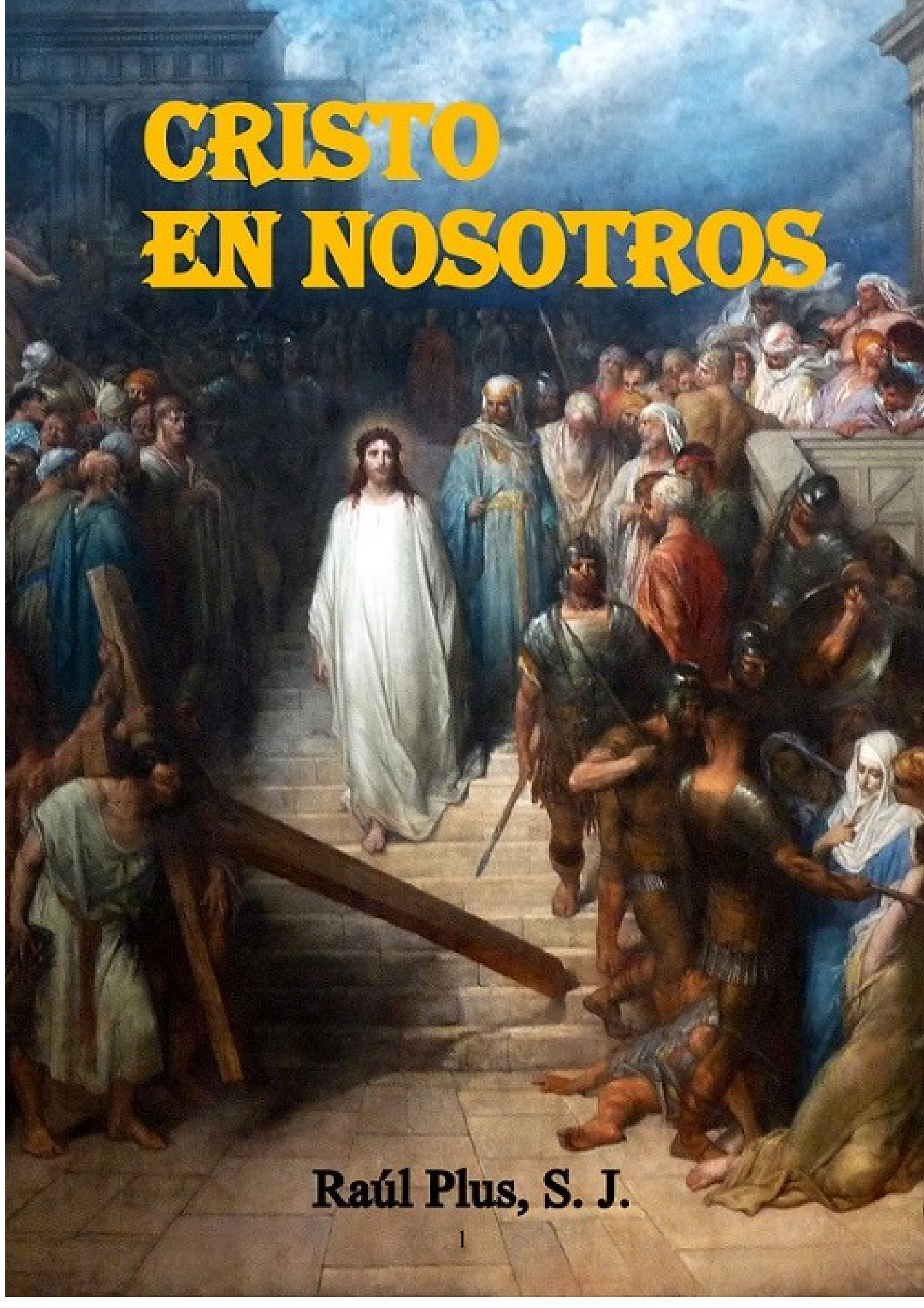


# CRISTO EN NOSOTROS



**Raúl Plus, S. J.**

# **CRISTO en nosotros**

**POR EL**

**Rdo. P. RAÚL PLUS, S. I.**

*Vive en mí Cristo.*

(San Pablo, Gal., II, 20)

NIHIL OBSTAT

*El Censor,*

DR. CIPRIANO MONTSERRAT ROIG, PBRO.

Barcelona, 26 Agosto 1931

† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Sría. Ilma.,

Dr. RAMÓN BAUCCELLS SERRA

# ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	5
<i>Plan de conjunto</i> .....	8
LIBRO I.....	10
EL HECHO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO JESÚS.....	10
<i>Su enunciado</i> .....	10
<i>Su alcance</i> .....	20
<i>Su utilización</i> .....	30
LIBRO II.....	40
EL MODO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO.....	40
<i>Jesús nos diviniza por su espíritu</i> .....	40
<i>La devoción al Espíritu Santo</i> .....	46
LIBRO III.....	54
ORIGEN DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO.....	54
<i>Con relación al Padre que la quiso</i> .....	54
<i>Con relación al Hijo que la mereció</i> .....	62
<i>Con relación al Espíritu Santo que la efectúa</i> .....	67
LIBRO IV.....	79
INTELIGENCIA PRÁCTICA DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO.....	79
<i>El pecado en una vida cristiana</i> .....	79
<i>La renunciación cristiana</i> .....	88
<i>“Jam non ego... Christus”</i> .....	97
LIBRO V.....	107
EXIGENCIAS DE NUESTRA INCORPORACIÓN CON CRISTO JESÚS.....	107
<i>La fidelidad a la gracia</i> .....	107
<i>La fidelidad a la gracia (continuación)</i> .....	115
LIBRO VI.....	124
LA EUCARISTÍA COMO LLAMAMIENTO EL MÁS ELOCUENTE Y AGENTE EL MÁS EFICAZ DE NUESTRA INCORPORACIÓN CON JESUCRISTO.....	124
<i>Ofrecer a Dios Padre a Jesucristo</i> .....	124

<i>Ofrecernos a Dios con Cristo</i> .....	133
<i>Hacerse hostia con la Hostia</i> ” .....	142
LIBRO VII.....	151
EL TÉRMINO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO JESÚS.....	151
<i>Nuestra muerte en Cristo</i> .....	151
<i>Nuestra resurrección en Cristo</i> .....	162
<i>Nuestra vida en Cristo en el cielo</i> .....	170
CONCLUSIÓN.....	178

## Introducción

“*In Christo Jesu*, en Cristo Jesús”. Apenas hay en el Nuevo Testamento una fórmula más repetida. San Pablo la tiene 164 veces, San Juan 24, y en todo el dogma cristiano no hay otra fórmula más llena. Pero al propio tiempo, no hay otra fórmula menos comprendida, por lo menos en su sentido más hondo.

Se conocen los 33 años de vida de Cristo en la tierra, su existencia silenciosa en el Sagrario; y a esto se reduce todo.

Mas hay otra vida de Cristo —menos conocida— que quisiéramos dar a conocer, o por lo menos ayudar a que se conozca más.

¿Cuál es esta otra vida de Cristo?

\* \* \*

Saulo de Tarso se dirigía un día a Damasco para perseguir a los cristianos. Una luz súbita le derriba en el camino, y una voz de lo alto le grita: “Yo soy Jesús a quien tú persigues”.

¿Qué es esto? Saulo persigue a los cristianos, mas ¿qué puede contra Jesús, hace meses resucitado y subido al cielo?

Con todo, la voz que no engaña, dice: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”.

“Cristo y los cristianos” ¿son, pues, una misma cosa?

Precisamente. Los cristianos a quien Saulo persigue, “son Jesús”.

De este Jesús, del que formamos parte, queríamos hablar.

Son demasiado pocos los que saben que existe.

Se dice: *christianus alter Christus*, “el cristiano es otro Cristo”, y nada hay más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. *Otro* no significa aquí *diferente*. No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser, el Cristo único que existe: *Christus facti sumus*, según dice San Agustín. No hemos de hacernos una cosa distinta de él; hemos de convertirnos en él.

Cómo, en qué medida y con qué consecuencias, es lo que pretendemos explicar en este libro.

Doctrina muy audaz, sin duda; pero cuya audacia no es nuestra, sino del Texto inspirado y de la Iglesia que nos lo presenta e interpreta; de los Padres, que tantas veces lo han utilizado —y, en último término, de alguien que puede saberlo bien: del mismo Maestro divino, Jesucristo.

No podemos pensar desde el comienzo en aducir los textos. Irán viniendo a su tiempo en el decurso de este trabajo. Los principales están en la memoria de todos. No es que los ignoremos; mas acaso no sacamos de ellos, para la práctica de la vida, todo el jugo que contienen.

El cristiano es una misma cosa con Jesús. Jesucristo no está “completo” sin nosotros. No es “todo” él, si no somos uno con él. Incorporados a él, somos partes integrantes de su unidad total.

Corolario inmediato: no haciendo todos sino una cosa con Jesús, los unidos a Jesús no hacemos sino una cosa entre nosotros.

Así pues, para estar completo, este trabajo exigiría dos partes. Se puede considerar nuestra incorporación con Cristo:

Desde el punto de vista de la relación de cada cristiano con Jesucristo; y desde el punto de vista de las relaciones de todos los miembros de Cristo entre sí.

En el primer caso, tenemos el problema de la verdadera naturaleza de la vida cristiana individual. Por lo mismo que somos una cosa con Jesucristo, la vida de cada uno de nosotros debe ser Jesucristo: *Mihi vivere Christus est*. —Sólo esto será asunto del presente volumen.

En el otro caso se trata de la verdadera naturaleza de la Iglesia, o como se dice de ordinario, de la Comunión de los Santos. Por el hecho de estar todos unidos con Cristo, no formamos todos más que un solo Cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo: *Unum corpus sumus in Christo*. —En otro libro trataremos —Dios mediante— de esta materia (<sup>1</sup>).

\* \* \*

Se equivocaría quien quisiera encontrar aquí un método de *espiritualidad*. Nuestro objetivo es más bien insistir en aquello que constituye el fundamento de toda espiritualidad.

En la Casa del Padre hay muchas mansiones. Uno escoge como virtud principal, la pobreza, o bien la humildad, o la caridad; y esto con infinitos matices. Otro adopta con preferencia, como base de su ascética, tal verdad doctrinal; vgr.: el dogma Eucarístico, o el Sagrado Corazón, o la

---

<sup>1</sup> *Cristo en nuestros prójimos.*

imitación de Cristo, o de la Virgen Santísima en tal o cual misterio. Aquí se ponen en primer término las miras de orden práctico, allí más bien las ideas especulativas. Apenas hay dos Institutos religiosos sin diferencias al menos de pormenor; como ni dos almas que se dirijan a Dios por alicientes absolutamente idénticos.

Pero más allá de las diversidades accidentales que demuestran la incomparable riqueza de la Iglesia de Dios, no hay que olvidar el común punto de partida, aquí más aparente, allí menos visible, pero en todas partes necesario; a saber: el conjunto de verdades dogmáticas de donde emana toda espiritualidad particular. Cualquiera que sea el matiz o la profundidad o la extensión de las aguas de que viven las diferentes escuelas espirituales, el manantial último que alimenta estas aguas es uno mismo: “La fuente que mana hasta la vida eterna”.

Santa Teresa, Santa Gertrudis, como Santa Margarita María, son compañeras de la Samaritana; todos los maestros de la vida espiritual, en el decurso de los siglos, han acudido al pozo simbólico donde brota el *Agua viva*.

No hay en el mundo más que un pozo de Jacob.

Hablando de una materia del todo diferente de la nuestra, San Pablo, en el cap. III de su primera Epístola a los Corintios, reprende a los nuevos convertidos, el que unos aleguen a Pablo, otros a Apolo, acusando los puntos de divergencia, en lugar de ver más allá de Apolo y Pablo el único personaje que importa: Jesucristo.

Es aquí inoportuna toda idea de reprensión. Conservemos solamente la idea fundamental: — la única ley es Cristo Jesús.

Monografías y estudios publicados recientemente, han dado a conocer al gran público, la espiritualidad Dominicana o Bernardina, la espiritualidad Ignaciana, Benedictina, Sulpiciana, etc.; y se puede sacar provecho de estas lecturas y de las comparaciones con que enriquecen la materia. Pero elogiando los trabajos que procuran de esta suerte notar los caracteres específicos o los métodos tradicionales adoptados y piadosamente observados por cada escuela o familia religiosa, quisiéramos por nuestra parte recordar que, bajo las diferencias más o menos marcadas, la vida espiritual, toda vida espiritual, no es más que la vida cristiana perfeccionada en toda la extensión de la palabra; y, por consiguiente, consistirá esencialmente en llevar, con las menos faltas posibles y según el modo mejor, que será para cada cual el más provechoso, la plena *vida en Cristo*.



## Plan de conjunto

### LIBRO PRIMERO

#### EL HECHO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO JESÚS

- I. —Su enunciado.
- II. —Su alcance.
- III. —Su utilización.

### LIBRO SEGUNDO

#### EL MODO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO

- I. —Jesucristo nos diviniza por su Espíritu.
- II. —La devoción al Espíritu Santo, *cristiana* por excelencia.

### LIBRO TERCERO

#### ORIGEN DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO

- I. —Con relación al *Padre* que la quiso.
- II. —Con relación al *Hijo* que la mereció.
- III. —Con relación al *Espíritu Santo* que la efectúa.

### LIBRO CUARTO

#### INTELIGENCIA PRÁCTICA DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO

- I. —Gravedad del pecado en un miembro de Cristo.
- II. —Obligación de la renunciación; —sus alegrías.
- III. —En el límite: “Ya no yo, sino sólo Cristo”.

### LIBRO QUINTO

#### EXIGENCIAS DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO: LA FIDELIDAD A LA GRACIA

- I. —De qué manera obra en el alma el Espíritu Santo.
- II. —Cómo obra el alma bajo la acción del Espíritu Santo.

## LIBRO SEXTO

LA EUCARISTÍA ES EL RECUERDO MÁS ELOCUENTE Y EL AGENTE MÁS EFICAZ DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO

- I. —Ofrecer al Padre, Jesús.
- II. —Ofrecernos con Jesucristo.
- III. —Hostia con la Hostia.

## LIBRO SEPTIMO

EL FIN DE NUESTRA INCORPORACIÓN A JESUCRISTO

- I. —Nuestra muerte en Cristo.
- II. —Nuestra resurrección con él y en él.
- III. —La posesión del Cielo por él y con él.

# Libro I

## El hecho de nuestra incorporación a Cristo Jesús

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Su enunciado

- I. —Jesús, para salvarnos, nos hace “Cristo”; nos incorpora a sí.
- II. —Verdadera idea del Cristo completo; del Cuerpo místico.

#### I

—“¿Os olvidáis de que soy hija de vuestro Rey?” —dijo (altanera), en un ímpetu de ira, a su institutriz, Luisa de Francia, la hija de Luis XV, que debía más tarde entrar religiosa carmelita, para expiar los pecados de su padre.

—“¿Y vos —replicó la institutriz—, olvidáis que soy hija de vuestro Dios?”

A este recuerdo inesperado de lo que nos enseña la fe sobre el origen divino del más humilde de entre nosotros, la irascible niña se sosegó instantáneamente.

Toda alma en estado de gracia es “hija de Dios”, y las “Voces del cielo” que alentaban a Sta. Juana de Arco, no hallaban mejor estímulo, que reiterarle en lenguaje del Paraíso, estas palabras celestes: “¡Hija de Dios, adelante! ¡Siempre adelante!”

Es ésta, en efecto, palabra celestial, en que se resume la vocación sublime de todos nosotros.

“No imaginéis —decía un célebre obispo— que Dios sea celoso de su título de Dios; que quiera guardarlo para sí solo, y que se complazca en saborear a solas su divinidad” (2). ¡Idea completamente errónea! Dios, al crear al hombre, aspira a divinizarlo. Pero le trata como criatura libre; deja

---

<sup>2</sup> Mgr. Berteaud.

al arbitrio de Adán —para su mayor bien, o para su mayor desgracia—, el cumplir o no la divina voluntad.

“He querido venir gratuitamente y por pura bondad a habitar en ti y en cada uno de los hombres que nacerán de ti; me ha *placido* hacerte a ti y a tus descendientes cien y mil veces más nobles de lo que pide tu naturaleza; de persona humana destinada a hacer actos puramente humanos, he querido hacer de ti un ser *divinizado*. Mas para que conozcas y confieses que no eres dios por ti mismo, sino sólo por mí, te exijo un acto formal de obediencia a mi Infinita y Única Majestad. Te elevaré a un *estado divino* si tú reconoces que soy el único verdadero Dios”.

Algunos comprenden y explican mal la prueba a que Dios sujetó a nuestros padres en el Paraíso. Parecen reducirla a un precepto arbitrario del Altísimo. Pero fue muy de otra suerte.

Nada más justo ni razonable que aquella prueba, nada que cuadre mejor con la naturaleza de Dios, ser infinito, y con la naturaleza del hombre, ser dotado de libertad.

Mas ¡ay! en vez de obediencia hubo rebelión.

La negativa de parte de lo *finito* a reconocer la supremacía única del *Infinito*, encerraba en sí para toda la humanidad solidaria de Adán y Eva, la pérdida del regalo nupcial de *divinidad* que pretendía hacer a nuestros primeros padres en el día de sus bodas.

Y el hombre, por no haber querido reconocer que todo lo que poseía era dádiva de un ser superior a él, perdió su verdadera grandeza; y de hombre *divinizado* quedó convertido en un ser apartado de Dios.

Pérdida de lo sobrenatural, a la cual no damos la debida importancia, porque fallan todos los cálculos humanos cuando se trata de medir lo divino. ¡Tan grande es nuestra cortedad!

Pero Dios, justo apreciador de lo divino, ¡en qué estima tiene lo que perdimos!

Llega hasta el punto de inventar prodigios para restituirlo al hombre.

Podemos dar crédito al Verbo, sabiduría del Padre, que sabe dar a las cosas su verdadero valor y va a decidir devolvémoslo todo.

Gran maravilla fue *la Creación sobrenatural*.

No lo fue menor *la Restauración sobrenatural*, con la venida a la tierra del Verbo hecho carne.

Pero otra tercera maravilla todavía mayor quizás que las dos anteriores, y por desgracia menos conocida que aquéllas, es *el medio escogido por el Verbo hecho hombre* para hacernos partícipes de las riquezas sobrenaturales que su sacrificio nos restituye.

Esta tercera maravilla de amor, es precisamente lo que pretendemos poner de relieve en el presente libro.

Podía muy bien Cristo Nuestro Señor pagar por nosotros, dejándonos extraños a El; diciendo a su Padre: “Los hombres han atentado contra nuestra gloria; me sacrificaré para devolvérosela. ¿Qué cantidad es preciso para ello? —Hela aquí. —Devolvedles, desde luego, vuestros dones.

A la manera que entre los hombres se ofrece uno a pagar una multa en lugar de un deudor insolvente, y no por eso quedan después, si no lo eran antes, parientes o unidos con otro vínculo que el de la amistad. Este acto de caridad, no crea entre los interesados un lazo de familia ni les inocular una misma sangre.

Mas no es así como nos ha salvado el Redentor. No se ha limitado a pagar la suma exigida: “Me pongo en su lugar y pago por ellos”. — No; sino ha dicho a su Padre: “Los hago míos. No sólo serán míos, sino, en algún modo, serán yo mismo; se harán algo de mí”.

...He aquí el *Misterio* por excelencia. No se ha contentado el Señor con hacerse uno de nosotros. *Ha hecho de cada uno de nosotros algo de Sí.*

Cuando San Pablo habla del *Misterio* (Ef 3, 4-5), habla de esto. Y este Misterio, dice, este don que sobrepuja todos los dones, y que él, Pablo, aprendió por revelación divina, que ningún príncipe de la tierra ha conocido (1 Cor 2, 7-10), cuyas profundidades no habían podido penetrar hasta la venida del Señor ni las mismas potestades, ni los principados del cielo; este Misterio, hay que manifestarlo a los ojos de todos (Ef 3, 9-10).

Pongamos en práctica el consejo del Apóstol.

Nuestro Señor, durante los tres años de su ministerio apostólico, había callado esta maravilla. Por otra parte, ¿cómo habrían podido comprenderla los Apóstoles, hallándose por entonces su inteligencia tan embotada para entender las cosas divinas? Pero el Señor va ya a partirse. Sólo le quedan unas pocas horas para estar con ellos. Ha llegado el momento de descubrirles la médula del Evangelio.

Para ello echa mano de una parábola.

El Colegio apostólico ha podido ver frecuentemente durante sus correrías por Judea, Samaría y Galilea, aquellas hermosas parras orientales que extienden sus sarmientos sobre los márgenes de piedra seca resplandeciente por el sol.

“Yo soy —les dice el Señor— como una de esas pujantes vides, soy *la Vid* por excelencia, y mi Padre el viñador. Todo sarmiento que no lleva fruto en mí, lo corta; y todo sarmiento que produce fruto, lo poda, para que produzca más... Como el sarmiento no puede llevar fruto, si no permanece unido a la vid, tampoco lo podéis llevar vosotros, si no permanecéis en mí”.

Y el Señor insiste de nuevo, para que no nos equivoquemos y se nos fije bien en la memoria:

“Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos. Aquel que permanece en mí, y en quien yo permanezco, lleva mucho fruto: porque separados de mí, nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, es lanzado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego recogen esos sarmientos, los echan al fuego y arden... Gloria es de mi Padre que llevéis mucho fruto”.

San Pablo presenta algo modificada esta comparación: “Hemos sido injertados en Cristo (Rom 4, 5). Cristo es el olivo sobre que debemos ser injertados para llegar a participar de la rica savia de la raíz, para llegar a ser (según una expresión imposible de traducir) “compañeros de la raíz y participantes de la pulpa que nutre al olivo” (Rom 11, 17).

Por lo demás, el Apóstol no se agota. En cada carta halla una nueva comparación<sup>3</sup>). La más característica es la del cuerpo humano.

“Al modo que el cuerpo humano es uno, y se compone de varios miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de su variedad, no forman más que un cuerpo; así en Cristo. El cuerpo no es un solo miembro sino que se compone de varios...”

“Sois el cuerpo de Cristo y sois sus miembros, cada uno a su modo” (1 Cor 12, 12-27).

A los mismos Corintios les escribía:

“¿Ignoráis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Aquél que se une al Señor es un mismo espíritu con él” (1 Cor 6, 15-16).

En toda la carta a los fieles de Éfeso no tiene el Apóstol otra idea dominante. — La doctrina que ha recibido la misión de enseñar, es que

---

<sup>3</sup> Las Epístolas de la Cautividad, sobre todo, tienen por asunto principal, precisamente la íntima unión de los cristianos con Cristo.

Dios ha dado a Cristo por Cabeza a la Iglesia, que es su cuerpo y su complemento; y que todos, Judíos y Gentiles, han sido unidos a Cristo en un solo y único cuerpo (<sup>4</sup>).

E intercalando en su texto otra metáfora, escribe San Pablo:

“No sois ya extraños... sino miembros de la familia de Dios, puesto que estáis *edificados* sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, cuya piedra angular es Jesucristo. Sobre él se eleva todo el edificio ordenado para formar un templo santo en el Señor...”.

De todos estos testimonios y de las múltiples alusiones contenidas en las *Epístolas* y en San Juan, se desprende con gran claridad esta idea:

Cristo, para salvamos, no se contentó con pagar lo que debíamos; no sólo echó sobre nosotros un modo de capa protectora, imitando, vgr. (que es comparación del mismo Cristo), a la gallina que cobija a los polluelos bajo sus alas.

Hizo mucho más: nos incorporó a sí; nos injertó en sí; hizo de nosotros, despreciables guijarros dispersos, piedras de un suntuoso edificio orgánico y viviente, del cual él se puso por piedra angular.

Bajo estas diferentes comparaciones, siempre aparece la misma idea; y conviene familiarizarse con ella.

Cristo Nuestro Señor, para salvamos, no quiso substituirnos solamente, dejándonos separados de él. Nos solidarizó consigo, uniéndose con nosotros de un modo íntimo y vital; de suerte que, desde entonces, cuando el Padre Eterno mira a un redimido, lo ve como “algo de Jesús”, y cuando mira a Jesús, lo ve con todos sus redimidos injertados en él.

El último de los pámpanos que se balancea en el extremo del último sarmiento, forma parte de la cepa viva; mientras no cae en el polvo, separado del tronco, llega a él la savia.

La menor de las piedras del edificio, con tal que el viento y la lluvia no la hayan descalzado y hecho caer al suelo, puede gloriarse de formar parte del edificio.

Y la menor de las falanges del dedo meñique, participa de la vida del organismo entero, con tal que no haya sido cortada y separada de él.

---

<sup>4</sup> El misterio de Cristo comprende dos planes: en primer lugar, la unión de unidad de los judíos que tienen fe en el Salvador Jesús, con este divino Redentor, y en segundo lugar, la extensión aun a los no judíos —o gentiles— de esta adorable misericordia.

De esta suerte se nos presenta completa la imagen de Jesucristo, el Cristo completo, el Cristo total según el modo de hablar de San Agustín, uno y múltiple a la vez, que comprende el Cristo hijo de la Virgen Santísima y muy amado del Padre, y además a todos los Cristificados, es decir: hechos Cristo a fin de quedar divinizados.

¿Comenzamos ya a entrever *el Misterio oculto*, ese magnífico plan de Dios de salvar a todos los hombres incorporándolos a su muy amado Hijo?

## II

Esforcémonos con humildad y recogimiento, por penetrar más adentro.

La idea dominante es, pues, ésta: Jesucristo completo, es *Cristo más nosotros*.

Esto no puede admitirse si no es que convierta él nuestra vida en suya y su vida en nuestra.

¿Podemos pretender tal cosa?

Podemos, y debemos.

En primer lugar, *nosotros vivimos en él*.

Pruebas son las palabras tan elocuentes que emplea el Apóstol. Con Cristo estamos muertos: *commortui* (2 Tim 2, 11); con él, sepultados: *consepulti* (Rom 6, 4); con él, resucitados: *conressuscitati* (Ef 2, 6); viviremos con él: *convivemus* (2 Tim 2, 11); con él reinaremos en los cielos (2 Tim 2, 12); con él estamos sentados ya desde ahora a la diestra del Padre (Ef 2, 16); con él, añade San Mateo, juzgaremos las doce tribus de Israel (Mt 28, 28). Y San Agustín, comentando el salmo 74: “*Cum accepero tempus ego justitias judicabo*”: “Al fin de los tiempos juzgaré las justicias”, utiliza este último texto para probar que hay que referir el *ego* del salmo al Cristo completo, a la Cabeza con los miembros (Salmo 74, 5).

A su vez, Jesús vive en *cada uno de nosotros*; vive en el pobre (Mt 10, 42), en el cautivo (Mt 15, 36), en el indigente (Mt 25, 36-42).

El es el que sufre persecución en nosotros — hemos llamado la atención sobre este texto cardinal de los “Hechos de los Apóstoles” (9, 4).

Nuestros sufrimientos completan lo que falta a su Pasión (Col 1, 24). El es el que combate en nosotros (Col 1, 29), el que triunfa (Col 1, 24).

Para traducir al lenguaje de los fieles las palabras del Apóstol, San Juan Crisóstomo no duda en decir: “Hemos aquí convertidos de judíos,



paganos o esclavos, ¿en qué? ¿En ángeles? No, ciertamente. En Cristos, en otros Jesús” (5).

De este modo tenemos dos realidades que se corresponden:

Todo lo que Jesús hizo, lo hizo como Cabeza de su Cuerpo místico, de que somos miembros.

Todo lo que cada cristiano hace por virtud de la gracia, no lo hace solo, Cristo lo obra *con él y en él*.

Cristo y el cristiano son solidarios y no se hallan el uno sin el otro. En lo que Cristo quiso hacer o padecer, cada cristiano le fue asociado por una gloriosa *anticipación*. En aquello que obran o padecen los cristianos, toma a su vez parte Cristo, y goza o sufre con ellos, según el caso.

De ahí las expresiones que, a primera vista, sorprenden; pero que son claras si se reflexiona: Cristianos, hemos muerto en el Calvario; resucitamos el día de Pascua; subimos a los cielos el de la Ascensión (6), —por anticipación, ciertamente, pero de modo muy real—, en la Persona de Aquél que es nuestra Cabeza, con quien somos “uno”. Y San Pablo: “Dios nos ha vivificado con Cristo, nos ha resucitado a una con él, y nos ha hecho sentar juntos en los cielos en Jesucristo”. “Al subir Cristo a los cielos, no hemos sido tan sólo confirmados en nuestro derecho de poseer el Paraíso, sino que además penetramos en él con Cristo” (7).

Tal fue antes nuestro papel en Jesús; he aquí ahora el papel de Jesús en nosotros.

Cristianos en gracia, ¿nos aqueja un sufrimiento? Es Jesucristo el que sufre en nosotros. Eso sabían bien los mártires: Sta. Felicitas afirmaba con seguridad, en su prisión de Cartago, que Cristo estaría con ella en la hora del suplicio; sufriría en su lugar, ya que ella iba a padecer por él. El mismo lenguaje emplean las iglesias de Vienne y de Lyon, al relatar el martirio del diácono Sanetus: “Todo el cuerpo estaba hecho una llaga, pero Cristo, que padecía en él, manifestaba que no hay cosa temible, cuando se ama al Padre”.

Del mismo modo que los santos, hablan los doctores; citemos a San Agustín el primero: “La Iglesia sufría en Cristo cuando Cristo sufría por ella; Cristo, a su vez, sufre en la Iglesia, cuando ésta sufre por él”.

---

<sup>5</sup> In Ep. Ad Gal.

<sup>6</sup> Insistiremos más adelante. Aquí no se trata más que de un esquema general.

<sup>7</sup> San León Magno.

Hemos citado sólo el sufrimiento; pero debemos generalizar. Todas las acciones del cristiano en gracia pueden ser consideradas como acciones de Cristo.

¿Dirigimos a Dios una plegaria? — Jesús ruega con nosotros y en nosotros. Su oración es nuestra, como la nuestra es suya. “Cuando se habla de la oración de Jesucristo, observa San Agustín —a quien habremos de citar con frecuencia, por ser después de San Pablo y San Juan el que mejor comprendió y explicó nuestra incorporación al Salvador—, esto puede significar o la oración dirigida por Jesús en persona o la dirigida por nosotros, cristianos; una y otra no son más que una sola plegaria, pues la Cabeza y el Cuerpo místico de Cristo están de tal suerte unidos que no pueden ser separados entre sí” (8).

¿Ejercitamos *la humildad*? — Ésta se une a la que ejercitó Jesús en los grandes misterios en que se anonadó, como la Encarnación, el lavatorio de los pies, la Eucaristía, etc., para formar una *sola* y única humildad: la del *Cristo completo*, que continúa por nosotros y en nosotros ofreciendo a su Padre el homenaje de la criatura que se pone en su verdadero lugar.

¿Practicamos *la pobreza*? — Se junta ésta a la pobreza del Pesebre y a los múltiples efectos que de ella sufrió nuestro Salvador Jesús en Nazaret, huida a Egipto, en las austeridades de su vida pública, donde no tuvo ni una piedra en que reclinar su cabeza... y todo esto forma *una sola* y *única pobreza*, la del *Cristo completo*, para proclamar ante el Padre el menosprecio de los falsos bienes del mundo.

¿Observamos *el recogimiento*? — Este recogimiento se une con el de nuestro Maestro en la soledad de los cuarenta días en el desierto o al de las tres horas de agonía en la Cruz; y así unidos en partida doble el nuestro y el suyo en un único recogimiento, el del *Cristo completo*, ponen de manifiesto los bienes del silencio y el precio de la oración.

¿Nos entregamos a las *obras de celo*? — Nuestro espíritu de sacrificio por el bien de las almas se lanza como pequeño arroyo en el caudaloso río del celo abrasado de Jesús. Nuestros sudores y, si Dios nos honra con el martirio, nuestra sangre, se mezclan a su sangre; para formar un único torrente de generosidad que, emanando del Cristo total procura resarcir las indiferencias y bajezas, rodear victoriosamente los islotes de inercia, y arrastrar a las profundidades del mar la flojedad y cobardía, para preservar de ellas al mundo.

---

<sup>8</sup> *In Ps.*, XI.

Lo mismo podríamos ir diciendo de todas las virtudes. Pero basta lo dicho para poner de manifiesto el principio:

Para Dios no existe en el mundo más que un solo personaje capaz de alabarle como él quiere. No hay sino uno solo que ore, que guarde el recogimiento, que sea pobre de espíritu, sacrificado, etc., y éste es Jesucristo. Pero bajo este nombre hay que entender a *todo* Jesucristo, esto es, la Cabeza y los miembros, por tanto, lo mismo —aunque por títulos muy diferentes— a todos los mortales (en estado de gracia), que al Hijo del Hombre; lo mismo a cada uno de los hombres en gracia, que al Redentor del género humano.

Jesús nos ha contenido y nos contiene en sí a todos. En nosotros Jesús se continúa y completa. Verdadero intercambio y conjugación; doble prolongación cruzada,

Y es tan estrecha esta unión entre Cristo y los cristianos, que la expresión *Cristo* ya sirve para designar a Cristo solo, ya a Cristo más los cristianos; y podrá atribuirse a una, o a otra de esas dos realidades lo que a primera vista parecía convenir sólo a una de las dos, a causa de ser entrambas sujeto de las mismas operaciones.

Cierto, podremos siempre considerar a Nuestro Señor únicamente en su ser físico individual, y, como tal no necesitado de complemento alguno; pero se le puede además estudiar como cabeza de su Cuerpo místico: la humanidad redimida, y así considerado, debemos completarlo. Y fácilmente se echa de ver cuánto puede aumentar nuestra devoción este segundo punto de vista.

Dos aspectos hay en Cristo Nuestro Señor. Ha acabado y continúa. Ha terminado y persevera. Está completo y quiere aún completarse.

Habiendo bajado a vivir entre nosotros, debe subir de nuevo al lado de su Padre. Parte. ¿Creéis que efectivamente lo hace? Sí; y con todo se queda. Parte, y por esto celebramos la Ascensión. Se queda, y gracias a ello poseemos la Eucaristía; y no hay contradicción entre estos dos misterios.

Muere en el Calvario y su sacrificio está consumado. El mismo lo declara. “He llevado al término mi obra. No queda cosa alguna por acabar”. Y, con todo, la noche antes había dado a los Apóstoles poder para prolongar el Sacrificio de la Cruz y continuar la escena del Calvario. “Todo está acabado”, he aquí el Sacrificio del Gólgota. “Haced esto en memoria mía”, he aquí el Sacrificio de la Misa. Nada faltaba ya en el Gólgota; pero algo habría faltado a la Cruz sin la Misa.

Cristo ha sufrido la Pasión. Ha apurado el cáliz hasta las heces. ¿Qué sufrimiento se le podría añadir? — *Ninguno*.

Sin embargo es preciso que con nuestros sufrimientos individuales *completemos* las pasiones de Cristo.

De esta suerte, en la doctrina del Maestro los dos puntos de vista resaltan a cada paso. Ya se nos habla de él como el Único, del Hijo único, del muy Amado, del único engendrado por el Padre (Salmo 2, 7), ya se le llama no el único, sino el Primogénito; *Primogenitus*, el primero entre los hermanos. Y, realmente, se verifican igualmente en él los dos títulos: es el Único y el Primero. En la Sagrada Escritura se trata a menudo del Cristo que vivió en la tierra, del Cristo de la historia, Hijo de la Virgen María, del Galileo, del que pasó su vida trabajando y murió en la Cruz; entiéndase bien: *completo*. Otras veces, del Cristo que vive en las almas, del Cristo que, vuelto a los cielos, se perpetúa por su Espíritu en cada cristiano en gracia, capaz de tal cabeza y de acrecentamientos indefinidos en la virtud según la medida de la predestinación divina y el fervor de cada uno.

Debemos esforzarnos para conocer a Cristo bajo este aspecto, y confiamos que las páginas que siguen ayudarán a ello.

## CAPÍTULO II

### Su alcance

- I. — ¿Lazo jurídico o moral? — *Unión mística*.
- II. — La mediación de Cristo.

#### I

El enunciado parece claro. Se apoya sobre múltiples afirmaciones.

Pero ¿hasta qué punto nos ha hecho Cristo solidarios de su propio ser; hasta qué punto nos ha hecho a nosotros cosa suya?

Si la expresión se toma *a la letra*, ¿no es una *blasfemia*? Si se la toma en sentido *metafórico*, ¿es algo más que una pura fórmula verbal sin transcendencia?

Afirmamos que la expresión debe tomarse a la letra, y no en modo alguno blasfemia.

Evidentemente, cuando leemos en San León (<sup>9</sup>): “el cuerpo del justificado se convierte en la carne del Crucificado”, no debe entenderse que el hombre redimido se convierta en parte *real* del cuerpo físico de Jesucristo. Sería esto un grosero error.

Pero, ¿concluiremos por eso, que no hay entre Cristo y nosotros más que una unión, pura y exclusivamente moral, cual la que existe, vgr., entre los miembros de una asociación; o un lazo simplemente jurídico —mera imputación exterior—; vgr., según esta fórmula: “Quede establecido para en adelante, que os consideraré como parte de mi ser? — En realidad no habrá nada de esto; pero se entenderá, ya que os declaro míos delante de mi Padre, que él os considerará no formando conmigo más que una sola cosa”.

¿Se contentó Cristo con esto? No. Hizo mucho más. Contrajo con nosotros una unión sobrenatural real y verdadera —*quasi physica*, según la expresión de algunos—, modo de unión completamente singular, que, por

---

<sup>9</sup> San León: *Serm. XIV, de Passione*.

falla de otra palabra más propia, designamos con el nombre de unión mística <sup>(10)</sup>; lo cual debe entenderse del modo siguiente:

La verdadera fórmula de nuestra incorporación a Jesucristo, no es: “Todo pasa como si formásemos una cosa con él”; ni tampoco: “los tomo bajo mi protección, ellos son propiedad y cosa mía; me agrada unirlos a mi Persona, como cosa perteneciente a mi propio ser”.

La verdadera fórmula de nuestra incorporación a Jesucristo es ésta: “Somos uno, real y verdadera (aunque no físicamente), con él” <sup>(11)</sup>.

Consideremos atentamente la comparación de Jesús: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”, o la de San Pablo: “Estamos injertados en Cristo”; “Cristo es el olivo en el cual es preciso ser injertado para llegar a participar de la rica savia de la raíz”. Ahora bien, la savia que sube por el tronco injertado es algo más que un título “jurídico” o “moral”.

Si se desmenuza la comparación del cuerpo y de los miembros tal cual el Apóstol en multitud de ocasiones (explícitamente en cuatro por lo menos) la desenvuelve con exuberancia de aplicaciones, es imposible admitir que la vida que circula en un organismo tal cual lo describe, y que pone en comunicación los miembros, con la cabeza y entre sí, sea una vida puramente metafórica <sup>(12)</sup>.

Jamás, sobre este punto, los doctores de la Iglesia y los grandes ascetas han emitido la menor duda.

“*Como miembros de Cristo, somos su carne y sus huesos, escribe San Ambrosio. ¿En qué está nuestra salvación?: en estar con Cristo, entrar en la unidad de su cuerpo. Ahí, no hay defecto, ni huella alguna de pecado*” <sup>(13)</sup>.

---

<sup>10</sup> *Místico* no tiene aquí el sentido que se le da, vgr. en las expresiones “fenómenos místicos”. En lo tocante a la Incorporación, *místico* designa nuestras relaciones *normales* con Cristo; la vida sobrenatural *común* a toda alma cristiana. En la segunda acepción, mucho más restringida, se refiere a una forma *especial y relativamente rara* de esta misma vida. Es lástima tener que emplear una misma designación para cosas, todas misteriosas, pero muy diferentes.

<sup>11</sup> Realidad, “verdadera realidad, pues es sujeto de atribuciones, propiedades y derechos. Místico no se opone a real, y hay realidades fuera de aquello que se palpa y se pesa” (Prat: *Theologie de Saint Paul*, I, 417).

<sup>12</sup> Cuán significativo es, entre muchos, el pasaje donde se trata de aquel iluminado de Colosos, “que sin estar unido con la cabeza, de la cual todo el cuerpo alimentado y organizado por sus ligaduras y coyunturas, crece en aumento de Dios”. (I Col., II, 19).

<sup>13</sup> San Ambrosio: *In Psalm.*, XXXIX, 12.

Innumerables son los pasajes de San Agustín, que no tienen sentido sino tomados a la letra.

“La cabeza y el cuerpo forman un todo único, un solo Jesús. Dos en una sola carne, en una sola voz, en una sola pasión, y, una vez pasada la prueba, en un solo reposo” (14).

“Cristo nos ha incorporado a Sí, nos ha hecho miembros suyos. En él, nos hemos convertido en Cristo. Somos realmente su cuerpo. En él, dependemos de Cristo, *Christi sumus*”; mejor aún, “*Christus sumus*, no sólo *de* Cristo, sino Cristo” (15).

La afirmación es demasiado clara, para dar lugar a ambigüedad.

Después de las palabras de San Agustín, citemos las de Santa Catalina de Sena: la gran mística al lado del gran doctor. En ninguna parte puede hallarse comentario mejor sobre la comparación de la vid y los sarmientos.

He aquí lo que escribe a Fray Guillermo de Inglaterra, monje Agustino:

“Yo, la esclava de los siervos del Hijo de Dios, os exhorto por su sangre preciosa —sabido es que ésta era la fórmula con que comenzaba sus cartas—; con el deseo de veros transformado en su caridad inefable, para que los que éramos árboles bordes y estériles, quedemos injertados en el Árbol de vida. Entonces produciremos frutos sabrosos, no por nosotros mismos, sino por el Maestro de la gracia, que está en nosotros...

“Para que no estemos separados de vos, oh Verbo encarnado, habéis querido injertaros en nuestra naturaleza, y lo habéis hecho sembrando vuestra *Palabra* en el seno fecundo de María; cierto es que el alma vive por vos.

“...Oh Padre mío, unámonos fuertemente al Árbol fértil, con el fin de que el Maestro no suba a los cielos sin nosotros.

“...Termino conjurándoos que estéis siempre unido al Árbol divino, y transformado en Jesús crucificado” (16).

A Fray Nicolás, Olivetano, de Florencia, escribe:

“¡Un Dios injertado en nuestra carne, un Dios hecho hombre! ¡Y no nos maravillamos! ¡Oh dulce y excelente injerto! El hombre era estéril porque no participaba de la savia de la gracia, que hace producir frutos.

---

<sup>14</sup> Aug., *In Psalm.*, LXXI, 4.

<sup>15</sup> Aug., *In Psalm.*, XXVI, Enarr., 2.

<sup>16</sup> *Cartas*, Ed. Cartidr, Poussielgue 1886, III, carta CLXXIV.

Aprendamos a desear aprovecharnos de este santo injerto, y a ingerirnos en este tronco, único que sazona las verdaderas virtudes, madero labrado con las abiertas llagas, Hijo de Dios, Verbo encarnado” (17).

En los injertos ordinarios el tronco es el silvestre. Para San Pablo lo son los ramos. Pero importa poco esta diferencia. El Apóstol no se preocupa de la exactitud científica. Bajo una comparación imperfectamente propuesta aparece clarísima la idea. Ni cuida más del estilo literario; las imágenes se suceden y se entrelazan; a veces se mezclan hasta el punto de enredarse. Pero en el autor de las Epístolas la idea lo es todo de tal suerte, se le presenta con tal fuerza, la domina tan perfectamente, o mejor dicho, está poseído de ella tan victoriosamente; que brota de su alma, se filtra por todos los resquicios que encuentra, se aprovecha de todos los medios de expresión que se le ofrecen, ávida de expansionarse y convertirse en torrente para arrastrar tras sí el convencimiento con fuerza irresistible.

Sin dificultad alguna, San Pablo combina la comparación del cuerpo humano, ya con la de la planta injertada, ya con la del edificio.

Los fieles todos unidos en Cristo forman un *edificio* que debe *echar raíces* en la caridad, *edificado* sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, y que tiene por *piedra angular* al mismo Cristo, *coedificado*, para

---

<sup>17</sup> *Cartas*, t. II, carta CXXVI, pág. 334. —Compárese la oración de la Santa, compuesta en Roma el miércoles 3 de Marzo de 1379.

Oh Trinidad Eterna, Dios omnipotente, somos árboles de muerte, y Vos sois el Árbol de la Vida. Dios infinito, ¡qué espectáculo para ver en vuestra luz el árbol de vuestra criatura! Vos habíais sacado de Vos, Pureza suma, su alma pura e inocente y la unisteis a un cuerpo formado del limo de la tierra. Habíais dado a este árbol, por ramas, las potencias del alma...

“¡Ay! este árbol se alejó de la inocencia por el pecado; hecho árbol de muerte, no podía ya producir más que frutos envenenados. Mas, oh eterna Trinidad, os apasionasteis por vuestra criatura hasta la locura; y cuando visteis que este árbol no debía ya producir más que frutos de muerte, porque estaba apartado de Vos, que sois la vida, lo salvasteis por aquel mismo amor que os movió a crearlo; injertasteis vuestra divinidad en el árbol perdido de nuestra Humanidad. Injerto bueno y benéfico, mezclasteis vuestra dulzura a nuestra amargura, el resplandor con las tinieblas, la sabiduría con la locura, la vida con la muerte, lo infinito con lo finito.

“Después de la injuria que os había hecho vuestra criatura ¿quién os pudo mover a esta unión que nos devuelve la Vida? El amor; sólo el amor, y este injerto maravilloso ha vencido la muerte.

“Pero esto no bastaba; quisisteis regar este árbol con vuestra propia Sangre, y esta sangre, por su virtud, hizo fructificar el árbol desde el momento en que el hombre consiente en unirse y vivir en Vos...”



ser por el Espíritu Santo la morada de Dios (Ef 3, 11). “La Iglesia es un cuerpo y un edificio. El cuerpo crece y el edificio se construye”, o más concisamente: “*el cuerpo se edifica*” (Ef 3, 12).

Cada una de estas comparaciones presenta sus ventajas: el edificio indica la solidez del todo completo; el injerto, nuestra dependencia radical de Jesucristo; el cuerpo, el hecho de que nuestra unión con Cristo Nuestro Señor es vital y viviente.

De las dos últimas comparaciones, sin duda alguna, y de su misma combinación en la comparación del edificio —en sí imagen sin vida—, de las ideas de raíz y de cuerpo —objetos vivientes—, ¿no resulta con evidencia que se trata, entre Cristo y nosotros, de una comunicación perfectamente real y vital; y que las dos palabras *jefe* y *cabeza* deben tomarse en su sentido propio latino *caput*, esto es, con la idea de superioridad y de mando, pero principalmente bajo la idea más importante todavía de influjo generador y conservador de vida? <sup>(18)</sup>.

Las comparaciones, cierto, no son razones. Pero muchas veces está más completa la verdad en una imagen que en la idea sola <sup>(19)</sup>; en la imagen está la idea, más la forma que le da vida y es causa de que sea inmediatamente asimilable.

Cristo Nuestro Señor gustaba de hablar en imágenes; conocía el modo más práctico de hablar a los hombres.

“He venido a *pegar fuego* a la tierra”, “la mies blanquea ya”, “soy la luz”, “soy el camino”, “yo soy la puerta”, “el agua que brota hasta la vida eterna...”. Algunas de estas metáforas están tan identificadas con el modo de expresar el dogma, han penetrado de tal suerte en su trama, que no pueden dejarse de usar sin lastimar al mismo dogma <sup>(20)</sup>.

---

<sup>18</sup> A este propósito, es muy claro el Concilio de Trento:

“Como la cabeza impera los miembros, como la cepa penetra con su savia todos los sarmientos, así el Cristo Jesús ejerce su influencia sobre *todos* los justos en *todo momento*; esta influencia es la que precede, acompaña y corona sus buenas obras, y las hace agradables a Dios y meritorias delante de él”. *Ses. VI, canon 16.*

<sup>19</sup> A menudo; —no siempre. La imagen puede oscurecer a veces la claridad de la idea, pero no tanto como imagen, sino como imagen no perfectamente adaptada a la idea que quiere expresar. Queda, pues, verdadera la proposición general. Después de una explicación abstracta que nadie ha entendido, como se ve demasiado claramente, acaece expresarse uno en forma concreta, que haga “ver”; en seguida se iluminan las frentes. Se ha entendido.

<sup>20</sup> D’Alés: *Etudes*, tom. CXXXV, 1913, pág. 172. *Le dogme catholique de la Rédemption.*

El P. Prat hace notar que es preciso tomar en sentido absolutamente riguroso las comparaciones del injerto, del edificio, o del cuerpo humano. No busquemos, pues, bajo el singular vigor de estas palabras, significados simbólicos. “No; a la letra, y no de otro modo, deben entenderse” (21).

## II

Se ve, pues, cuál sea el oficio principal de Cristo. Es por excelencia el mediador, “*el que se halla en medio*”. Colocado entre Dios y los hombres, encierra en sí toda la divinidad, y une consigo la humanidad, formando así el nudo de una inmensa red.

En el término superior, se halla Dios, Vida infinita. Esa vida infinita está contenida, y como represada en ese personaje único y central: *Jesucristo*.

Luego, en el plano inferior, está la humanidad, la humanidad indigna, unida a Jesucristo por el lazo vital de la gracia santificante, de la cual podemos participar de nuevo; esa humanidad, en otro tiempo rebelada contra Dios, pero que Cristo, nuevo Adán, ha tomado bajo su égida.

Cuando San Pablo se imagina verlo todo “recapitulado en Cristo”, emplea una palabra de singular fuerza: *oenakephalaiósasthai*, ponerlo todo de nuevo bajo una cabeza, reunirlo todo bajo el cetro de Jesucristo (Ef 1, 10).

Dios, en el día de la Creación, nos “deificó” directamente, sin intermediario; aunque por respeto de Cristo. La vida sobrenatural descendió directamente de Dios al hombre.

Pero después de la caída y la Redención, entre Dios y el hombre hay un *medianero* imprescindible; el Hombre Dios, descendido del Cielo, al par que levantado sobre la tierra; descendido para traernos lo divino, levantado en la cruz para atraernos a sí (22).

---

<sup>21</sup> La observación, muy exacta, es de Blondel: *L'Action*, pág. 422. El mismo añade: “¿Se ha reflexionado sobre el extraño poder del injerto? Bastan algunas células vivas ingeridas en el tallo, para que en este ser viviente se produzca una revolución fisiológica que renueva la savia del tronco borde y súbitamente, por una magia natural, la fecundidad reemplaza a la esterilidad. De esta suerte, la inserción en nuestras vísceras de una idea de fe, de una operación sacramental, reforma y trasfigura las operaciones de la naturaleza”.

<sup>22</sup> *Cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Joan. XII, 32), —San Pablo caracteriza bien este oficio de Cristo cuando escribe: “Dios quiso hacer morar en él toda plenitud; y reconciliar por él a sí mismo todas las cosas, pacificando por la

En adelante lo divino no nos llegará si no es por mediación de ese Muy Amado Jesús, colocado entre el cielo y la tierra.

En él “habita la plenitud de todas las gracias” (23) y todo *don perfecto*; lo encierra y lo reparte; y no encierra sino para repartir. De esa su plenitud lo recibimos todo (24). No hay auxilio por mínimo que sea que no venga de Cristo y por Cristo; con esta condición: que estemos en Cristo, que permanezcamos unidos a él, que formemos parte de él.

Desde la Redención, ningún mortal es divinizado si no forma cuerpo con el Hijo del Hombre.

Siendo nosotros un compuesto de espíritu y materia, ha querido el Señor, para producir la gracia, realidad del todo espiritual, utilizar elementos materiales: el agua en el Bautismo, el santo crisma en la Confirmación, etc...

Pero, por encima de todos esos “*instrumentos*” de la gracia divina (25), dominándolos todos, activándolos y comunicándoles la eficacia de su propia virtud, hay que ver a Cristo Nuestro Señor; a ese “Sacramento por excelencia de la gracia divina”, Autor y Fuente de todas las gracias, según expresión del Concilio de Trento (26).

En la región gloriosa donde ahora vive Jesús, enriquecido con todos los méritos adquiridos durante su dolorosa peregrinación por esta nuestra tierra, fértil en cruces, como lo sabe por propia experiencia, —Jesús piensa en nosotros, nos quiere fieles y santos, se ocupa en procurarnos la gracia, interpela por nosotros al Padre, para que esa gracia nos sea concedida “abundante y superabundantemente” (Jn 10,10).

La Epístola a los Hebreos (7, 25) hace notar que *interpela*, es decir, no se contenta con rogar, sino que añade cierta exigencia a su oración; y esto *constantemente*, para que el flujo sobrenatural sincrónico de esta

---

sangre de su cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo”. (Col., T, 19-20).

<sup>23</sup> Y esto por un doble título: en primer lugar, en virtud de la *unión hipostática (gratia unionis)*: Cristo es una Persona divina. En segundo lugar, a causa de su función de Cabeza de la Humanidad redimida (*gratia capitis*). La plenitud de Cristo como Cabeza es una plenitud finita; como Hombre-Dios, evidentemente una plenitud infinita; nuestro Medianero es un hombre, el primero de los hombres; pero es al mismo tiempo Dios.

<sup>24</sup> “Hemos recibido de su plenitud”. (Juan, I, 10.)

<sup>25</sup> Poco importa aquí, que su causalidad sea *física* o *moral*. Queremos permanecer lejos, y, si posible fuere, por encima de toda controversia.

<sup>26</sup> Sess., XXI, can., 3.

“interpelación” constante, llegue de continuo a nosotros y produzca todo su efecto, según la frecuencia de nuestro recurso a los manantiales de Vida (<sup>27</sup>); y a la facilidad con que nuestra libertad da cabida a las suaves pero enérgicas corrientes de Agua Viva, a las cuales con demasiada frecuencia oponemos obstáculos infranqueables.

Los Sacramentos son signos *eficaces*; obran lo que significan. Con más razón las palabras y obras del Señor relacionadas con la vida sobrenatural que pretenden obtenernos. De ahí que los Sacramentos sean medios secundarios legados a la Iglesia para sustituir este poder capital de Cristo como instrumento *primario* de la gracia.

Y porque la palabra instrumento por rica que sea en significados, es una palabra abstracta y sin vida, esforcémonos por desentrañar lo que contiene de realidad viviente.

En resumen: El Verbo, libremente y por amor, se unió a la Humanidad Santísima para que la vida divina fuese devuelta a nuestra humanidad culpable.

La Humanidad Santísima libremente a cada instante hace suyo este acto de puro amor del Verbo con quien está unida hipostáticamente. ¿Cómo, en efecto, el alma humana del Señor unida a la naturaleza divina en unidad de Persona podría dejar de ratificar una exigencia o un deseo del Verbo?

Esta exigencia o deseo del Verbo es, en este caso, de salvarnos, no sólo pagando nuestras deudas, mas asociándonos a su ser Humano-divino por los lazos de una solidaridad misteriosa, pero muy real y llena de vida.

En la Humanidad Santa de Cristo Nuestro Señor, el órgano por excelencia, o por lo menos el símbolo más perfecto y más conocido, de la libre elección: de la elección por amor, es el corazón.

De esta suerte, por una gradación muy sencilla, se pasa de la noción tría de *causa instrumental* a lo más *cálido* del culto cristiano; de una exposición abstracta, poco a propósito para ingerir grandes alientos; a la devoción más concreta y más avasalladora: la del *Sagrado Corazón*.

¿Qué es Ja devoción al Sagrado Corazón?

---

<sup>27</sup> Sabemos que los *Sacramentos* son la fuente —en mucho *principal*, pero no única — para obtener la Gracia. La obtienen también la oración, y los actos de las diferentes virtudes.

—Es la devoción a aquello que, en Cristo, espontáneamente ha aceptado y ratificado la voluntad del Verbo, de salvarnos uniéndose a nosotros e incorporándonos a sí.

No nos engañamos, pues, al presentar la devoción al Sagrado Corazón como el centro de la religión de Cristo Redentor.

Nuestra justificación es obra de amor. Y para declarar hasta qué punto llega nuestra unión con Cristo Jesús, San Pablo no vacila en proponernos la imagen del amor, donde aparece más íntimo: la unión del esposo y la esposa en un matrimonio santo: “El que se une con el Señor, forma un solo espíritu con él”, leemos en la Epístola a los Corintios (1 Cor 6, 17); texto que recuerda el del Génesis: “Serón dos en una sola carne” (Gen 2, 24).

¡Qué magnífica alusión —tan casta a la vez y tan ardiente—, cuando esta comparación —de uso delicado en una época en que tan pocos comprenden castamente el amor— es manejada por un genio o por un santo!

Mas al alcance de todos está el símbolo que nos presenta la liturgia de la misa, al hablar de la unión del agua con el vino en el ofertorio.

Para que nadie ignore el sentido exacto de esta ceremonia singular — que la Iglesia ha retenido con gran firmeza <sup>(28)</sup> —, la Liturgia ha unido al rito una oración «que descubre su profundo significado:

“Oh Dios, que formaste admirablemente la dignidad de la naturaleza humana y más admirablemente la reformaste, concédenos por el misterio de esta agua y vino, ser consortes de la divinidad de Aquél que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, Jesucristo Hijo vuestro, nuestro Señor, que vive y reina con Vos en Unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén <sup>(29)</sup>.”

“*Participar de la divinidad de Cristo*”. — He ahí las palabras culminantes de la oración; como expresamente lo nota el Concilio de

---

<sup>28</sup> El Concilio de Trento anatematiza a los que menosprecian este rito. El siglo VI, los Armenios habían procurado suprimirlo. Uno de los motivos alegados, fue que así, el misterio del sacrificio sólo se explicaría imperfectamente. Muchas veces y siempre con el mismo sentido y el mismo motivo, se renovaron la prohibición y condenación.

<sup>29</sup> Esta oración figuraba antes en la liturgia de Navidad. No nos maravillemos, pues, de que la mezcla del agua y el vino represente —al mismo tiempo que la unión de cada fiel con Cristo— la unión de Cristo con su sagrada Humanidad, el día de la Encarnación. El simbolismo es doble: Cristo se escogió un cuerpo físico en el seno de Marín Santísima. En segundo lugar, un cuerpo místico en la Iglesia,

Trento. La unión del agua con el vino, dice, representa la unión del pueblo fiel con su *Cabeza* Jesucristo (<sup>30</sup>).

La gota de agua desaparece mezclada con el vino del cáliz. Se convierte en cierto modo en vino. Después de la mezcla ya es imposible hallarla de nuevo con sus propiedades de gota de agua. También nosotros, unidos a la divinidad de Cristo, formamos estrechísimamente una cosa con él.

La Tradición lo confirma de un modo constante: “El agua es imagen de los cristianos que estamos continuamente necesitados de la gracia de Dios”. — “No puede ofrecerse separadamente ni el agua, ni el vino, porque necesitamos morar en Cristo, y que Cristo more en nosotros”.

---

<sup>30</sup> *Ipsius populi fidelis, cum capite Christo, unio representatur. Sess. XXII. cap. 7.*

## CAPÍTULO III

### Su utilización

- I. — En los de espíritu ordinario.
- II. — Entre los Maestros.
- III. — En la Liturgia.

#### I

Un Superior religioso al volver de las Indias contaba a Su Santidad Pío X las maravillas obradas por la comunión frecuente entre los pueblos del Maduré, maravillas desconocidas hasta entonces: “¡Cierto que así ha de ser!, respondió el Santo Padre; pues antes no se daba Cristo a los cristianos”.

Acaso podría decirse con mucha verdad, aunque en otro sentido, hablando de lo que ahora tratamos: muchos actualmente dudan de presentar a los cristianos, Cristo tal cual es; si hablan de Cristo —a menos que traten de la Eucaristía—, es siempre de un Cristo lejano, que ha ejercido seguramente influencia sobre nuestra vida, pero una influencia lejana; sin que digan palabra de lo que obra actualmente Cristo en nuestras almas, por ser ello más misterioso; cuentan las escenas del pesebre, de Nazaret; tratan de los misterios de la vida pública y de la Cruz, pero sin profundizar más. Presentan a Cristo, *via et veritas*, esto es: como modelo y doctor; pero se olvidan de tratar de Cristo *vita*, de Cristo que ha dicho no sólo: “Yo soy el camino” que debéis seguir, “la verdad” que debéis creer; mas también, “Yo soy la vida”, esto es: vuestra vida; aprovechan los tres primeros Evangelistas, pero no a San Juan ni a San Pablo, por ser —dicen— el asunto demasiado *místico*; y con esta palabra mal entendida o mal aplicada, se excusan <sup>(31)</sup>.

Con todo, “¿el ministerio por excelencia de Cristo” no comienza acaso donde termina su historia terrestre? Los años de la vida de Cristo

---

<sup>31</sup> Es sabido que los Evangelios sinópticos, presentan sobre todo (aunque no exclusivamente) al Señor como doctor y modelo. San Pablo y San Juan manifiestan más especialmente de qué manera es *vita*.

Nuestro Señor entre su Encarnación y su subida a los cielos “son la primera fase de su vida real, el medio escogido por él para ponerse en contacto con nosotros” (32).

Se empequeñece a veces a Cristo pensando que así se le aceptará con más facilidad. Pero se comete en esto una injusticia y un error. Al lado del Cristo a quien podría llamarse *preexistente*, esto es: el Verbo eterno considerado antes de la Encarnación; —al lado de Cristo *histórico*; del Verbo eterno encarnado tal cual vivió en Belén, Nazaret, etc..., —está el Cristo, a quien, como hemos dicho, debe llamarse a falta de otra palabra, más propia, Cristo *místico*, esto es: el Cristo que con haber subido a los cielos, mora, con todo, con nosotros, en el cual estamos injertados, al cual nos hallamos incorporados, y que nos santifica comunicando a nuestras almas de la plenitud de su gracia el influjo vital que nos diviniza.

Mostremos a Cristo, bajo este aspecto, tal cual es: próximo a nosotros. Un “Dios con nosotros” es justamente por lo que las almas anhelan, y lo que necesitan; mostrémosle mezclando de un modo íntimo, su vida con la nuestra; y, puesto que la cuestión por excelencia que interesa a las almas, es la cuestión de la vida, comprendida en su acepción cada vez más amplia, y realmente vivida; mostremos a este Cristo en su obra perpetuamente actual, toda de amor y de divinización de las almas; lo actual es lo que seduce, lo pasado sólo interesa en función de los bienes y fuerza que de él proceden, y de que disfrutamos en el tiempo presente.

Pero con esto, ¿se insistirá menos en la necesidad de la imitación de Cristo Jesús, y se relegarán a último término los misterios de la existencia en la tierra del Hijo de la Inmaculada Virgen?

De ningún modo. La *imitación* de Jesús nuestro Salvador es el medio necesario para llegar a la unión con él; la meditación de la *vida histórica* de Cristo, es el medio por excelencia para penetrar en el Cristo *místico*; y, por tanto, muy mal haríamos en descuidar, bajo pretexto de fijarnos en la obra *divina* actual de la vida de Cristo en las almas, los actos humanos de la vida de Cristo en Palestina.

Lo que debe evitarse es el picotear, el olvidar la síntesis y dejar en la sombra el objeto último de la venida del Verbo a la tierra.

*Ego veritas*; hay que oír su doctrina.

*Ego via*; seguir sus enseñanzas.

*Ego vita*; unirnos a su vida.

---

<sup>32</sup> Cardenal Mercier.



Unirnos a su vida es el término. No se puede llegar a él sino empleando los medios indicados: fidelidad a sus enseñanzas y fidelidad en seguir sus ejemplos. Es una ilusión descuidar estos medios. Pero al emplearlos debemos recordar con frecuencia el objeto último, que no es otro que la participación de la vida de Jesucristo. La *imitación* de Cristo, no debe ser sólo exterior. No debemos copiar a Jesucristo únicamente para remedarlo en nosotros; debemos hacerlo para prolongar en nosotros su vida, conforme a su deseo. Tal es la última palabra y el secreto de la vida cristiana.

Dirá quizás alguno que el *penetrar* un punto cualquiera del dogma, proporciona el medio de descubrir el conjunto. Pero nadie negará que si el punto es culminante el campo de visión será más amplio.

Si se sube hasta la doctrina de la Incorporación a Cristo parece que se esté en la cumbre más alta; sobre ella no queda más que el misterio de Dios en sí mismo; pero lo que constituye *la religión* no es tanto el misterio de Dios en sí mismo, cuanto el misterio de nuestra participación en la vida de Dios, cuanto el problema del lazo que nos une, que nos liga a Dios, y por consiguiente el problema de *Christus-Caput*, o sea de nuestra Incorporación a Cristo nuestro Salvador.

¿No se adquirirá una noción más amplia y más profunda de la doctrina de Cristo Nuestro Señor, si se agrupan todos los dogmas, el culto, la práctica cristiana, la vida sacramental, alrededor de esta idea central: *Cristo mediador*, si todo se hace partir de esta piedra angular? Nada tiene su razón de ser en la religión de Jesucristo, si no en función de la vida divina que se nos ha de comunicar o ha de ser intensificada en nosotros *por y en* Jesucristo. Todo halla su razón suficiente en este resultado único que debe obtenerse para gloria del Padre.

¡Cuánto ganaría nuestra vida ascética personal; y si trabajamos en el provecho espiritual de los prójimos, cuánto ganaría nuestra enseñanza del catecismo, nuestra predicación, nuestra dirección espiritual, si nos inspirásemos en este punto fundamental: la humanidad caída, llamada a participar *por* Jesucristo y *en* Jesucristo, de la vida de las Tres Personas divinas!

## II

Cierto que ofrece dificultades una explicación profunda, clara, exacta, sin exageraciones ni disminuciones <sup>(33)</sup>. Pero ¿hay que detenerse ante semejante objeción?

Pues, ¿de qué serviría al sacerdote el estudio de la Teología, si no llegase a dominar los puntos del dogma que tiene *misión* de enseñar?

Cuanto a los fieles, ¿es acaso cierto que no puedan entrar y aun profundizar en la doctrina de su incorporación a Cristo? <sup>(34)</sup>.

A priori esto no es posible: ¿acaso no debe trabajarse para que todo el dogma esté al alcance de todo cristiano? ¿no debe procurarse explicar a las almas todo Jesucristo? La religión del Salvador no es doctrina reservada a unos pocos iniciados, y menos cuando se trata, como aquí, de un punto principal del dogma, de uno *de los más principales* nos atrevemos a decir.

Tal o cual punto sutil de la Teología, sin grande importancia práctica; ¿sea dominio exclusivo de algunos doctores, materia reservada para la discusión en las escuelas! Pero no es éste el caso.

Cuando se lee: “La doctrina del Cuerpo Místico resume y unifica la teología de San Pablo”, la doctrina del Cuerpo Místico sobresale sobre todo en la obra de Santo Tomás, “¡es en ella como el punto céntrico!”, y aun: “Todo el dogma cristiano está enlazado con la doctrina del Cuerpo Místico” <sup>(35)</sup>, no es creíble, que este punto capital del dogma, no sea para

---

<sup>33</sup> Recientemente se publicó una tesis de mucho mérito: *Le Christ dans la vie chrétienne d'après saint Paul*, por J. Duperray, la cual no oculta los posibles escollos:

“El misterio de la Gracia es difícil de definir en lenguaje humano. Añadid a esto la *delicadeza* del punto preciso tratado: las relaciones del cristiano con Jesucristo. Es un terreno erizado de dificultades... Hay el error de los panteístas que confunden la unión con la unidad o identificación... El error de los protestantes y de los modernistas sobre el Cristo místico... Estrechamente enlazado con la doctrina quietista”. (Introducción, p. XV). Y hay, con más o menos dependencia de estos errores capitales, muchas desviaciones de pormenor de espíritus osados, o modos de hablar imprudentes. —El autor ha demostrado cómo se puede triunfar de estos obstáculos de una manera muy sólida y brillante. Plega al cielo que nuestra audacia haya obtenido tanta fortuna.

<sup>34</sup> Cada uno sin duda en proporción del vigor de su atención, de las orientaciones de su oración, etc...

<sup>35</sup> Anger: *La doctrine du Corps Mystique de Jesus-Christ d'après les principes de la théologie de saint Thomas* (Tesis para el Doctorado) Societé Angevine de edition, 1910, págs. XII y 11.

todos, y que sea preciso considerar como inútil o casi imposible, tratar de él.

No pretendemos que para vivir en Cristo, se requiera conocer explícitamente todas las riquezas de la vida en Cristo. El conocer no equivale a practicar. Pero seguramente aquél pasará mejor y con más ardor a la práctica, que tenga un conocimiento más exacto y más profundo.

La belleza, grandeza y fecundidad de un objeto, da aliento y esfuerzo para trabajar por alcanzarlo y disfrutar de él. Así juzgan ilustres Maestros.

Conocida es la obra del P. Nieremberg, “Aprecio de la divina gracia”; en ella trata largamente el presente asunto. En su libro: “Vida divina”<sup>(36)</sup>, al explicar el v. 24 del e. XVII de San Juan, habla de nuestra unión con Cristo nuestro *medianero*; “Vamos más allá de la conformidad; la conformidad supone que los dos seres que se conforman, continúan siendo dos. Hablemos de uniformidad, la cual, según la etimología, reduce a uno”. Más adelante precisa aún más, y la expresión que emplea no es inexacta si se comprende bien: “La palabra *unión*, no basta; hay que decir *unidad*”.

Antes de él, un general de su Orden, más conocido por su firmeza en sus mandatos que por la unción, en realidad muy grande, de su piedad, el P. Vicente Carafa, en un opúsculo intitulado “El Serafín o la escuela del Amor”, hace resaltar singularmente nuestro título de Hermanos de Cristo.

“Cristo es Hijo por su unión con Dios; nosotros, por nuestra unión con Cristo. En él y en nosotros hay participación de una misma vida divina, aunque en grado y modo diferente. La misma vida divina se halla en todos los hijos del Padre, el Hijo natural y los adoptivos, Cristo y nosotros”<sup>(37)</sup>.

Siguiendo el mismo orden de ideas, otro jesuita, el P. Judde —encargado en el siglo XVII de la formación de sus hermanos en el año decisivo con que se preparan al ministerio de las almas—, en sus “Ejercicios de Treinta días”, da al principio de la segunda semana una meditación “Sobre Cristo como Cabeza, o de la Vida de Cristo en los cristianos”, cuyo preámbulo es como sigue:

---

<sup>36</sup> *Vida divina y Camino real para la perfección*, por el P. Juan Eusebio Nieremberg. Véanse los capítulos XXIX y XXX: *De uniformitate... de Deiformitate cum Deo*.

<sup>37</sup> *Seraphinus, seu Schola Sancti Amoris*, Lib. I. Consid. XVIV, pág 120. Apenas se atrevo uno a traducir expresiones tan fuertes: “El que ama a Dios se identifica con Dios, en cuanto pueden identificarse lo finito y lo Infinito. Dios se hace otro “nosotros”; nosotros, otro “dios”. Mucho más que unión; transformación y hasta verdadera identidad”.

“Todos los cristianos pueden decir lo que decía San Pablo: Vivo yo, mas no yo; es Jesucristo el que vive en mí. La vida de que queremos hablar no es aquella vida de Jesucristo, que consiste en pensar como él, amar como él y obrar como él; es algo más esencial aún. Pues es preciso ser cristiano antes de llegar a ser perfecto cristiano. Lo uno es, por decirlo así, el fundamento de lo otro; la vida de que vamos a hablar es la que nos hace cristianos” (38).

El P. Judde desenvuelve por completo su pensamiento: “Soy más bien, parte de Jesucristo, que simple posesión de Jesucristo. El está en el cielo y en nuestros sagrarios; pero también está, en mí, en mí vive y obra y me da la vida. No es posible ignorar estas verdades sin ignorar la misma religión” (39).

Semejantes expresiones leemos en los escritos de muchos maestros de espíritu. Se podrá advertir, recorriendo las páginas de este libro, donde de intento alegaremos las autoridades más diversas, aunque siempre las más calificadas.

### III

Sigamos, pues, a estos Maestros. Se puede considerar en Jesucristo la sola humanidad santa con la que el Verbo se unió hipostáticamente. Vayamos más allá. Procuremos descubrir de qué manera Cristo se une a cada uno de nosotros para continuarse en nosotros.

Durante el curso del año, a medida que se desarrolla la serie de las fiestas litúrgicas, la preocupación dominante de la Iglesia parece ser,

---

<sup>38</sup> En *La vie intérieure*, 7.<sup>a</sup> edición, pág. 83, el Rdo. P. Foch expresa la misma idea con términos diferentes. Recordando el conocido texto: Revestíos sobre todas las cosas de los sentimientos de Jesucristo, observa: “Es muy buena, sin duda, esta Imitación de Jesucristo en el orden moral, en el orden de los afectos y de las acciones: *in ordine morali*. Pero es muy equivocado no hacernos entender, ante todo, que por efecto de la gracia nos parecemos ya a él en nuestra alma: *in ordine ontologico*”.

<sup>39</sup> Nuestra unión la declara de suerte que Ves no conocernos, ignorar a Jesucristo”... “No amar a Jesucristo, no conmovemos con lo que le toca, es tratarnos como extraños a *nosotros mismos*, como enemigos”.

Antes bien, en la hora de la muerte, si estoy en gracia, esto es, si soy miembro de Jesucristo, el motivo de mi confianza será: “Mi juez apenas es distinto de mí”. — En verdad, esta última expresión no se halla sino en los manuscritos. Parece que en la impresión se retrocedió ante la audacia de la frase. Pero se comprende la idea, la cual nada tiene de excesivo.

recordarnos con insistencia maternal, en cada nuevo misterio, el gran misterio central de nuestra incorporación a Jesucristo.

Importa, en efecto, no olvidar que cada una de nuestras solemnidades cristianas, tiene dos aspectos: en el anverso de la medalla, Jesucristo; en el reverso, sus miembros, los cristianos. Es el mismo metal, aunque no la misma efigie; una sola y misma moneda. Mirando el anverso vemos a Jesucristo, la Cabeza; pero en el reverso, el relieve manifiesta, a quien lo toca delicadamente, lo que los ojos no ven: todo lo que compone el Cuerpo místico de Cristo.

Cada fiesta tiene por finalidad ayudarnos a formar “en nosotros a Cristo” (Gal 4, 10); hacernos un poco más “Cristo”; conducirnos a la inteligencia cada día mayor de la unión que existe entre el Cristo y todos sus miembros.

El nacimiento del Salvador me recuerda que he de procurar que Cristo nazca en mí.

¡Qué intenso deseo de recibirle brota de los Invitorios (<sup>40</sup>) del Adviento!:

El rey ha de venir: *regem venturum...*

El Señor está cerca: *prope est.*

Vendrá hoy: *hodie...*

Y de las tres misas de Navidad, si la primera se propone recordar la eterna generación del Verbo en el seno del Padre; y la segunda, la generación temporal del Salvador en Belén; la tercera, según el espíritu de la Iglesia, celebra la divina generación en nuestras almas por el Bautismo, resultado precisamente de la Encarnación del Verbo y de nuestra incorporación a su Persona. Trinidad, Encarnación, Gracia, tres misterios que se conmemoran a la vez; tres nacimientos yuxtapuestos de intento, para que no los aislemos en nuestras piadosas consideraciones, el día de Navidad.

De Simeón, anciano, a la vez poeta y profeta, nos dice la liturgia de la Presentación: “El Espíritu Santo moraba en él. Había recibido respuesta del Espíritu Santo... Vino guiado por el Espíritu Santo”. ¿Se puede celebrar mejor al “dulce Huésped del alma”, por el cual vivimos en Cristo? ¿Los misterios de la infancia no conducen a crecer en gracia con movimiento progresivo y armónico por Cristo, con Cristo y en Cristo? Hemos llegado

---

<sup>40</sup> Allí se hallan, de ordinario, expresados el objeto propio y la significación especial de cada fiesta.

al 25 de Marzo: la Anunciación, que evoca el misterio de la maternidad, a la vez única y doble de Nuestra Señora. María es madre de Cristo —de todo lo que es Cristo—; por tanto, no sólo de Jesús, sino de cada uno de los que somos miembros de Cristo. Poco después la fiesta de los Dolores de la Santísima Virgen, nos recuerda por manera tan trágica que no se hizo madre nuestra sino por haber consentido en serlo de Jesús y haberle criado como víctima del sacrificio redentor (<sup>41</sup>).

Toda la Cuaresma prepara en la Liturgia para la noche del Sábado Santo; la doble resurrección de Cristo y del cristiano, después de su doble, o mejor, su único y común sacrificio. Insistiremos en esto más adelante.

Luego viene el Domingo *in albis*, el Domingo de la blancura, con su Introito tan expresivo: “Sois como niños recién nacidos...”, y el consejo de la Iglesia, que recuerda el del Bautismo: “Conservad siempre esta blanca vestidura y llevadla sin mancha al tribunal de Dios”.

Después de la Ascensión, la venida del Espíritu Santo y, por él, nuestra unión tan íntima en el Salvador Jesús, unión perseverante que la serie de las dominicas siguientes tiene por objeto celebrar prolongando el período de Pentecostés, y teniendo a la cabeza la fiesta de la Santísima Trinidad.

Y antes de volver al período de la expectación de Cristo, todas las memorias de Noviembre: la fiesta de Todos los Santos, Triunfo de los miembros gloriosos del Salvador Jesús; la fiesta de Difuntos, que nos invita con tanta elocuencia a evitar toda falta voluntaria y nos recuerda, con la necesidad de purificación de los miembros manchados, la unión en Cristo, de los fieles de la tierra y del Purgatorio; las numerosas solemnidades de la Dedicación, que no tanto celebran la de las iglesias materiales cuanto la de nuestras almas, santuario divino que tiene su lugar en el grande edificio de que es Cristo la necesaria y sólida piedra angular.

Fuera de estas fiestas, cuyo período abarca el círculo de un año, tenemos la misa, cuya rítmica frecuentación —al menos cada semana— nos puede y debe impedir que permanezcamos mucho tiempo sin contacto con los esplendores de nuestra incorporación a Cristo.

Hemos indicado en otra parte, de qué manera los que saben, no sólo rezar en la misa, sino rezar la misa, se hallan en el corazón mismo del misterio de que tratamos. Más adelante habremos de precisar este punto capital.

---

<sup>41</sup> El papel de María Santísima en nuestra historia divina merece un estudio aparte, que haremos en su día, si Dios quiere.

Fuera de estos recuerdos fijos —cotidianos o semanales y anuales— ¿no se presentan además, en la serie de las circunstancias, muchas ocasiones en la vida del cristiano atento, para penetrar el “misterio de Cristo?” Cada sacramento recibido, si lo recibimos con entera inteligencia de la fe ¿no constituye una nueva demostración con un viso especial, de nuestra incorporación con el Salvador Jesús?

Dejemos por lo pronto a un lado el Bautismo (y la Confirmación), la Penitencia y la Eucaristía. Su función, demasiado importante para no merecer más que una alusión, se desmenuzará como conviene en lo que sigue. Mas ¡qué riqueza de sentidos, desde el punto de vista de la incorporación, en el Matrimonio, la Extremaunción, el Orden!

Las oraciones del Ritual para la Recomendación del alma, cuidan bien de recordar que el enfermo es miembro de la Redención, y sobre este miembro paciente de Jesucristo, la Iglesia pide que se recite el capítulo XVII de San Juan, texto insigne: ...”Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad, etc.” (21-24). Para conclusión, este deseo: “Que viva (el moribundo) indisolublemente unido a ti, y no pueda en lo futuro apartarse jamás de ti y de tus escogidos”. Las unciones santas ¿no enseñan de una manera elocuente que nuestro cuerpo mismo está unido estrechamente con Cristo, y que un día la vida glorificada del alma se comunicará a nuestra carne, purificada por la divina señal de la cruz? (Rom 8, 11).

Cuanto al Matrimonio, baste remitirnos al Cap. V de la Epístola a los Efesios (22-33). Tema sólido y copioso para desarrollarlo ante los recién casados el día de su bendición nupcial. Aun en la familia cristiana ¿se aprecia en su verdadero valor el matrimonio cristiano? ¿se sabe que la unión de los esposos se debe modelar, en la intensidad del amor y la profundidad de la abnegación, sobre la unión de Cristo con su Iglesia?

En último lugar, en el Orden (para no citar más que un pasaje de los más expresivos), ¡qué teología en la siguiente exhortación: “El Pontífice, el Presbítero, el Diácono y el Subdiácono, ministros de diferente grado, no forman sino un Cuerpo que es el Cuerpo de Cristo!”

Parece imposible a la Iglesia, hacer más para inculcamos el conocimiento y el amor de nuestra incorporación al Salvador Jesús.

A nosotros toca aprovecharnos.

## Libro II

### El modo de nuestra incorporación a Jesucristo

#### CAPÍTULO PRIMERO

#### Jesús nos diviniza por su espíritu

- I. — Idea de conjunto.
- II. — Consideración por menor.

##### I

Cuando se trató con la Santísima Virgen, de que se formara de su propia substancia, el cuerpo del Hombre-Dios, a su pregunta: “¿Cómo se hará esto?” contestó el Arcángel San Gabriel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti” y por él se realizará el prodigio (Lc 1m 34.35).

Cuando se trata de hacer nacer a Jesús en cada uno de nosotros, no con el nacimiento corporal, que había de tener de María, sino con el nacimiento espiritual por la gracia, —si se pregunta: “¿Cómo podrá realizarse este prodigio?” se impone una contestación análoga a la del Angel: “El Autor de esta maravilla será el Espíritu Santo”

“Dios lo es todo en el hombre (incorporado a Cristo), escribe el P. Lebreton; y si entre estos dos términos infinitamente distantes se ha de consumir esta unión inopinada, es porque Cristo ha transformado al hombre, por el Espíritu Santo, lo ha penetrado con su vida y lo ha atraído hasta el Padre”.

Por medio de la gracia santificante, penetramos en la gran corriente de relaciones mutuas que van del Padre al Verbo, del Verbo al Padre, del Padre y del Verbo al Espíritu Santo; y la manera cómo penetramos, siendo finitos, en este río de vida infinita, es como sigue:

“La caridad se derrama del Padre al Hijo; de los dos, al Espíritu Santo; éste la comunica a las almas infundiéndose en ellas (Rom 5, 5). Esta caridad comunicada a las almas las incorpora a Jesucristo (Ef III, 6),



nos hace miembros de Cristo (1 Cor 12, 27), nos hace participar del ser de Cristo.

“A su vez Jesús, de quien somos hermanos, nos vuelve a su Padre, y así la caridad saliendo de Dios, vuelve a Dios, pasando en nosotros por él”.

He aquí, pues, el círculo —si es lícito emplear una imagen tan material para describir una acción tan puramente espiritual —: del Padre al Hijo; del Padre y el Hijo al Espíritu Santo; del Espíritu Santo, por Jesucristo, a nuestras almas; tal es el descenso. Y el ascenso: de nuestras almas, por el Espíritu Santo a Cristo; de Cristo al Padre.

¿Cuál es el Medianero entre el Padre y nosotros? —Cristo, *punte* verdadero —dice Santa Catalina de Sena, jugando con la palabra pontífice; tránsito entre lo finito y lo infinito.

¿Cuál es el lazo entre nosotros y Cristo? —Su Espíritu, o sea, el Espíritu Santo.

Procuremos penetrar en esta maravilla. Nos hallamos en el corazón de lo invisible. En pleno misterio de Dios y de las almas. Hemos de resignarnos a no descubrirlo todo. Emergen algunos puntos claros; tomémoslos como puntos de apoyo. Lo que nos harán entrever es tan hermoso que nos hará desear descubrir más, con ayuda de las exploraciones silenciosamente laboriosas, de la oración, —aguardando el día claro de las revelaciones completas.

San Pablo, describiendo el papel de Cristo Mediador, no dice: “La vida divina nos ha sido dada *por* Jesucristo”, sino: “La vida divina se nos ha dado *en* Jesucristo”. *Por* designaría al Salvador en su existencia terrenal y su función redentora. *En* determina tratarse de Cristo, Cabeza glorificada de la Iglesia., santuario del Espíritu Santo, que nos comunica constantemente de su plenitud.

A beneficio de esta observación descubrimos mejor la doble intervención de Cristo, en el logro de nuestra vida divina.

Gracias a los méritos de su encarnación y muerte, nos mereció hace 1900 años, la primera venida del Espíritu Santo.

—Y ahora a cada instante nos obtiene y procura la influencia de lo divino, necesaria para que permanezcamos y crezcamos en gracia.

Intervención inicial una vez para siempre; intervención continua, siempre que es menester.

Y este clon del Espíritu Santo, cuantas veces nuestra alma necesita de él, lo debemos a Jesucristo, en cuanto Dios y en cuanto Hombre.

En cuanto Dios, Verbo, Jesús, juntamente con el Padre, envía el Espíritu Santo físicamente al alma de los justos; ésta es una de las misiones divinas. En cuanto Hombre, nos mereció antes este beneficio divino; luego nos lo consigue a cada momento interpelando por nosotros incesantemente en el Cielo.

El posee el Espíritu Santo por derecho de naturaleza, en virtud de la unión hipostática; y por derecho de conquista, como Cabeza de la Humanidad redimida, poseedor oficial de la plenitud de la gracia.

Aludiendo a este último título, escribía San Cirilo Alejandrino: “No es para sí que el Hijo único, recibe el Espíritu Santo; sino para nosotros”.

San Pablo llama corrientemente al Espíritu Santo, *espíritu de Cristo*. Para él “vivir en Cristo” y “vivir en espíritu”, son expresiones casi sinónimas. El Bautismo que produce el doble efecto de incorporarnos a Cristo y derramar en nosotros el Espíritu Santo, nos lo presenta el Apóstol, ora como bautismo en Cristo, ora como bautismo en el Espíritu. Las dos expresiones: en Cristo, en el Espíritu, sin ser absolutamente idénticas, pueden con mucha frecuencia permutarse.

“Conocemos —dirá San Juan— que permanecemos en él y él en nosotros, por cuanto nos da de su espíritu” (1 Jn 4, 12).

Y el gran doctor de la incorporación, entre los latinos, responde a San Cirilo Alejandrino, entre los griegos, notando con insistencia: “Los fieles se hacen Cuerpo de Cristo si consienten en vivir con el espíritu de Cristo. Sólo vive del espíritu de Cristo el Cuerpo de Cristo”.

De esta manera se afirma paladinamente el *cómo*.

Se hace uno “parte de Cristo”<sup>(42)</sup>, desde el momento en que empieza a vivir de su espíritu. Nos incorporamos a él desde el momento y en la medida en que nos espiritualizamos. Nos adherimos al Cuerpo de Cristo el día en que nos adherimos al espíritu de Cristo, al Espíritu Santo.

Mostremos más circunstancialmente que ocurre, así.

## II

¿Cuándo empieza a formarse en nosotros Cristo? (Gal 4, 19).

—El día en que abrazamos su divina religión. Y más explícitamente: en que hacemos profesión oficial de abrazarla recibiendo el Bautismo;

---

<sup>42</sup> La palabra es del P. Eudes.

pues en ese día se obra en nosotros la entrada de la gracia santificante, con su elemento increado: el Espíritu Santo.

Así el nacimiento de Cristo en nosotros, o la venida del Espíritu Santo, constituyen —bajo una luz diferente— una misma realidad.

Después de la generación, el crecimiento. ¿Qué será hacer crecer en sí a Jesucristo, sino dar mayor lugar en sí a la vida divina; esto es: al Espíritu Santo? Cuanto un cristiano fortalezca más su vida sobrenatural (Ef 3, 16), cuanto más deje de ser niño (Ef 4, 15) para hacerse hombre perfecto en Cristo, tanto hará resplandecer mejor la vida de Cristo en la edad viril (2 Cr 4, 11).

“Caminar en Cristo” (Col 2, 6) ¿qué será sino dejarse guiar por el Espíritu Santo “de claridad en claridad” (2 Cor 3, 18), esto es, de virtud en virtud? La práctica de la piedad, la mansedumbre, la paciencia, la caridad, la paz, he aquí lo que nos hará reproducir a Cristo y convertirnos en hombre nuevo (Col 3, 10). Y ¿no es el Espíritu Santo en nuestro corazón, quien se encarga de renovar esta misma novedad? (Tit 3, 5).

¿Hemos caído en pecado mortal? ¿Qué es esto, sino haber lanzado de nuestra alma al Espíritu Santo; haber extinguido en nosotros este santo Espíritu? (Is 63, 16). La Epístola a los Hebreos, llamará esta maldad crucificar a Cristo en nosotros (6, 6).

Mas ni aun entonces nos olvida el Espíritu Santo, y por toda clase de gracias prevenientes procura reunimos al único cimiento, que es Jesucristo (1 Cor 3, 11). El Diluvio ha cubierto con su devastadora inundación, el suelo del alma; pero como en el principio, el Espíritu Santo incubaba sobre las aguas (Gen 1, 2). Espera que se retire la marea, que se descubra un islote donde pueda posar y trabajar, para hacer que el alma se enseñoree de la inundación que extingue la vida.

Si el alma recobra al fin el estado de gracia, posee de nuevo el Espíritu Santo. Esto se llama, según San Pablo, hacer vivir en sí a Cristo (Rom 8, 10).

¿Es, pues, Cristo y el Espíritu Santo una misma Persona? —En ninguna manera; pero tienen una misma operación.

Somos divinizados por el Espíritu Santo y lo somos por Cristo —o mejor—, en Cristo por el Espíritu Santo.

Oigamos al Cardenal Mercier: “La vida divina siempre viviente se da siempre a Cristo, Hijo de Dios vivo; Cristo da siempre, juntamente con el Padre (a las almas que no oponen el obstáculo del pecado mortal), el

Espíritu Santo, espíritu de piedad filial y de amor; finalmente, este espíritu de piedad filial y de caridad vuelve siempre al Padre por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que vive y reina con el Padre en unidad con el Espíritu Santo”.

No se puede resumir mejor la acción combinada del Espíritu Santo y del Salvador Jesús, en la historia de nuestra divinización, o según habla un autor antiguo, de nuestra *trinización*. Mejor diríamos, siguiendo a Santo Tomás; si Cristo es la Cabeza del cuerpo místico, el Espíritu Santo puede ser considerado como su Corazón. El, que sella y consume la eterna sociedad del Padre y del Hijo, constituye el gran principio de vida, de movimiento y de cohesión entre los miembros y la Cabeza, entre los cristianos y Cristo.

Pero dada esta acción del Espíritu Santo ¿no convendría más a él que a Jesucristo llamarse Jefe de la Iglesia, a él que es su corazón, su órgano vital por excelencia?

No; el Espíritu Santo no se encamó, quiere ser nuestro huésped y presto veremos cuán próximo está a nosotros, pero por todo lo que es, está infinitamente sobre nosotros; no es uno de nosotros. Cristo siendo Dios — lo mismo que el Espíritu Santo—, y como tal a infinita distancia de nosotros, quiso recorrer esta distancia; y su venida a Belén (carrera de gigante) (1 Cor 12, 11) hizo de él uno de nosotros; Hijo del Hombre a nuestra imagen y viviendo entre los hombres. Es, sí, el Verbo, pero encarnado. En cuanto Verbo nos supera infinitamente; encarnado, adopta proporciones semejantes a las nuestras; y éste es su mejor título para ser nuestra Cabeza.

El tener en sus armas la divina omnipotencia, no hará sino asegurar mejor su valor de Jefe; pero sólo como personaje provisto de nuestra humanidad puede ser Cabeza de la Humanidad.

Además de esta razón primordial, se puede añadir:

El corazón es el órgano que por el ritmo de sus latidos sucesivos envía la sangre a las diferentes partes del cuerpo, incluso el cerebro. El Espíritu Santo es llamado muy exactamente Corazón de la Iglesia, porque distribuye la Gracia a todos los justos, comprendido el Hombre Dios. “Un mismo espíritu —afirma San Pablo— obra todas estas cosas”: —gracias para la perfección del individuo, gracias para el ministerio apostólico—, “distribuyéndolas a cada uno en particular como quiere” (1 Cor 12, 11).

Además, el corazón es un órgano escondido, invisible, por más que su acción sea perpetua y soberana. Lo propio ocurre con el Espíritu Santo;

y para percibir su acción en un alma y en las almas, se necesita generalmente una auscultación atenta y prolongada.

Creemos inútil insistir. Queda comprendida la equivalencia —y al mismo tiempo el particular matiz de las dos expresiones: “Vivir del Espíritu Santo” y “vivir con la vida de Jesucristo”.

## CAPÍTULO II

### La devoción al Espíritu Santo

- I. —Por qué se menciona en especial al Espíritu Santo en una obra común a las tres Personas.
- II. —El amor personal. —El espíritu de Jesucristo.
- III. — ¡Si conociéramos el don de Dios!

#### I

Saquemos desde luego una consecuencia, es a saber, el papel que debería desempeñar en nuestra vida espiritual, la devoción al espíritu de Cristo, al Espíritu Santo.

En primer lugar hemos de hacer una observación:

Mencionando en especial al Espíritu Santo, no se entiende en manera alguna que nuestra transformación en miembros de Cristo se opere como en dos tiempos o grados, como si el Espíritu Santo se uniera primero al alma; y luego, por la mediación de la tercera Persona, se<sup>1</sup> hicieran presentes a nuestra alma las otras dos.

Las cosas no pasan así.

La divinización que resulta de nuestra incorporación a Cristo, es una obra por necesidad común a toda la Santísima Trinidad. Con un mismo corazón y un común beneficio, las tres Personas “deiformizan” al miembro de Cristo.

Pero no es inútil poner de relieve en esta operación, por común que sea a las tres Personas, el papel que corresponde a una de ellas: la tercera.

Y esto, por esta primera razón: gran número de textos, que sobreentienden pero no mencionan al Padre y al Verbo, hacen expresa mención del Espíritu Santo. Evidente invitación a atribuirle su propio lugar.

Recordamos las palabras del Arcángel Gabriel en la Anunciación: “El Espíritu Santo bajará sobre ti”, ¡oh María! ¿Quiere el Angel, significar que sólo influirá la tercera Persona? Seguramente no, pero ésta era menos

familiar a la mente judaica. De ahí la oportunidad de su mención especial. En efecto, en todo el Antiguo Testamento no se nombra explícitamente al Espíritu Santo. Dios quiere ponerlo de relieve en el comienzo del Nuevo; y esta forma sólo en apariencia es exclusiva. Hay que entender no que el Espíritu Santo vendrá solo, sino que vendrá también, y no hay que olvidarlo.

Donde se trata de hacer nacer y desarrollar espiritualmente a Cristo\*en nosotros, el sentido es el mismo: afirmativo, pero no exclusivo.

Así hay que leer a San Juan: “Ninguno puede entrar en el reino, si no renace del agua y del Espíritu Santo” (Jn 3, 4-5). —Y asimismo el diálogo con la Samaritana (Jn 4, 10-14), seguido del comentario sobre el “agua viva”, que da el Apóstol en el c. VII: “Decía esto del Espíritu que han de recibir los que creen en él” (Jn 7).

Los textos de los Padres, sobre todo de los Padres griegos, son innumerables: “Cristo habita en nosotros por el Espíritu Santo” (<sup>43</sup>), —y asimismo: “La unión con Dios se hace por el Espíritu: pues Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones para clamar en ellos: *abba, pater*” (San Basilio).

Se dirá: no es posible que se haga mención tan expresa y repetida del Espíritu Santo, si no hay un motivo para justificarla.

El motivo existe.

Si Dios quiere que honremos su divina unidad, quiere también que reconozcamos su trinidad de Personas, y que atribuyamos a cada una de ellas las acciones que tienen mayor analogía, una relación particular con las propiedades especiales de cada una de estas Personas adorables.

El Padre es el primer Principio, el Hijo os el Engendrado, el Espíritu Santo el Término infinito de las divinas complacencias del Padre y del Hijo en su infinita bondad.

Es, pues, natural atribuir al Padre la adopción; al Hijo la regeneración; al Espíritu Santo la misión de grabar en nosotros la semejanza del Padre y del Hijo.

Y para hablar sólo del Espíritu Santo —puesto que es, en las profundidades de la divinidad, el fruto de la común santidad del Padre y del Hijo—, ¿será arbitrario considerarle especialmente, en la obra de las tres Personas en nuestra divinización, como el santificador por excelencia

---

<sup>43</sup> San Cirilo de Alejandría.

(puesto que es en Dios, el fruto de la mutua dilección del Padre y del Verbo) <sup>(44)</sup>; como el foco por excelencia de la divina Caridad?

Santidad, amor: Estas palabras resumen la obra de nuestra deiformación; y nada es más justo que donde se trata de santificar se ponga particularmente de relieve al Espíritu *Santo*, y que donde se trata de una obra del amor sea especialmente nombrado el Espíritu de *Amor* <sup>(45)</sup>.

Sólo los cristianos —exclama Bossuet— pueden jactarse de que su amor es un Dios. Dios es amor... Oh divina teología <sup>(46)</sup>. Y de esta divina teología ¿no será la parte más divina que Aquél que es en Dios el amor personal, se digne, por su maravillosa unión con nosotros <sup>(47)</sup>, obrar nuestra incorporación al Salvador Jesús?

## II

Todas las fórmulas de la Iglesia para habernos del Espíritu Santo se reducen a dos. Es la realidad más alta: “*don de Dios Altísimo*”; la realidad más nuestra: “*Dulce huésped del alma*”.

Morador del Cielo, y por tanto infinitamente remoto; huésped del alma, y por consiguiente infinitamente próximo. El Altísimo, por su lazo de incomprensible intimidad con el Padre y el Verbo; el íntimo, por su lazo de inverosímil unión con el corazón justo.

Apreciamos, seguramente no más de lo que lo merece, el don que se nos ha hecho del Verbo. ¿Tenemos igual estima práctica del don que se nos hace del Espíritu Santo? Comparando entre sí la maravilla de la Encarnación y la de la inhabitación del Espíritu Santo en nuestras almas; el don del Verbo a todos nosotros y el don del Espíritu Santo a cada uno de nosotros, el P. Huby, fundador de los retiros bretones en el siglo XVII, dice en su “Retiro sobre el amor de Dios”:

---

<sup>44</sup> El Concilio XI de Toledo, en su magnífica profesión de fe, dice del Espíritu Santo, que procede juntamente del Padre y del Hijo: “Pues es la caridad o la santidad del uno y del otro”.

<sup>45</sup> Existe en Dios un amor común a las tres personas: El amor esencial. Pero el Espíritu Santo es la única que posee la divinidad por vía de amor y precisamente en cuanto amor; de donde su nombre propio: de Amor personal.

<sup>46</sup> Primer panegírico de San Francisco de Paula.

<sup>47</sup> *Mira conjunctio*. La palabra es de León XIII en su Encíclica sobre el Espíritu Santo.



“El Padre y el Espíritu Santo han amado al mundo hasta darle el Verbo por la Encarnación... hasta darle el Espíritu Santo, el amor personal del Padre y del Hijo.

“Esta segunda dádiva, si se la considera en sí misma, no es ni puede ser mayor que la primera; no obstante, si se la considera en sus circunstancias, nos es más provechosa que la misma primera; y es Jesucristo quien nos lo asegura.

“La Encarnación constituye un bien general y universal dado al mundo entero sin acepción de personas. Pero la presencia real del Espíritu Santo en nuestros corazones, fruto de la gloriosa ascensión de Jesucristo, es un privilegio reservado para solos los cristianos, o mejor, para los justos de la ley de gracia.

“¡A qué gloria no nos levanta esta especie de encarnación del Espíritu Santo en nuestros corazones! etc...”.

“Si yo fuera de vos —exclamaba un alma santa ante tal prodigio—, no me escogería a mí”.

Mas él nos ha escogido precisamente a nosotros. ¡Cuán necesario es para esto que él sea verdaderamente el que es!

Pero si tengo dificultad en contemplar “al Espíritu Santo en el mezquino sagrario que soy yo, he aquí otro relicario verdaderamente grandioso e infinitamente más atractivo: —Nuestro Señor Jesucristo.

La gracia santificante importa la presencia en nosotros del Increado. Mas Jesucristo, como Cabeza de la Humanidad redimida, posee la plenitud de la gracia santificante; posee, por tanto, la plenitud del Espíritu Santo.

En este punto no estamos reducidos a conjeturas. El Espíritu Santo se manifiesta en muchos pasajes animando las acciones del Salvador Jesús.

Según la Epístola a los Hebreos, el Espíritu Santo inspira las resoluciones redentoras del Verbo (9, 14). Una vez encarnado, el Espíritu Santo dicta al Verbo la mayor parte de sus actos. El Salvador va al desierto empujado por el Espíritu (Mt 4, 11). El Espíritu Santo interviene de nuevo para el regreso del Jordán (Lc 4, 1).

Se apela a la compasión del buen Maestro. El Espíritu Santo abre el Corazón de Jesús a la misericordia y nos hace encontrar en este Salvador adorable, un intercesor de todo momento (Hebr 7, 25).

Si se abriera ese relicario viviente, ese foco de amor que es el divino Corazón del Verbo encarnado, se vería en el centro este diamante incomparable: El Espíritu Santo. Por lo demás, ¿cómo el culto del Espíritu

de amor no se armonizaría con el Corazón lleno de amor del Salvador Jesús?

Así la devoción al Espíritu Santo es la devoción a una realidad puramente espiritual —en efecto, el Verbo es el que se encarnó, no el Espíritu Santo; —mas esta realidad puramente espiritual, contemplándola en el Salvador Jesús, la hallo en el centro de otra realidad, cuyos humanos contornos percibe mi imaginación. ¡Cuánto facilita esto la intimidad!

Si digo: el Espíritu Santo; pienso inmediatamente en lo inaccesible; — si digo el espíritu de Jesús, evoco inmediatamente el personaje humano-divino que es Nuestro Señor. Percibo la impresión clara de que el Inaccesible se ha acercado a nosotros. Continúa siendo una realidad puramente espiritual; pero de tesoro en sí inaccesible, se convierte en riqueza de Cristo y, en la misma medida, está menos alejado de mi alcance.

El Hijo, que es camino para ir al Padre, es asimismo camino para hallar al Espíritu Santo.

Y así hay entre el Hijo y el Espíritu Santo, una rara emulación; y se convierte en problema, y casi en círculo, saber si estamos incorporados al Hijo, en cuanto unidos al Espíritu Santo, o unidos al Espíritu Santo en cuanto incorporados a Cristo. En realidad, ambas operaciones o resultados forman uno solo, parece una especie de círculo más bien que triunfo de la unidad. Somos incorporados a Cristo porque el Espíritu Santo se infunde en nosotros, y el Espíritu Santo se derrama en nosotros porque estamos incorporados a Cristo.

### III

¡Si conociéramos el don de Dios! ¡Si supiéramos que la incorporación a Cristo es esto: poseer en sí el espíritu de Cristo, espíritu de luz y de amor, con todos los epítetos que le dan el *Veni Creator* y el *Veni Sancte Spiritus, el emitte caelitus*, el Espíritu, capaz e infinitamente deseoso, de crear en nosotros un corazón nuevo!

Santa Teresa, todavía niña, gustaba de rezar ante una imagen puesta en la pared de su cuarto, que representaba a Jesús junto al pozo de Jacob y ante él a la Samaritana. ¿No es creíble que la Santa aprendió allí, desde la primera niñez, la inteligencia y el gusto del misterio interior, de la vida en espíritu, de la cual había de hablar con tanta excelencia?

Este ejemplo es de la vida privada; he aquí el lenguaje oficial. La Iglesia nos advierte: *Sic nos tu visitas, sicut te colimus*; esto es: “En la medida con que os honraremos, oh Espíritu Santo, Vos nos visitaréis”.

¿Qué pueden esperar de las atenciones del Espíritu Santo respecto de ellos los que ninguna atención tienen al Espíritu Santo? ¿Esta manera de talión no los preocupa?

Juntamente —si se quiere—, pero antes que las devociones de segundo orden, tengamos las devociones de primer orden. No sin cierta libertad, un escritor moderno dice de nuestra devoción demasiado mezquina al Espíritu Santo:

“Después de haber esculpido un Cristo con los brazos verticales, para significar que no padecía por todos los hombres, los Jansenistas se contentaban con borrar la paloma y así, también en la sociedad seglar, se acabó pronto con los Caballeros y la antigua Real Orden del Espíritu Santo. Todo lo que olía a Jansenismo se empeñó en sepultar en el olvido el culto de la Tercera Persona divina. No pudiendo variar todo el breviario, se dignaron perdonar la fiesta de Pentecostés; pero aún hoy, no se teme en ciertas parroquias celebrar en ella la Primera Comunión, como para dirigir hacia Cristo el corto homenaje que quedaba al Espíritu Santo”.

El primer deber de los miembros de Jesucristo, respecto del Espíritu de Jesucristo, es el de una gran veneración para Aquél que quiere ser en él el “gran Presente”; esto es: no sólo el “Gran don”, sino el que está presente siempre <sup>(48)</sup>, el que nos permite, si queremos, en todo momento una “sociedad íntima” en Cristo (Col 3, 3), una verdadera vida en el Cielo (Filip 3, 20). “¡Ay! gemía el P. Gratry; lo único que está poblado en nuestra alma, es la superficie; mas a las profundidades, donde estáis vos, oh Espíritu Santo, que estáis en lo secreto del santuario, en el centro del abismo; allá no se entra. Y no obstante, ¡oh Dios mío! ¿no me mostrasteis un día el fondo del abismo y aquel lugar escondido donde estáis Vos en la raíz y en lo hondo...?”

¡Con qué sello, de otra suerte, cristiano, estaría marcada nuestra vida si practicáramos el espíritu de fe; si en el barullo de nuestras ocupaciones, hiciéramos frecuentes visitas “al fondo de nuestro corazón, a nuestra unidad y a nuestra imagen divina!”

Nuestra vida, aunque buena, no produce sino un rendimiento mediano, porque nuestra atención se dispersa demasiado. Estamos a merced de cada una de nuestras acciones y entre dos de ellas apenas nos

---

<sup>48</sup> En aquél, bien entendido, que vive en gracia.

reservamos el minuto de silencio y de luz que nos pondría en presencia del Espíritu vivificador que habita en nosotros, pero es paralizado por nosotros, olvidado por nosotros, dejado en la obscuridad en el fondo de nuestra alma y esperando en vano una mirada, un clamor del alma, un movimiento de amor.

Se dirá: este consejo es para almas llamadas a extraordinarias intimidades con Dios.

En primer lugar ¿qué sabéis si sois vos una de esas almas? ¿Qué sabéis hasta dónde os llevaría Dios si fuerais más generoso, más atento?

Pero sea. Sois miembro de Cristo como todos los demás; un cristiano como los demás; uno del montón, de esos que se llaman (quiera Dios que no sea por antífrasis) simples fieles — con el deseo (puesto que leéis este libro) de ser un alma fervorosa; a vos se dirige justamente la urgente invitación de vivir de fe.

¡Qué manantial de energía viva no poseeríamos si mezcláramos más con nuestra vida la idea del Espíritu Santo presente y que continuamente nos incorporara con Cristo; si cada vez que acabamos una acción la aguja interior descansara suavemente en esta posición de equilibrio: no punto muerto, como en las máquinas en reposo, sino punto vivo, del cual no se aparta uno más que conscientemente, y siempre con la idea de volver a él cuanto antes; por el juego espontáneo y como instintivo del ser supernaturalizado!

“Entremos en nuestro propio corazón; escuchemos y obedezcamos”, aconsejaba el P. Judde. “Que más de la mitad de nuestro ser, esté siempre allí, si es posible, atendiendo a lo que se dice, a lo que ocurre; y yo respondo de vuestra perfección”.

¡Oh consejo excelente!

Cuantas veces nos vemos obligados a hacer el oficio de Marta, hagámoslo gozosamente, con serenidad, con valor, sin segunda intención ni disgusto, siempre mirando únicamente a Dios y en la medida mayor posible “en Dios y con Dios”; mas, en cuanto no nos llamen al exterior la caridad o las obligaciones de nuestro estado (y en este caso ¿conviene realmente la palabra *exterior*?) volvamos cuanto antes a lo íntimo del alma, y allí, con un esfuerzo humilde y cordial, con un amor respetuoso, volvamos al oficio de María; apliquémonos a hallar a Dios, o bien (pues en tal caso no le hemos dejado) apliquémonos a recobrar su presencia más explícitamente reconocida y utilizada.

He aquí el ideal que se proponía uno de los antiguos Padres de la Compañía, el P. Nadal:

*Se puede hacer fácilmente si te acostumbras a vivir en Cristo, que en medio de las ocupaciones ordinarias, tu corazón permanezca unido con Dios, y esto por una simple oración continua.* De esto hablaba San Ignacio, cuando recomendaba vivir “en el Señor”.

Grave engaño esperar que semejante hábito del espíritu de fe se adquiriera por juego y sin esfuerzo. Pero para ejecutar este trabajo, el alma atenta y “generosa” no está sola —alguien la prepara y la ayuda a vivir en espíritu—, el Espíritu Santo en persona. El solo puede disponer los corazones a su propia venida, sólo él puede hacerse en nosotros un acogimiento digno de sí. Sólo el Espíritu de Vida puede llevar a la vida en espíritu, la cual no es otra que la vida en Cristo.

En el momento en que Tobías va a emprender su camino, se presenta a punto un joven “que conoce el camino que conduce al país de los Medos” (Tob 5, 5-23). ¡Qué suerte, los dos peregrinos caminarán juntos!

“Cuando se hubo preparado todo lo que debían llevarse, Tobías se despidió de su padre y de su madre y emprendió el viaje con el Angel”.

También nosotros hemos de dejar muchas cosas para emprender el camino con el Angel, pero si somos generosos, el Angel nos acompañará; un Angel mayor que Rafael, el Angel por excelencia, el Enviado por excelencia, el Espíritu Santo.

—“¿Conoces el camino que conduce al país de los Medos?”

—“Lo conozco, y a menudo he recorrido todo ese camino”.

¿Por qué abandonamos tantas veces al Espíritu Santo, para recorrer este camino que conduce a la vida verdadera?

No nos separemos de este guía. Un buen camarada es prenda casi segura de la victoria. Cuando este compañero de armas se llama el mismo Espíritu del gran Vencedor, desaparece el “casi”: el triunfo es certísimo.

## Libro III

### Origen de nuestra incorporación a Jesucristo

#### CAPÍTULO PRIMERO

#### Con relación al Padre que la quiso

- I. — El origen de nuestra incorporación —con respecto al Padre—, se confunde con nuestra predestinación a la gracia.
- II. — Misericordia del Padre, aceptando el entregar a su único Hijo para salvar a sus hijos adoptivos.
- III. — Encarnación y redención.

“Vosotros, todos los que habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo” (Gal 3, 27).

El sacramento que nos incorpora a Jesucristo, es el sacramento que nos hace cristianos; es a saber: *el Bautismo*.

Si, pues, después de haber probado *el hecho* de nuestra incorporación a Jesucristo, y propuesto la cuestión del *cómo* de esta incorporación, mostrando su efecto principal, a saber: la comunicación a nuestra alma, del Espíritu Santo, y con él, del Verbo y del Padre; —se desea saber, cuándo tiene lugar el comienzo de la participación de privilegios tan singulares, se ha de responder: el día en que, recién nacidos, fuimos llevados a la iglesia de nuestra parroquia, y en que el sacerdote pronunció sobre nosotros, derramando sobre nuestra cabeza un poco de agua, aquellas palabras divinamente operativas: “Yo te bautizo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El *cuándo* fue aquel momento, *con respecto a nosotros*.

Pero la cuestión puede ensancharse más — como lo hace San Pablo —, y puede estudiarse, *cuándo con relación a Dios*, hemos sido incorporados a Cristo, *cuándo con relación al mismo Jesucristo*.

## I

Con relación a Dios. — Se trata aquí de un cuándo eterno (si es posible unir estas dos palabras), y nos hallamos en presencia del adorable misterio de la predestinación a la gracia.

*“Bendito el Dios y Padre de nuestro señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual, en bienes celestiales, en Cristo.*

*“Así como nos eligió en el mismo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos, y sin mancha delante de él, en caridad.*

*“El que nos predestinó, para adoptarnos como hijos por Jesucristo en sí mismo, según el propósito de su voluntad,*

*“para loor y gloria de su gracia, por la cual nos ha hecho agradables en su amado Hijo.*

*“En el que tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, “la cual ha abundado en nosotros copiosamente, en toda sabiduría e inteligencia:*

*“para hacernos conocer el sacramento de su voluntad, según su beneplácito, que había propuesto en sí mismo, “para restaurar en Cristo todas las cosas, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que hay en el cielo como en la tierra, en él mismo:*

*“en el cual fuimos también llamados por suerte, predestinados según el decreto de aquél, que obra todas las cosas, según el consejo de su voluntad:*

*“para que seamos en loor de su gloria, nosotros, que antes habíamos esperado en Cristo:*

*“en el cual, también vosotros, cuando oísteis la palabra de la verdad (el Evangelio de vuestra salud) y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo, que era prometido,*

*“el cual es la prenda de nuestra herencia, para redención de la posesión adquirida, para loor de la gloria de él mismo...” (Ef 1).*

¿Cómo expresar un pensamiento tan lleno y tan denso, tan rebosante de amor a Dios y sus incomprensibles misericordias, y a Cristo Jesús, Mediador inefable de la vida del Padre? ¿Cómo traducir sin deformarlo o debilitarlo, el texto del Apóstol, que quiere de un lance, enumerar todas las bendiciones dadas por Dios, en Jesucristo y por Jesucristo, y que, con este objeto, subiendo al origen de todas las bendiciones, se eleva hasta nuestra

elección eterna, en las profundidades de Dios; y luego nos pone en presencia de la ejecución de este decreto en el tiempo?

El acto más sublime realizado en el tiempo, es el de nuestra santificación por Jesucristo; la acción más misteriosa de la eternidad, es la de nuestra predestinación a la santidad, por Dios; esto es todo lo que se encierra en la frase del Apóstol. La cual reúne estos dos misterios, como constituyendo un solo y único beneficio, para mejor proclamar la incomparable grandeza de la gracia, que nos consagra hijos de Dios y hermanos de Cristo, en virtud de los méritos de este sumo y amado Hijo (Ef 1, 6).

¿Qué somos nosotros para que Dios haya pensado en nosotros y nos haya amado desde toda la eternidad; nos haya elegido y destinado a la gloria de la divina filiación, para llamarnos —llegado el momento señalado por él en el tiempo— a amarle, bendecirle y servirle?

Es lástima que tengamos una noción tan vaga de lo que hay en ese mundo de la fe. No nos parece cosa extraña, que Dios nos ame y nos ame con tal extremo, que piense en nosotros desde toda su eternidad, y forme el designio de sacarnos de la nada; desde la primera idea que tiene de nosotros, esto es: desde siempre, nos ama tan sin medida que se decide a llamarnos a una intimidad tan grande, tan completa, que nos sentimos presa del vértigo cuando procuramos sondearla; a una intimidad que nos hace participar de su privilegio menos comunicable; del que le constituyo en su ser de Dios.

Y este amor que así nos cubrió con sus alas, aun antes que llegáramos a la existencia; este amor sin fondo, infinito, desconcertante, está tan profundamente anclado en lo íntimo de Dios; forma de tal manera una cosa con él, que si la Humanidad de tal modo amada, prevarica, la voluntad de amor del Dios tres veces santo, no dejará de ser voluntad de amor, sino (ya que es preciso ceder a los imprescriptibles derechos de la justicia), se transformará en una voluntad de misericordia; y por una como astucia contra sí mismo, el Padre, por no consentir que se condenen aquellos que escogió por hijos; hará que se encarne su Hijo unigénito, tomando la carne de los que habían pecado contra él; como si no pudiera resignarse a dejar de llenar el abismo que le separa de nosotros. Ninguna cosa hará a medias. Para imponerse de un modo irresistible a nuestro espíritu, lento en creer y ciego a la intuición del amor, dará al Verbo encargo de encarnarse; le hará solidario de ese pecado, del cual, una vez cometido, éramos impotentes para librarnos, y (como veremos luego) le enviará a la cruz para



reconquistar, por esta superabundante reparación, ofrecida por nosotros, el derecho que parecía haber perdido, de poder continuar amándonos con un amor que sobrepuja a todo amor; el derecho de comenzar de nuevo a entregárenos de un modo inefable; de comunicarnos de nuevo su vida divina.

Así pues, ¿nos ama Dios más que a su propio Hijo? Salviano se atreve a concederlo con una singular energía de expresión: “*Plus amat nos Deus, quam Filium Pater*”, y prosigue: “Es cosa evidente, que Dios nos ama con afecto más que de hijos, y por nosotros, no perdonó a su propio Hijo. Y ¿qué más? Añado: y esto tratándose de este Hijo justo, de este Hijo Unigénito; de su Hijo Dios. ¿Qué más puede decirse? Y esto por nosotros; esto es: por los malos, por los inicuos, por los impiísimos”.

Bossuet, en su Sermón primero para el Viernes de la Semana de Pasión, desarrolla extensamente estos puntos de vista de nuestra fe.

“Dios tiene un Hijo igual a sí mismo, que satisface completamente su amor, así como agota su fecundidad; y con todo, ¡oh bondad, oh misericordia! este Padre, teniendo un Hijo tan perfecto, no deja de adoptar a otros. Esa caridad que tiene hacia los hombres, ese amor inagotable, sobreabundante, es causa de que dé hermanos a ese Primogénito, compañeros a ese Unigénito, y, finalmente, coherederos, a ese Hijo amado de su corazón.

“Mucho más hace; entrega su Hijo natural a la muerte, para dar vida a los adoptivos. Es la caridad misma del Padre la que le entrega, la que le abandona, la que le sacrifica, y la que nos adopta, nos vivifica y nos regenera... Su amor, inventivo e ingenioso, le inspiró, por nuestra buena suerte, llevar adelante este designio de misericordia: el perder en cierto modo, a su Hijo, para dar lugar a la adopción, y el entregar a la muerte al único Heredero, para darnos parte en sus derechos. Hijos adoptivos ¡cuánto costáis al Padre Eterno!”<sup>(49)</sup>.

## II

¡Invención singular, por parte de Dios! ¡Entrega su Verbo, para salvar esta miseria que somos nosotros! Dios mismo nos advierte: “Toda carne es heno”, una paja, casi nada. Y para el bien de esa nada, para libertar esa nada, Dios entrega su *todo*, a Aquél que es igual al Padre. Consiente en este hecho inverosímil, incomprensible, y, con todo, real, absolutamente

---

<sup>49</sup> Primer Sermón para el Viernes de la semana de Pasión, primer punto.

real: que el Verbo se una personalmente a esa carne, a esa nada; que, según la asombrosa expresión lapidaria de San Juan: el Verbo se haga carne; *caro factum est*.

Más aún; para el bien y el consuelo de esa nada pecadora, que somos nosotros, el Padre consiente en esa vida de trabajo y pobreza de Cristo; en sus treinta y tres años de miseria entre esos dos abismos: el pesebre y la cruz.

Pero ¿no soñamos? ¿Pudo Dios hacer tal cosa? ¿No serían sus preferencias demasiado extrañas y sus invenciones increíbles? ¿Habríamos de imaginarle celoso, avaro de sus privilegios, susceptible con exceso, cuando se trata de su honor; y que quiere a toda costa —aun a costa de su Verbo—, que le sea enteramente tributado este honor; el cual es de tan poca estima por venir de nosotros? ¿Qué proporción hay entre este tributo de gloria extrínseca (esto es: que nada cambia en su naturaleza ni añade a su gloria íntima y substancial) y este proceder inaudito de su Hijo?

Aun en la hipótesis de que haya querido salvarnos por medio de su Hijo ¿no podía salvarnos a menos costa; esto es: no pidiendo a su Hijo sino lo menos posible; ya que cualquiera acción suya es de valor infinito? Por el contrario, vemos que le exige la reparación máxima, el sacrificio del Salvador hasta las agonías de Getsemaní y la muerte en el Calvario.

¿No habría en esto un egoísmo transcendental, forrado de una crueldad que repugna a la Bondad como a la Sabiduría de Dios?

Ante todo, guardémonos de imaginar —al estilo protestante— un Dios de espíritu estrecho, de exigencias matemáticas, que hace del culto que le es debido, una aritmética intransigente y no poco ridícula: “Me han injuriado en 10, exijo reparación como 10”. Antes bien tengamos la noción clara del pecado. De suyo, un solo pecado motivaría el aniquilamiento de todo lo creado; y aún no sería un castigo rigurosamente adecuado. He aquí una cosa que arroja alguna luz sobre las exigencias reparadoras de Dios.

El Antiguo Testamento presenta a veces al Altísimo animado de espíritu de venganza. Israel ha pecado, Dios se irrita. ¿Qué hay bajo estas expresiones un tanto ásperas; bajo estas imágenes, que a poco que se fuercen se harían inexactas? Una cosa enteramente verdadera. Sustrayéndose, por su culpa, al orden de la justicia remuneradora y benéfica, el hombre cae necesariamente en el orden de la justicia vindicativa, es decir: penal. Esto no es contra la bondad de Dios. Mas lo contrario iría directamente contra su sabiduría, y las exigencias mismas de su ser. Dios es Dios y, so pena de negarse, no puede permanecer

indiferente a la ofensa y recibirla igual que un homenaje. No porque nuestros homenajes le aporten cosa alguna que falte a su íntima felicidad, ni que nuestras faltas le quiten algo de que su íntimo ser tenga necesidad; Dios es inmutable, y nada se muda en su “plan”. Pero en nuestro plano se ha perturbado el orden; y exige ser restablecido. La sabiduría y la justicia de Dios lo piden; si no prevalecería el desorden, y el pecador podría decir a Dios: Te ofendo impunemente; tu benignidad te impide castigarme.

No hay que entender mal los textos del Antiguo y Nuevo Testamento, que parecen atribuir a Dios el gusto de la sangre: en los sacrificios cruentos de la Antigua Ley; en la inmolación del Salvador en la Ley Nueva. Pero no es la sangre lo que agrada a Dios, sino el acto de su oblación en el sacrificio.

En el sacrificio cruento de la Cruz, no hay solamente la satisfacción a la divina Justicia ofendida por el pecado: para esto hubiera bastado cualquiera acción meritoria de Jesús, cuya Persona divina da merecimiento infinito a sus acciones.

El derramamiento de toda la sangre de Cristo; su holocausto entre los más atroces dolores, tiene otras causas.

### III

¡Sea que, para redimir al mundo y satisfacer por todos los pecados bastara una acción mínima del Hombre Dios, como lo conceden Sto. Tomás y todos los autores, y nos lo evidencia la reflexión más elemental!

Pero el Verbo, al hacerse carne, se había propuesto abatirse hasta lo más hondo a que había descendido la Humanidad, para tomarla consigo y levantarla a sí. “*Tentatus per omnia pro similitudine, absque peccato*”.

Cristo, como repetidamente lo hemos dicho, no se proponía sólo “pagar las deudas del hombre caído”, sino elevarlo e incorporarlo a sí. Para ello había de bajar hasta donde el hombre yacía derribado por sus miserias, y tomar la semejanza de todas ellas.

Por eso no se contentó con haberse hecho *hombre*; sino quiso hacerse gusano: *Vermis sum ego, et non homo; opprobrium hominum et despectio plebis!* No se limitó al *Verbum caro* de San Juan, sino abrazó el *virum dolorum* de Isaías.

El hombre, para resolverse a subir hasta Cristo, había de ver en Cristo la semejanza de todas sus miserias. No había de haber, en todo el decurso de los siglos, un hombre que, sumido en los mayores dolores, afrentas y

desamparo, levantando los ojos a Jesús, no hallara en él la semejanza de su situación, para resignarse a ella y consolarse con ella.

Tal vez por eso, cuando Pilato presentó al pueblo a Jesús, reducido al extremo de la afrenta y el dolor, les dijo: “*Ecce homo!*” ¡He aquí al hombre! Esto es: He aquí un compendio de todas las miserias a que pudo bajar el hombre, y con las que se ha abrazado el Redentor del hombre, a fin de levantarlo de su abatimiento y postración.

Por lo demás, si lo consideramos con los ojos iluminados por la fe, no nos sorprendería tanto ver al Hombre Dios clavado en la cruz entre agonías, cuanto ver al Verbo hecho hombre. El descenso desde Verbo a carne, es infinitamente mayor que desde Hombre a crucificado. La Cruz escandaliza más al judío que el pesebre; pero más difícil es comprender el pesebre, que la cruz presupuesto el pesebre. De *niño* a paciente no hay gran distancia; pero la hay infinita de Dios a niño. De niño que nace a niño que llora, no hay un paso; y la experiencia nos enseña que hombre y varón de dolores son una misma cosa. Pero de Dios a hombre, de Verbo a Carne, hay infinita distancia; media un verdadero abismo.

Pero hay más: el sacrificio (por cruento y terrible que sea) es una exigencia natural del amor. Y en el sacrificio tremendo de Cristo, hay una magnífica expansión de la divina caridad que abrasó el Corazón del Hombre Dios desde el primer instante de su encarnación.

Sufrir por los que se ama, está en la naturaleza de las cosas humanas. El que ama, acaso no llegue a la cruz, pero está en camino de ella; se mueve en esa dirección...

El amor es apetito de entregamiento; y el sumo entregamiento es la inmolación de sí propio; y la inmolación dolorosa es la suprema inmolación; por lo mismo que nada repugna al humano sentido más que el dolor.

Esto no quita que la Cruz sea un misterio insondable. Lo es por la distancia infinita de Dios a Hombre, y lo torna a ser por el abatimiento casi infinito del Crucificado, cargado con la maldición de los hombres (por cuyo amor se inmola) y soportando —como Cabeza de la Humanidad redimida— la maldición de Dios.

Con el espectáculo de la Cruz, quiso Dios hacernos sensible el valor de las gracias sobrenaturales que por la Cruz nos mereció Cristo; y quiso asimismo alentarnos en todas nuestras dificultades y desolaciones. Asimismo, en la Cruz, nos da Dios una prueba palpable, que irresistiblemente nos arrastre, del modo cómo Dios nos amó, y cómo su Hijo

aceptó libremente cooperar a este amor. Dios no nos dio una redención justa, exacta, regateada. Dios nada hace con tacañería; su medida es siempre colmada; lo hace todo extremadamente. En la Creación, a la naturaleza perfecta del hombre, añade lo sobrenatural; derrama con profusión las estrellas y las flores. Nosotros en su lugar hubiéramos limitado el número de los infinitamente pequeños, y hubiéramos reducido a dimensiones más caseras los infinitamente grandes. ¿Para qué tal derroche? El gesto de los Apóstoles ante la prodigalidad del perfume derramado por la Magdalena, indica nuestra mezquina condición; no nos gusta que se exceda en nada.

En la Redención, Dios obra según su estilo, que es ser pródigo. “*Nimia caritate qua dilexit nos*”; Dios se muestra siempre pródigo; este es su carácter.

Mas ¿cómo puede el Padre hallar su gloria en ver a su Hijo entre los esbirros, en la desnudez de la flagelación, en la afrenta de la cruz?

En esto hay un hecho y esto debe bastar a nuestra fe. Mas contra la objeción del sentimiento: ¿No podemos añadir con el poeta:

Hay una majestad en los grandes sufrimientos?

El sacrificio engrandece al hombre. ¿Por qué no engrandecería al Hombre-Dios? La ignominia es sólo aparente. Jamás se reveló una más alta belleza moral; y he aquí en lo que el Padre halló su gloria.

Añadamos: el hombre procurará imitar este sacrificio. Si sube de este suelo alguna alabanza a Dios, ¿no brota sobre todo, de la inmolación aceptada, abrazada, buscada por amor a Cristo y a su Cruz? ¡Cuánta gloria se hubiera perdido para Dios si la cruz no hubiera hecho amable el sacrificio! La historia de la gloria de Dios en la tierra, se confunde con la historia de la locura de la cruz en las almas generosas.

## CAPÍTULO II

### Con relación al Hijo que la mereció

- I. —Jesucristo nos incorporó consigo en el Calvario,
- II. —El misterio de *la cruz*.

#### I

El Capítulo primero de la Epístola a los Efesios, que nos recuerda nuestra predestinación eterna, por el Padre, para ser incorporados a Cristo, señala igualmente el momento preciso en que el Hijo, Verbo hecho carne, nos incorporó consigo en el tiempo, y nos hizo miembros suyos.

En el Calvario, al ofrecer su vida en medio de los tormentos de la pasión, fue cuando el Salvador nos obtuvo el rescate y nos fue devuelta la gracia divina (Ef 1, 7).

Así, pues, más que nuestra predestinación, obra toda de amor, y que el mismo acto de nuestra primera divinización; lo más inefable del misterio es, que nuestra divinización, para sernos devuelta, costó sangre.

“Dirigid vuestra vista a Jesús —exclama Bossuet—; miradlo cercado de sufrimientos. Cristianos; de esas heridas nacisteis; os dio la nueva vida en medio de sus inmensos dolores; y no sólo la gracia que os santifica, mas también el Espíritu que os regenera, se han derramado sobre vosotros, al mismo tiempo que su sangre se derramaba de sus venas cruelmente desgarradas. ¡Hijos de sangre; hijos de dolor...!”

Estamos demasiado familiarizados con la idea del sacrificio de Nuestro Señor; ya no nos conmueve. Nos hemos acostumbrado a considerar el sacrificio de la cruz, como cosa debida, sencilla y normal. Este episodio forma parte del cuadro histórico en que vivimos. Sucedió; por tanto: debía suceder. Y se pasa al lado de esas maravillas de amor, como si se tratara de un fenómeno de mecánica o de biología, fatal y necesario; siendo así que el Verbo se ofreció libremente; habría ciertamente podido dejar de salvarnos, y sobre todo: dejar de salvarnos por los medios que lo hizo.

No hace mucho parecía que rebajábamos el mérito de la cruz, ante el beneficio del pesebre de Belén; mas no es así.

El pesebre podrá parecer, bajo algunos respectos, más trascendental; la cruz no deja de ser el punto culminante de la carrera del Salvador.

¡Habla tan alto, para quien sabe comprenderla! Pues ¿quién, a la vista de uno gravemente herido en la guerra, no se ha sentido penetrado de admiración y compasión? También Cristo es un herido destrozado, de quien leemos —sin conmovernos— estos textos, llenos de desolación: “Se anonadó a sí mismo”, “tomó forma de esclavo” (Filip 2, 7).

Estamos acostumbrados a semejantes frases, y no nos llaman ya la atención; para descubrir su sentido real es menester desmenuzarlas, quitarles su cualidad de frases hechas, y penetrar —tal como es— en su histórica realidad, en el hecho inopinado, pero cierto, que se impone en su trágica evidencia; el hecho vivido, sucedido, doloroso, oculto bajo esas palabras.

...Imaginemos la tarde del Jueves Santo, en los días de la vida de Jesús; la casualidad ha dirigido nuestros pasos al Huerto de Getsemaní. De pronto oímos lamentos, una voz. Alguien sufre... allí es... Prestamos atención.

—“¡Padre!”...

Es un hijo, pues llama a su padre.

—“¡Padre! Pase de mí este cáliz.”

¿Qué cáliz doloroso es éste que un padre quiere hacer beber a su hijo? Acerquémonos.

¡Gran Dios...! Allí, detrás de aquel olivo, se ve un cuerpo postrado; la blancura de su vestido forma como una mancha clara sobre el suelo... No nos detengamos; sufre demasiado... apresurémonos.

Se oyen sollozos que desgarran su pecho... Pero ¿de dónde fluye esa sangre?; un enemigo ¿os ha destrozado a golpes en este desierto?

— ¿Un enemigo? ¡Sí, en verdad! ¡El pecado!

—“Decidnos sin tardanza ¿quién sois, pues?”

—“¿Quién soy...? Míralo”.

Así pues, ¿es éste el Hijo del hombre? ¡Ah, Señor! Pero ¿por qué habéis venido solo a este lugar desierto?

—“No estaba solo; los *míos* me han acompañado. Se hallan... a poca distancia... tres cerca de aquella tapia; ocho a la entrada del Huerto”.

— ¿Aquellos bultos, diseminados por el suelo, envueltos en sus mantos?

—“¿Los ves?”

— ¿Quiénes son?

—Los llamo “los míos”. ¡Pobres discípulos *míos!* Duermen.

Es verdad. El Maestro agoniza a su lado; y ellos duermen. ¡Eso son los hombres!

## II

Sólo la oración puede descubrirnos la “psicología del Padre”.

La misma puede revelarnos la psicología del Hijo en la agonía y en el Calvario. Esto es: penetrar lo que piensa y quiere Cristo en el momento mismo en que se inmola: De qué manera, atendiendo exactamente a las exigencias de la justicia divina y animado de un celo incomparable por esta justicia, se aplica a proporcionar la reparación a la falta; y procurar a su Padre, injuriado por nuestra rebeldía, el homenaje de su sumisión perfectamente humilde; de qué modo, no ignorando nada de nuestra deuda y por tanto, de nuestra esclavitud, paga mil veces nuestro rescate, y uniéndonos a sí, nos restablece en la amistad de su Padre; cómo habiéndose vestido nuestra vestidura de pecado se halla expuesto a los divinos rigores hasta percibir el sentimiento de una manera de maldición, que, en su agonía, le abrumba y le hace sudar sangre, y en la cruz le hace sufrir, en el misterioso abandono de su Padre, una manera de pena de daño.

Por qué prodigio, un alma hipostáticamente unida a la Divinidad, puede al mismo tiempo identificarse con el pecador hasta sostener la responsabilidad del mal moral, y vivir en este estado contradictorio: conociéndose justo sobre toda ponderación y sintiéndose sujeto de todos los pecados del mundo — ¿quién podrá explicarlo jamás?

Más que la mesa de estudio, el reclinatorio ayuda a adivinar algo de esto.

¡Ay! Para muchos, el Salvador es una imagen muy dulce, pero muy vaga; semejante a la silueta difusa que percibieron en la niebla matinal los Apóstoles que volvían de la pesca: *phantasma est!* figura indecisa y flotante, pero no el viviente, real y familiar, de quien se han oído palabras muy de cerca; en cuyo corazón se ha podido penetrar íntimamente. San Ignacio, en los Ejercicios, hace pedir, cada vez que se medita en la Vida de



Nuestro Señor, la gracia (cierto, entre todas la más preciosa) “de conocerle internamente, para más amarle y seguirle”. Santa Angela de Foligno decía: “El que de verdad conoce, ama, aun en medio del fuego”, y aconsejaba, para conocer “de verdad”, “una oración pura, continua, humilde, fervorosa... una oración llena de intensísimos deseos, que suplica y se lanza impetuosa hacia su objeto.

“El hombre ama el bien, según lo conoce; cuanto más claro conocimiento tenemos de ese Hombre-Dios crucificado, tanto se enardece nuestro amor hacia la perfección, tanto nos transformamos más en Aquél que conocemos” (50).

La regla es infalible. Si queremos que Cristo llegue a ser para nosotros, algo real, algo viviente, en una palabra, “*alguien*”, es preciso que, con la meditación asidua, nos acerquemos mucho a la realidad de su vida, de su Persona y de su obra.

—“Maestro, ¿dónde habitas?”

—“Ven y lo verás”. *Veni et vide*.

—“Maestro, ¿cuál es el secreto de vuestros sufrimientos...?”

—“¿Podrás velar una hora conmigo?”

El texto auténtico de esta pregunta última, es una reprensión: “¡No habéis podido velar ni una hora conmigo!” —A cada uno toca examinar la medida en que le atañe esta reconvención... y trabajar para no volver a merecerla.

Pero para meditar con el mayor provecho posible 3a Pasión, hay que relacionarla con toda nuestra historia divina.

---

<sup>50</sup> Angela de Foligno, *Libro de las visiones*, págs. 220 y 224: “Su vida, hijo mío, ¡su vida! Si viéramos la pasión del hombre Dios por una perfecta contemplación, si abarcáramos con mirada honda su pobreza, sus oprobios, sus dolores, el aniquilamiento que sufrió por nosotros, si por la fuerza de la gracia viéramos estas cosas tales como son, seguiríamos a Jesucristo por la pobreza, por una continua compasión, por el camino del menosprecio. Que tu corazón se vacíe de todo y que tu espíritu no intente llenarse de lo que no es él. Si la cosa es demasiado elevada, posee al menos y conserva el conocimiento del Dios Crucificado”.

Rara vez alma santa penetró mejor los sufrimientos de Jesucristo Nuestro Señor, hasta verse un día “transformada en el dolor de Jesús Crucificado”, pág. 133. —Meditando la Pasión hizo conocimiento “con la enfermedad total”, y deja escapar estas palabras: “Nadie puede referir la cosa como es. Si alguno me describiera la Pasión tal como fue, le contestaría: Tú, tú eres quien la padeció”.

Cristo, después de haberse hecho hombre, derramó sudor, se fatigó, sufrió afrentas ignominiosas; su cuerpo fue desgarrado por la flagelación, fue crucificado entre dos infames ladrones.

“¿Para qué todo esto? Para merecemos la gracia.

“¡Oh santos ángeles! Decidme, pues, lo que es esa gracia. Querubines que estáis llenos de ciencia; descubridme lo que es la gracia, que tanto ha costado a mi Dios.

“¿Qué ha podido hacer el Hijo de Dios, que no lo ha ya hecho? Ha hecho todo lo que ha podido para darnos la gracia y movernos a estimarla. Ciertamente ha de ser cosa preciosísima la gracia, puesto que por ella se nos ha dado la cosa más preciosa que hay en el cielo y en la tierra: la vida del Hijo de Dios.

“¿Por qué el ayuno de Jesús? ¿Por qué sus trabajos? ¿Por qué sus sudores? ¿Por qué sus azotes? ¿Por qué sus espinas? ¿Por qué su cruz? ¿Por qué su muerte? ¿Por qué todo esto? Para devolvemos la gracia”<sup>(51)</sup>.

Cuando meditamos la Pasión ¿pensamos siempre en relacionarla con nuestra vida sobrenatural, con nuestra incorporación a Jesucristo, con todas esas maravillas comprendidas bajo ese nombre, demasiado descolorido, demasiado abstracto; expresivo en su noción etimológica, pero vacío de fuerza para nosotros, acostumbrados a emplearlo sin esmerarnos por penetrar todo lo que expresa?

Al recorrer los misterios dolorosos, consideramos que Jesús padece en nuestro lugar; pero no nos sustituye pura y simplemente; nos hace solidarios de él; lo cual no es igual. El es el que agoniza, él a quien azotan, él a quien insultan; pero somos nosotros los que por su medio expiamos. Ocupa nuestro lugar, pero nosotros ocupamos juntamente con él, el suyo. El es “nosotros”, y nosotros somos “él”. No hay que dejárselo hacer todo a él solo; al menos si queremos merecer nuestro nombre de “cristianos”.

---

<sup>51</sup> Nieremberg, *Estima de la divina gracia*.

## CAPÍTULO III

### Con relación al Espíritu Santo que la efectúa

- I. —El Espíritu Santo opera nuestra incorporación con Cristo el día del Bautismo.
- II. —Advertir nuestras grandezas bautismales.
- III. —Utilidad de esta consideración por medio de la fe, para los momentos de la tentación.

#### I

Predestinada por Dios desde toda la eternidad, procurada por Cristo Nuestro Señor en su Pasión, nuestra incorporación con Jesucristo se realiza con efecto, para cada uno de nosotros, en el Bautismo. “Todos vosotros los que habéis sido bautizados en Cristo —escribía San Pablo a los Gálatas—, habéis sido vestidos de Cristo” (3, 27); y a Tito (3, 4): “Mas apareció la bondad del Salvador, nuestro Dios, y su amor para con los hombres cuando nos hizo salvos por el bautismo de regeneración y renovación del Espíritu Santo”.

“En otro tiempo erais pecadores —explicaba también a los Corintios —, pero habéis sido lavados, y con esto santificados, justificados en nombre de Cristo Jesús y en el Espíritu Santo” (1 Cor 6, 11).

Y no se ha olvidado la palabra de Cristo a Nicodemo: “Si no renace uno del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos” (Jn 3, 5).

¿Tenemos de nuestro bautismo; de este momento único en que fuimos incorporados a Cristo, “deiformados”, “cristianizados”, la estima deseable?

Para nosotros, seres sensibles, este gran paso se parece al del tiempo a la eternidad. En realidad es un gran paso y seguramente no hay peligro de exagerar su importancia. La muerte tiene el privilegio inaudito y formidable de fijar nuestra vida, de detener nuestros méritos en una cifra dada sin que podamos hacer correr la aguja a una cifra superior.

Pero si viviéramos de la fe, el gran paso sería para nosotros el que traslada del orden del pecado al orden de la gracia.

Gracia y gloria están en un mismo plano. Con la condición de morir libres de pecado mortal, el día en que se rasga el frágil envoltorio de nuestro cuerpo; merced a nuestro título de incorporados con Cristo, y, por tanto, de coherederos de Cristo, y de hijos adoptivos de Dios; henos en posesión inmediata, o más o menos próxima, pero en todo caso segura, de Dios, para siempre.

Al contrario, entre el pecado (grave) y la gracia hay un abismo.

Así, pues, el mayor paso no se halla al fin de la vida, sino en su principio: no es la muerte sino el Bautismo (<sup>52</sup>).

En el medio ambiente en que la fe es tradicional, precisamente porque es más tradición que creencia razonada, no siempre se aprecia como convendría, la vocación a la vida cristiana.

He aquí de qué manera, poco después de su conversión, estimaba Ernesto Psichari el beneficio de haber sido bautizado hacía tiempo:

“Yo hubiera podido vivir toda una vida humana sin la gracia; pero no por eso dejaba de ser el niño afortunado sobre cuya frente había inscrito un sacerdote este signo redentor... Y ahora, después de mis treinta años de abandono, la gracia bautismal rebrotaba, y yo conocía que era el niño mimado; a quien realmente se le había dado todo.”

Única de toda su familia, una joven empleada parisiense, recibió el bautismo. En una enfermedad, había sido admitida en un Sanatorio dirigido por Hermanas. Allí se instruyó y quiso que la hicieran hija de Dios. Al volver a su hogar ¡cuánto le dolía hallar a sus padres indiferentes u hostiles a Dios! “Mirad —decía al sacerdote a quien confiaba sus penas—, Dios no vive en ellos. Mi padre no tiene fe, mi madre es muy buena, pero vive mal. Ninguna de sus bondades es meritoria para el Cielo. Mis hermanitos no están bautizados. ¡Por qué he recibido yo tantas gracias y no ellos!”

No es posible oír hablar así sin conmoverse hasta derramar lágrimas. ¡Cuántos cristianos, bautizados hace mucho tiempo, ignoran el inmenso precio de la gracia que han recibido!

Éramos entonces muy pequeñitos. Nos hicieron hijos de Dios sin que pudiéramos atender a ello.

---

<sup>52</sup> Y en la medida que señalaremos, la penitencia. Pero la misma penitencia no es posible sino gracias al bautismo. Todo se enlaza con este hecho primordial. . .

Luego, si no hemos tenido cuenta con despertar nuestra fe cristiana, hemos vivido distraídos. Somos “divinos” y lo ignoramos. Estamos incorporados a Cristo y no lo sabemos. Poseemos el Espíritu de Dios y no atendemos a ello. Así quedamos aññados toda la vida.

¡Inconsciencia verdaderamente deplorable!

Para librarnos de ella ¿no sería uno de los mejores medios el estudio y meditación del mismo rito que nos hizo hijos de Dios?

Un texto de San Pablo nos da la clave.

“¿No sabéis, escribía a los Romanos (6, 4), que todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte? Hemos sido, pues, sepultados con él, por el bautismo, en su muerte, para que, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros andemos en una vida nueva”. —Así, pues, el bautismo se nos presenta como una muerte y una resurrección. Y como una muerte y resurrección con Cristo y en Cristo.

Las ceremonias practicadas antiguamente para la iniciación cristiana, y la época en que se celebraban, expresaban maravillosamente estas dos ideas.

El bautismo se administraba por inmersión. El neófito debía sumergirse en el agua tres veces, en memoria de los tres días que Jesucristo pasó en el sepulcro, o mejor aún, en reverencia de las tres Personas divinas. Cerca de las basílicas se levantaba una capilla en medio de la cual había una piscina de forma octogonal, hexagonal, cuadrada o circular, generalmente cubierta por un ciborio. Esta forma de pila contenía el agua bautismal. La capilla, separada de la basílica, pero próxima a ella, como mostrando que le servía de atrio y le abría la entrada, se llamaba baptisterio (<sup>53</sup>). Mosaicos y pinturas representaban por lo común a Jesús en el Jordán, cerca de él a San Juan Bautista y encima de ellos el Espíritu Santo en la conocida forma de paloma.

A veces la piscina o pila, ofrecía la forma de sepulcro. Pero esto no era necesario para dar a los catecúmenos la inteligencia de que, sumergiéndose en el agua bautismal iban a ser *consepulti cum Christo*, sepultados con Cristo.

Las explicaciones que proceden de los catequistas de la época patristica, como San Gregorio Niseno, San Juan Crisóstomo, San Agustín,

---

<sup>53</sup> Uno de los tipos más perfectos puede verse en Poitiers, no lejos de la Catedral.

presentan el bautismo como un enterramiento y resurrección místicos, a ejemplo de la sepultura y la resurrección de Cristo.

El tiempo mismo escogido para administrar el bautismo, indicaba muy expresivamente la intención de la Iglesia.

Muy de antiguo, la Iglesia se impuso la ley de no conferir el sacramento que nos hace cristianos, mas que el Sábado Santo (<sup>54</sup>). Hasta el siglo xii los Concilios insisten en esto, exceptuando sólo los casos de urgencia.

La Cuaresma debía tener por objeto, disponer a las fiestas de la Pascua y a las ceremonias de la regeneración cristiana; preparar una doble salida de la muerte: la resurrección conmemorativa de Jesucristo y la resurrección efectiva de los nuevamente bautizados.

La Pasión y la Resurrección del Salvador, misterios de muerte y de vida. Asimismo misterio de muerte y de vida, el nacimiento a la gracia en el bautismo cristiano.

El neófito que se preparaba a ser recibido en la Iglesia, durante los 40 días que precedían a la Pascua terminaba su iniciación en la vida cristiana. Para él los dos misterios se compenetraban, y su pensamiento era el verdadero pensamiento cristiano, pues, en efecto, los dos misterios no forman sino uno solo. La mañana de la Pascua, Cristo, depositado muerto en el sepulcro, saldría de él vivo y con los vestidos centelleando de gloria. Y él, el nuevo cristiano, que había entrado muerto en el baptisterio, saldría también de él vivo, resplandeciendo con los vestidos nuevos que se le había concedido llevar. Su nacimiento a la gracia, no era sino un complemento, una adición prevista, un prolongamiento de la resurrección del Salvador (Ef 2, 5-6).

Evidentemente en nuestras ceremonias actuales del bautismo, estamos lejos del simbolismo antiguo, aunque se ha conservado la significación esencial.

Lo que toca a la esencia de la iniciación cristiana se ha retenido como lo que constituía la grandeza y hermosura del fondo; pero se ha atenuado el esplendor externo del rito. Razón de más para reflexionar sobre ello. La verdadera inteligencia del cristianismo ha bajado, porque ha disminuido mucho la inteligencia exacta del bautismo. Imitemos a los primeros cristianos. Asociemos, como se debe, el misterio de nuestra regeneración a la fe, al misterio de la Resurrección del Salvador. Así la Pascua será para

---

<sup>54</sup> Y, subsidiariamente, en la fiesta de Pentecostés.

nosotros, algo más que un glorioso aniversario; será al mismo tiempo la remembranza de la realidad que debe interesarnos en primer lugar; a saber, nuestra libertad del pecado y nuestra entrada en la gracia; nuestra salida de la muerte y nuestro ingreso a la vida, por Jesucristo y en Jesucristo.

A la luz de esta grande idea, se comprende mejor por qué la Iglesia ha fijado en el tiempo pascual 3a confesión y comunión, obligatoria para todos al menos una vez al año. La gracia del bautismo puede perderse. “El lavatorio de la penitencia”, para valernos de la expresión arcaica, tan llena de sentido, devuelve la limpieza.

Vemos, pues, que la razón por la cual la Iglesia multiplica sus aleyas en tiempo pascual, es una y compleja.

Compleja, porque la resurrección que solemniza, engloba una triple salida del sepulcro: la del Salvador, la de los nuevos elegidos por Cristo; y la de los fieles de Cristo caídos, pero arrepentidos.

Una en esta misma complejidad, porque todas estas resurrecciones son la resurrección de un mismo ser, considerado ora en su cabeza ora en sus miembros.

## II

La conclusión se impone: hay que hacer que el cristiano conozca lo que es el bautismo.

Se celebra la Navidad y la Pascua de Pentecostés: la venida visible al mundo del Hijo divino y del Espíritu Santo. La venida invisible de la Santísima Trinidad a nuestras almas ¿puede pasar inadvertida? Las Personas divinas ¿son menos dignas de veneración cuando entran en nuestra alma, que cuando se manifiestan exteriormente? Se festeja la entrada del Verbo en Belén, del Espíritu Santo en el Cenáculo, ¿por qué no la entrada del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, en este establo, que somos nosotros; en el cenáculo de nuestra alma, el día de nuestro bautismo? <sup>(55)</sup>.

¿No sería digno de poner en uso, que cada cristiano celebrara más que su nacimiento temporal, el cumpleaños de su nacimiento espiritual; su bautismo más que su natividad? Habría en esto una gran idea de fe. Para

---

<sup>55</sup> En el *Catecismo de Meaux*, Bossuet propone la cuestión: ¿Que día fuimos dedicados a Dios?

—En el Bautismo. en que fuimos hechos templo vivo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

quien piensa en cristiano, ¿qué diferencia hay entre haber nacido hijo de los hombres o haber sido hecho hijo de Dios?

*“In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea”*. Yo vine al mundo en pecado; he aquí mis títulos al nacer.

Pero en mi bautizo se dijo: “Sal de él, espíritu inmundo, y deja el lugar al Espíritu Santo”. Entonces fui librado del pecado: he aquí mis títulos en la hora de la purificación bautismal.

En los primeros tiempos de la Iglesia, era costumbre ir, en la solemnidad de la Pascua y cada día de su octava, después de vísperas, a hacer la estación al lugar sagrado donde en la noche del Sábado Santo se había recibido el sacramento de la iniciación cristiana: “Salidos del seno de la Iglesia, su madre; es a saber, de las fuentes bautismales, y engendrados de esta suerte por el Espíritu Santo a la vida divina”, los nuevos cristianos organizaban con alegría este cortejo hacia el baptisterio, sepulcro glorioso de donde habían salido, como el Señor salió del suyo, resucitados y hermanos de Cristo.

Del baptisterio se dirigían al lugar donde habían recibido la confirmación, y finalmente volvían a entrar en la basílica propiamente dicha, para celebrar los sagrados misterios y el banquete eucarístico. Hacia el siglo v, en Letrán, catedral del Papa, una capilla especial, frente al baptisterio, estaba reservada para la confirmación, y se volvía a la basílica por una manera de claustro.

Esta procesión tenía por objeto recordar, en los mismos sitios en que había uno sido iniciado en la vida cristiana, la dignidad eminente de los hijos de Dios.

Muchos lamentan que la feliz práctica de la primera comunión privada, hace menos expresiva la ceremonia de la comunión solemne.

Mas ¿por qué no se procuraría —ya que invita a ello la fuerza de las cosas— transformar —no por cierto bruscamente, sino poco a poco— la antigua ceremonia de la primera comunión, en una fiesta que señalara la llegada del adolescente a la plenitud de la vida cristiana? Como ya hemos visto, antiguamente el bautismo, la confirmación y la comunión se administraban seguidamente el día en que cesaba uno de ser catecúmeno y comenzaba a ser cristiano. Con el transcurso del tiempo, los tres sacramentos se han separado. ¿Por qué, pues, a la salida de la infancia, en la entrada de la adolescencia, cuando la vida cristiana puede y debe hacerse consciente y varonil, no se podría instituir una fiesta que juntara



—en cuanto fuera posible— los tres sacramentos de la iniciación cristiana completa?

La mayor parte de los niños recibe la confirmación sin entender gran cosa su significado; mas encuadrado en la solemnidad de un día, que se convertiría de este modo en fiesta de la adolescencia cristiana, entre la renovación de las promesas del bautismo y la comunión eucarística, el sacramento de la Confirmación sería mejor comprendido. Las obligaciones contraídas el día del bautismo, se considerarían con mayor seriedad: Jesucristo quiso establecer un sacramento especial para intensificar la presencia del Espíritu Santo y las gracias recibidas en el bautismo; pues nuestra vida cristiana está amenazada de mil peligros; y ¿qué medio mejor para invitar al niño a vivir esta vida azarosa y resistir, llegado el caso, a la tentación, que explicarle, vgr., las palabras que se pronunciaron sobre él el día de su bautizo?

“Yo te exorciso, espíritu inmundo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que salgas y dejes a este siervo de Dios: pues te lo manda, espíritu maldito y condenado, Aquél que anduvo sobre el mar y dio la mano a Pedro que se sumergía. Así, pues, demonio maldito, escucha esta sentencia; reconoce la potestad de Dios vivo y verdadero y de su Hijo y del Espíritu Santo, y sal de este siervo de Dios, pues nuestro Señor Jesucristo se ha dignado llamarle a su gracia, a su bendición y a las fuentes del bautismo”.

Asimismo: “Este signo de la santa cruz, que hacemos sobre su frente, no te atrevas jamás a violarlo, demonio maldito, por el mismo Señor nuestro Jesucristo. Amén”.

La fuerza comunicada el día de la confirmación, corre peligro de gastarse en el cotidiano choque de la vida ordinaria. Así pues, se nos da un alimento, que recitamos no un día de paso, sino en cuanto sea posible, todos los días, a fin de asegurar diariamente el vigor, para ser fieles a la Trinidad divina que habita en nosotros. La santa Humanidad de Cristo nuestro Señor, que viene cada día a hacer su guardia en este Sancta Sanctorum que es nuestra alma en estado de gracia, y ofrece allí a la Trinidad que en ella habita, la sola ofrenda, la sola acción de gracias, la sola expiación, la sola plegaria digna de ella: he aquí la comunión; y de nuestra parte, íntimamente asociados a esta acción del Hijo encarnado que viene a nosotros para celebrar al Altísimo, ofreciéndonos con él, dando gracias, pidiendo y reparando.

Es manera excelente de integrar o reintegrar la Eucaristía en nuestra historia sobrenatural, subrayar en una ocasión solemne, su lazo espléndido y necesario con la presencia de Ja Santísima Trinidad, que vino a entronizarse en el fondo de nuestro ser, por medio del sacramento que nos hizo cristianos.

“Renuncio a Satanás”, dirá el niño —y en lo sucesivo, repetirá cada día esta fórmula que debería dejar de ser para él una mera fórmula—. “Me adhiero para siempre a Jesucristo” —y estas palabras significarán: “me uniré con la mayor frecuencia posible al Dios de la Eucaristía, para ser fiel lo más posible a Dios que vive en mí. Los dos sagrarios, el del altar y el de mi corazón, son dos moradas escogidas, y la primera no lo contiene sino en razón de la segunda. Que el Espíritu Santo de mi bautismo y mi confirmación, me prepare a cada venida del Salvador, y que el Salvador me prepare cada vez más a las incesantes venidas del Espíritu Santo”.

En realidad, casi todos los elementos materiales de la solemnidad que acabamos de describir, se hallan en la fiesta actual de la Primera comunión solemne (excepto la confirmación, que se podría añadir, en los países donde no se confiere en la primera niñez, si se multiplicaran los ministros de este sacramento).

Lo que proponemos, no es más que un “cambio de acentuación”.

Actualmente, en la comunión solemne el niño se pone un lazo o un traje blanco, ¿por qué? Si se atiende sólo a la recepción de la Eucaristía (como era la significación antigua), habría que contestar, porque recibe a Nuestro Señor por décima o centésima vez... pero esto no satisface. Ponerse un traje especial el día que se recibe la comunión por primera vez, parece lógico. Pero ¿por qué hacerlo este día después de tres, cuatro y cinco años de comulgar?

Pero si se establece que la solemnidad de la fiesta tiene por objeto subrayar para el adolescente la importancia de su entrada en la vida cristiana, plenamente consciente y voluntaria, se comprende muy bien el sentido del lazo, o traje blanco y de todo el aparato exterior tradicional.

La fiesta hasta ahora tierna, se hace, en esta hipótesis, sobre todo varonil. Se trata menos de procurar al niño una alegría, que de hacerle contraer una obligación de honor.

En las explicaciones que se dirigirán a los elegidos, sobre el sentido de la ceremonia, se insistirá menos en la felicidad presente, que en la responsabilidad futura; en lugar de explayarse en comentarios poco convincentes para ponderar que esta comunión, para algunos la centésima

o ducentésima, exige una preparación enteramente especial; recordando al niño su bautismo, esto es, el origen de su vida sobrenatural, hay que inculcarle la necesidad de conocer esta vida, conservarla, defenderla, aumentarla, intensificarla hasta el máximo, y a este efecto recibir el sacramento que confirma en la entera fidelidad, y el sacramento que alimenta y defiende contra la debilidad.

Casi todos los niños saben lo que es la Eucaristía. Casi todos ignoran la profunda significación del bautismo y de su complemento, la confirmación. ¿No sería de desear que la solemnidad religiosa destinada a inaugurar la adolescencia, fuera, en el cuadro renovado de la antigua iniciación cristiana, *la fiesta de la vida divina en nosotros?*

Las mismas ceremonias recordarían los tres principales momentos de esta vida divina: el momento en que comenzó, el momento en que llega a su completa madurez y el momento en que absorbe indefinidamente la savia divina que la nutre con vigor; — y el niño comprendería, al par que la razón de ser de dos sacramentos que no se reciben más que una vez, la razón profunda del sacramento que deberíamos recibir todos los días.

### III

En todo caso, hay que esmerarse por ilustrar a los fieles acerca del incomparable valor de su bautismo.

¡Cuán grande garantía ofrece, haberse sentido muy grande en una época de la vida! Más adelante, el decaimiento será menor; se consiente con menos facilidad en abatirse, en aniquilarse, en envilecerse.

El haber sabido admirarse, preserva de desfallecer; ¡ay, no siempre! pero muchas veces..., si hay alguna nobleza en el corazón.

Una gran parte de nuestra vida espiritual se pasa en la lucha. ¡Qué inferioridad impone, el no poder oponer a las fuerzas emotivas y vivientes de la pasión, mas que fórmulas abstractas, áridas, descarnadas!

Es propio de las pasiones, especialmente de algunas de ellas, poner en conmoción todo el hombre, toda el alma. ¡Trágica flaqueza, no poder contraponer a los impetuosos asaltos de todo un mundo en rebeldía, mas que una adhesión fría que no afecta sino un pequeño seno del alma en su región menos vital; la adhesión anémica a una prohibición escrita en una pared, sin carne ni huesos, ni calor, ni belleza.

Se necesita luchar contra la pasión con armas iguales; es decir: oponer a la pasión no una mera noción, sino otra pasión; a la idea del

placer que se brinda, oponer la idea del rebajamiento que trae en pos de sí; a la esperanza de lo que se va a adquirir, y que la imaginación pinta acaso con tanto brillo, la certeza viviente y vibrante de lo que se va a perder, y que el espíritu de fe, manteniéndose en pie, presenta radiante a la memoria.

No podemos tener presentes de continuo, los motivos de nuestra, creencia... Algunos, ante cada duda contra la fe, quisieran actualizar todo el proceso de la fe; delante de cada tentación de desaliento, todo el proceso de la esperanza; ante toda tentación contra la castidad, el irresistible recuerdo de los motivos para conservar la pureza... ¡imposible!

¿Qué es lo que se puede y debe desear? Haber tenido en el alma, en ciertos momentos, su presencia cálida y luminosa. Podrá suceder que la radiación palidezca y el calor amengüe. En nuestra vida terrenal la ceniza cubre presto el fuego; pero hay que aprovecharse luego de lo que antes fue. No es posible ver siempre; por lo menos es posible dejar de ver algunas veces. Pero ¡qué esfuerzo se saca de haber visto debidamente! Esto basta para mantener en el buen camino y adelantar en él. La declaración de los Magos vale siempre: “*Vidimus, venimus; vimos, hemos venido*”.

Sería ciertamente deseable que la estrella no se ocultara nunca al peregrino, pero es simplicidad contar con esto. Es preciso vivir de las reservas de fe radiante acumuladas desde mucho antes.

De ahí la importancia de haber contemplado en algún tiempo con frecuencia, la espléndida belleza de la vida sobrenatural. En lo sucesivo será uno severo para admitir lo que la podría menoscabar. El haberse admirado alguna vez, puede servir extraordinariamente para guardarse siempre.

En una carta durante la guerra, el teniente de navío Dupouey, escribía a su mujer: “Lo difícil y esencial en la vida, no es tanto el desprenderse, sino llenar el corazón, el librarse lo más posible del peligro de sí propio”.

Sería mucho más fácil desasirse si alguna vez se hubiera uno asido de veras. Sería más fácil tener en nada la nada, si se hubiese entendido, aunque no fuera sino con un relámpago, el que lo es todo; y si con entera lealtad, aunque no fuera más que un minuto, hubiera brotado de lo hondo del ser, este clamor: “Verdaderamente es nada lo que no es él”.

En Ascética se utiliza el terror con el dogma de las penas eternas; se utiliza la compasión con la memoria de la Pasión. ¿Por qué no se utilizaría más el tercero de los grandes resortes trágicos: la admiración? “Aprende a enorgullecerte santamente”, escribía San Jerónimo a la virgen cristiana

Eustoquio; y San León Magno dice: “¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad!”

Para esto conviene enriquecer con todos los datos que nos brinda la fe, estas nociones de “cristiano, bautismo, vida sobrenatural, vida divina”. ¡Cesen éstas de ser puras nociones, palabras muertas; para hacerse realidades vivientes! Procuremos el arte difícil de pegar a las fórmulas de nuestra fe toda nuestra potencia de vida.

Trabajemos en trabar nuestras ideas divinas; en otro caso, quedando aisladas, anémicas, serán vencidas por las pasiones encarnizadas y vivientes.

Hay que hacerse un alma católica, adornar el propio espíritu católicamente; esto es: catolizar todos los centros en torno de los cuales cristalizan nuestras ideas, nuestros juicios, nuestros sentimientos.

Con demasiada frecuencia nuestra concepción del mundo es pagana, porque no va más allá de lo visible. El único negocio que interesa a Dios en la tierra, a saber, Dios en las almas, no nos interesa a nosotros. Acostumbrémonos, pues, a dar a lo demás su valor de residuo, y a tener por lo único necesario el reino de Dios en nuestra alma y en las de los demás.

¡Cuán doloroso es comprobar que se puede estudiar durante un semestre el tratado de la gracia o del Verbo encarnado sin haberse asombrado una sola vez, ni emocionado, ni haberse admirado, ni tocado una vez en lo vivo! No se ha tocado más que un esqueleto, una cosa descarnada, muerta. Los tratados teológicos se suceden como flores magníficas, pero flores de herbario, y, con todo eso, la realidad que deberían mostrar es tan opulenta, tan viviente. ¿De qué procede que se viva tan poco? Y qué fatal facultad tiene el hombre de poder estar así en un contacto intelectual incesante, con Dios sin pensar acaso en Dios una sola vez, sin unirse una sola vez con Dios.

De qué manera se puede vivir el dogma a medida que se lo estudia, lo muestra de una manera luminosa la monografía de un joven benedictino, Dom Pie de Hemptinne, cuyo Maestro de novicios, Dom Marmiom, fue el conocido autor de “Cristo vida del alma”.

Prevenzámonos contra este fácil arte de separar el objeto de nuestro estudio, de la práctica de nuestra vida. Vivamos aquello mismo que aprendemos; ninguna cosa nos ayudará más a aprender bien.

La exposición didáctica y el entusiasmo, el método y lo patético no se confunden. Pero el no confundirse no quiere decir que ganen por andar aislados.

Es menester que la meditación comunique vida a lo muerto; resucite a Jesucristo y convierta una fórmula de Denzinger o un texto de Migne en un principio de acción.

Menguada ciencia la que no se convierte en amor. No vayamos a la verdad con sola la mitad de nuestra alma. Sobre todo cuando se trata de esta verdad, no es mucho conquistarla con todo nuestro ser.

## Libro IV

# Inteligencia práctica de nuestra incorporación a Jesucristo

## CAPÍTULO PRIMERO

### El pecado en una vida cristiana

- I. —Somos una cosa con Cristo, destruidor del pecado,
- II. —De ahí la gravedad del pecado en un miembro de Jesucristo.
- III. —Feliz posibilidad del perdón, después de la falta. El sacramento de la penitencia nos incorpora de nuevo a Jesucristo.

#### I

Poseer en nuestras almas la vida divina; tener en sí el Espíritu Santo, el Verbo y el Padre, y esto por los méritos de Jesucristo con quien nos es dado ser una misma cosa, —¿comprenderemos jamás en la tierra, la índole y la extensión de semejante privilegio?

Según dice San Pablo, sólo en el cielo veremos sin sombras la grandeza del cristiano, “cuando se manifestará el Hijo de Dios, que es nuestra vida y nuestra gloria” (Rom 6, 11).

Así, pues, “¿perseveraremos en el pecado?... ¡No lo permita Dios! Pues, los que hemos muerto al pecado ¿cómo viviremos aún en él? O ¿no sabéis, que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? Pues somos sepultados con él en muerte por el bautismo; para que, como Cristo resucitó de muerte a vida, por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Pues si hemos sido plantados juntamente con él, a la semejanza de su muerte; lo seremos también a la de su resurrección. Sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y no sirvamos ya más al pecado. Porque, el que es muerto, libre está del pecado; mas si somos muertos con Cristo, creemos que juntamente viviremos también con Cristo; ciertos, que habiendo Cristo

resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él; pues cuanto al haber muerto por el pecado, murió una vez, mas cuanto al vivir, vive para Dios. Así también consideraos, que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias” (2 Cor 5, 14).

Así San Pablo, para doblar definitivamente a muerto por nuestros antiguos malos hábitos, repite catorce veces la palabra *muerte* en estos diez u once versículos.

Y no se trata de un texto fortuito, de una recomendación hecha acaso, sin darle importancia. No, éste es su tema favorito. Hemos leído su expresión, tan difícil de traducir en nuestra lengua: “Despojaos del hombre viejo, para vestiros del nuevo” (Col 3, 9-10). El Apóstol no escribe una carta sin decir y repetir a los fieles: “No lo olvidéis: estáis muertos. Fieles de Éfeso, estáis muertos. Fieles de Roma, estáis sepultados con Cristo por el bautismo en su muerte. Fieles de Corinto, consideraos como muertos”. “Mortificad vuestros miembros, fieles colosenses, pues estáis muertos” (Rom 6, 11).

Semejante insistencia espanta nuestra timidez. Sólo oír una vez este nombre de *muerte* (que significa aquí, mortificación, renunciación), nos asusta y hace temblar. Pero San Pablo prescinde de nuestros espantos y delicadezas. Comprendió demasiadamente con la luz que recibió en el camino de Damasco, que nuestra divinización es el término de los esfuerzos de Cristo; y asimismo que para ser posible esta divinización, reclama que demos en nosotros lugar libre a Cristo. No hay vida cristiana sin desasimiento.

Cristo murió por nosotros, para merecernos la vida. Aquel día también nosotros morimos. Morimos de antemano, por obligatorio destino. —“Uno murió por todos, así, pues, todos son muertos” (2 Cor 5, 14). — ¿Qué significa esto?

El día en que nos hicimos en potencia, miembros de Aquél que es destructor del pecado, contrajimos por el mismo caso, la obligación de destruir en nosotros el pecado.

Esta obligación general que nos viene de tan lejos, cada cristiano la contrae próximamente y por su cuenta el día de su bautizo. Es una equivocación creer que se necesitan promesas clericales o votos de religión para estar obligado a una vida de desasimiento, si queremos vivir en Cristo. Nuestro bautismo lo reclama por sí.



San Jerónimo, recordando el conocido texto del Apóstol a los Romanos: “Os exhorto a ofrecer a Cristo vuestros cuerpos como hostia viva... Este es el obsequio racional que le debéis” (Rom 12, 1) —y el de San Pedro: “Habéis recibido un sacerdocio santo para ofrecer a Dios, por Jesucristo, sacrificios espirituales” (1 Ped 2, 5-9), —llama el bautismo, sacerdocio de los legos, para notar bien que éste es el punto de partida de nuestra vocación al renunciamiento.

¿No es singularmente elocuente el rito solemne que destina a la blancura el alma de todo cristiano desde el

momento que ha corrido el agua sagrada, limpiándole de la mancha original?

“Recibe esta blanca vestidura y llévala sin mancha al tribunal de Dios.”

En las grandes épocas de la vida cristiana volvemos a hallar esta blancura, —en el bautismo, en la primera comunión, en el desposorio, y en el sacerdote el alba y los manteles del altar.

¡Qué yerro no ver en esto más que un adorno! Es mucho más; es un símbolo.

Lo había entendido aquel santito Cyro que se dirigía a las filas. Al despedirse de los suyos, les quiere dejar un último recuerdo, arrancando de su penacho una pluma roja: “Tomad, padre, dice; color de sangre... Seré valiente”. —Luego, una pluma blanca: “Tomad, madre; seré siempre fiel a Dios” (<sup>56</sup>).

## II

¿Cuántos bautizados se preocupan en el mismo grado que este joven, del absoluto rigor de la obediencia a Dios, y están resueltos a no consentir jamás en el pecado grave? ¿Piensan, cuando ceden al mal en materia grave, a qué villanía se abandonan?

San Pablo, que no andaba en remilgos con las palabras, llama al pecado adulterio.

Y no es que ignorara las delicadezas del lenguaje, u olvidara sus matices, no; es una fórmula salida sin duda de un alma de fuego, que menosprecia los eufemismos.

Saulo de Tarso había estudiado en las escuelas y sabía hablar.

---

<sup>56</sup> Libro de oro del Colegio d'Antoing.

Si emplea palabras enérgicas, es porque la realidad que quiere expresar, exige esa energía. Entonces no vacila. “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá; pues su templo, que sois vosotros, es santo” (1 Cor 3, 17).

Hemos de glorificar y llevar a Dios en nuestros cuerpos, esto es, hemos de tratarnos siempre como sagrarios de esta divina majestad. “Por esto —dice también el Apóstol—, ya que Dios nos ha hecho estas promesas (de permanecer en nosotros por la gracia), purifiquemos nuestros cuerpos y nuestros espíritus de toda falta, haciendo nuestra santidad perfecta por el temor de Dios” (2 Cor 7, 1).

Hay que apartar a los cristianos del pecado, especialmente del de impureza, el más camal y más opuesto a esta presencia en nosotros, de Dios, puro espíritu; hay que mostrarles cuánto afrenta a Jesucristo la mancha de nuestros miembros, que son miembros suyos. La lógica arrastra a San Pablo: Puesto que el estado de gracia consiste en un verdadero desposorio del alma con Dios ¿qué palabra podrá calificar el rompimiento del alma con Dios? En nuestro moderno lenguaje, la palabra del Apóstol ofende nuestra delicadeza; pero ¿por qué no nos ofende más la realidad que expresa, ya que nuestro cuerpo, por el bautismo se ha hecho miembro de Cristo? He aquí el texto: “¿Qué? ¿haríais un miembro de Cristo, miembro de una ramera? ¡No lo permita Dios!” Este contraste que nos subleva escrito, no subleva vivido, —por lo menos según vemos que algunos no dudan (dice San Juan Crisóstomo) “hacer de miembros de un Hombre-Dios miembros de una persona infame”.

Merced a nuestra debilidad, no penetramos a fondo qué cosa sea el pecado. Los primeros cristianos lo aborrecían más porque tenían más inteligencia de él. Hallamos rasgos singularmente instructivos en esta materia. Para expresar bien que comprendían esta obligación fundamental de mantener su carne exenta de todo contacto impuro, se habían acostumbrado a hacer con frecuencia, sobre su cuerpo, “como envolviéndolo”, la señal de la cruz; y formar esta señal redentora en la frente, en los ojos, en el pecho como señalándolos con la marca del Crucificado; esto es, con el sello y carácter de la muerte. Después de la comunión, que se recibía entonces bajo las dos especies, solían tomar con la punta del dedo un poco del precioso *sanguis* que quedaba en sus labios y ungir con él cada uno de sus sentidos.

¡Tan viva era la fe de aquella primera edad!

No se concebía que un cristiano pudiera incurrir en pecado mortal. Tiene, sí, la posibilidad física, pero junto con tal repugnancia moral que ha de hacer incapaz de ello a todo el que ha nacido de Dios (1 Jn 4, 7). Así dice San Juan (<sup>57</sup>).

Para él, repugna ser cristiano y consentir en el pecado; y tiene demasiada estima del bautizado para creer que pueda rendirse a él: “Todo lo que nace de Dios, obtiene victoria del mundo” (1 Jn 5, 4). —“Todo el que nace de Dios no peca, mas se guarda de la corrupción. El mundo está todo puesto en el mal: *totus in maligno positus est*” (1 Jn 5, 18).

En el siglo IV intentó introducirse en la disciplina de la Iglesia la práctica de no admitir a la comunión al que después del Bautismo había recaído en el pecado grave.

“A los que después de haber hecho penitencia, reincidieren en el pecado, no se les dé la comunión, ni aun en el artículo de la muerte”, había fulminado un Concilio de Elvira (<sup>58</sup>). Y la razón que daban es de peso: “Para que no parezca que hace burla de nuestros sagrados misterios”.

Este rigorismo, contrario al espíritu de la Iglesia, no podía prevalecer. Por muy frecuentemente que haya pecado el hombre, una vez absuelto, puede siempre recibir el Cuerpo de Cristo. Pero el que la Iglesia sea menos rigurosa ¿es razón para que nosotros seamos menos reflexivos?

¿Quién sabe adónde puede llevar un pecado grave? Haciendo un día su confesión anual, Santa Margarita María nos dice “que le pareció ver y sentir que la desnudaban y la vestían al mismo tiempo una ropa blanca”.

Después de la Sagrada Comunión le pareció oír que el Señor le decía: “He venido, querida mía, para revestir tu alma con la vestidura de la inocencia, para que no vivas sino con la vida del Hombre Dios... Si una vez pierdes esta gracia, no la volverás a hallar, y te precipitarás en un abismo tan hondo, a causa de la altura del lugar en que te he colocado, que es la llaga de mi Corazón, que nunca podrás volverte a levantar de esta caída” (<sup>59</sup>).

Sin duda el Señor hablaba con la Santa este lenguaje, porque sabía que era capaz de soportarlo, y por otra parte preveía su entera fidelidad.

---

<sup>57</sup> “El que ha nacido de Dios, no comete pecado, porque la semilla de Dios permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios”. (1 Jn. 3, 9).

<sup>58</sup> *Ne lucisse de Dominica communione vidcantur*. Can. III. *Lab.*, t. I. col. 971.

<sup>59</sup> *Vie de la Sainte, par ses Contemporains*, Poussielgue, 1876. 2ª edic t. I. págs. 90-1.

Pero ¡cuán buena materia de reflexión, para el alma tentada, y en trance de dejarse arrastrar!

El pecado mortal nos parece a veces cosa liviana.

Mas, ante la idea del pecado mortal, Cristo sudó sangre, y los Santos experimentaron mortales angustias.

Hay que oír los gemidos de Santa Catalina de Sena, suplicando a dos pisanos ricos que fueran fieles a Dios:

“A Vanni y Francisco, hijos de Nicolás de Buonconti de Pisa.

“En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce Virgen María, hermanos muy queridos y amados en Cristo Jesús: Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Dios, os escribo y os animo por la Sangre preciosa de su Hijo, con el deseo de veros verdaderos hijos suyos, viviendo siempre en el santo temor de Dios y de manera que no menospreciéis la sangre de Cristo, sino que tengáis horror y asco del pecado mortal que fue causa de la muerte del Hijo de Dios.

“Es muy culpable el que entrega su cuerpo a la impureza, después de haber conocido la perfecta unión que Dios contrajo con la Humanidad.

“Vanni, ¡qué horrible suerte si la muerte te cogiera en pecado mortal! ¡si por un mezquino deleite, perdieras este bien, esta felicidad, de tener a Dios en tu alma, por la gracia, y poseer luego aquella vida eterna que nunca se ha de acabar...!”<sup>(60)</sup>.

### III

A los que hayan caído (tan grande es la flaqueza humana, y Dios puede a veces permitir una caída para fundar perpetuamente en humildad, o estimular un amor basta entonces tibio) y se hayan levantado valerosamente, la idea de la misericordia de Dios, que estableció un sacramento de perdón, les comunicará valor.

En realidad, por muy precioso que sea el bautismo, cuán incompleta limosna sería sin el sacramento de la penitencia. Sería antes causa de sufrimiento que de gozo al menos para muchos. Haber sido espléndidamente divinizado, pero no poderse levantar en el caso de una caída, no poder volverse a hacer miembro de Cristo, ¡cuán desgarrador sería! ¡El inefable, el inmenso dolor de haber perdido para siempre el tesoro único!

---

<sup>60</sup> *Carta*», t. III, Carta CCXLVII, p. 408.

Nuestro Señor no quiere esto. De nuestros pecados hará, convirtiéndolos contra ellos mismos, un instrumento de salvación; curarlos será borrarlos.

Para destruir los últimos obstáculos que obstruían el Canal de Panamá, se habían repartido en 1,227 horadamientos, 40 toneladas de dinamita. Bastó, en la Casa Blanca, a 3.000 km. de allí, dar la vuelta a un conmutador, en el momento escogido, para reunir dos Océanos.

Pero ¡qué es esto comparado con la absolución! Se traza en la obscuridad una cruz en el aire, y en el mismo instante se juntan otros dos océanos; el de la miseria sin nombre y el de la misericordia infinita.

Aun fuera del sacramento de la penitencia, con tal que haya el deseo por lo menos implícito de recibirlo, un acto de caridad o de contrición perfecta, poca cosa al parecer, basta para volver la vida a un alma muerta.

Si es verdad que nuestra libertad puede resistir al Dueño de todo; y que la Providencia consiente en tener cuenta de cada uno de los granos de arena que por malicia o necesidad metemos en el mecanismo ordenado de sus planes eternos; y que durante nuestra vida terrenal Dios tolera a veces una especie de fracaso, reservándose para el más allá restablecer sus derechos absolutos; es verdad también que un solo suspiro, un solo movimiento sincero, un solo grito del alma, puede penetrar el cielo, arrancar al Altísimo un perdón, y purificar una conciencia manchada durante muchos años.

Una voluntad divina lo hizo todo por la Creación; una voluntad humana, con la gracia divina, puede rehacer toda una vida: regeneración, o sea nueva creación, en algún sentido, más estupenda que la primera.

Un querer de Cristo, y Lázaro resucita; un querer del hombre, y Lázaro se levanta igualmente. El hombre a su impulso puede desatar sus propias mortajas y salir vivo de su sepulcro.

¡Poder del arrepentimiento de la Magdalena o del buen ladrón; prodigioso mundo escondido en lo íntimo de las almas, donde a cada minuto, si hay conciencias que se derrumban y lodo que se acumula, hay corazones que renacen y vida sobrenatural que reflorece!

Si no media el arrepentimiento ¿hay que maravillarse de la sentencia divina? Dios había pensado hacernos compartir su vida; pero no la hemos querido. Al terminarse nuestra vida temporal somos trasportados de la región del merecer a la de las cosas que ya no se mudan. Dios nos mira. ¿Reconoce en nosotros su marca? No, no somos de su familia, no llevamos

la marca de los hijos del Padre, nos hemos hecho extraños. ¿Hay que maravillarse entonces de que juzgándonos como somos, sentencie: *nescio vos?* No os conozco, no sé quién sois; ¡marchaos! No conviene que estén con Dios más que los hijos de Dios. Vosotros no sois hijos de Dios, ¡os desconozco para siempre!

Imaginamos que para castigar al pecador, Dios le ha de herir. Pero no, no tiene necesidad de herirle. No tiene más que dejarle a sí mismo, a su voluntad depravada... El hombre se ha negado a cumplir la voluntad de Dios. Cumpla, pues, eternamente su voluntad de vivir sin Dios. *Fiat voluntas tua, homo, in aeternum!* <sup>(61)</sup>.

El pecado mortal es el divorcio entre el hombre y el divino Huésped del alma; raras veces se llega a él de repente. En general ha precedido un modo de desafecto creciente. Un enfriamiento, una serie de faltas veniales.

Se deja debilitar uno tras otro todos los eslabones, y viene un día en que se rompe la cadena. Es fatal; y no será necesario que la herrumbre consuma todos los eslabones. Basta que uno sea corroído y pierda su fuerza. “Una cadena no es más fuerte que el más débil de sus eslabones”; en este axioma, por desgracia demasiado fácil de comprobar, se apoya toda la teoría de la pasión dominante <sup>(62)</sup>; toda la explicación del peligro del pecado venial, habitualmente consentido.

La gravedad práctica de estos desfallecimientos veniales, cuando son plenamente deliberados y consentidos, merece un juicio severo.

Nadie ha escrito mejor sobre esto que Santa Margarita María. Cristo nuestro Señor la había prevenido contra toda negligencia voluntaria, y sin duda pensaba en esto al escribir sus dos billetes a Sor Thelis:

“En todo lo que nos dice V. C. lo que hallo mejor es la fuerte persecución de la Gracia que sentís, en medio de tantas recaídas; pues esto indica el gran deseo que tiene Dios de salvar vuestra alma; lo cual no hará sin embargo sin vuestra cooperación. Por eso no os debéis lisonjear; pues si persistimos en resistirle, se cansará finalmente de perseguirnos y se retirará calladamente de nosotros y quedaremos como insensibles a nuestra perdición. Por eso, si hoy oís la voz de Dios, no endurezcáis vuestro corazón, y procurad aprovecharos del retiro que vais a hacer, para este efecto, con una voluntad fuerte y eficaz de venceros haciéndoos continua

---

<sup>61</sup> Santo Tomás, *In IV Sent.*, lib. II. dist. 37, q. III art 1, demuestra bien que el pecado, en cuanto priva al hombre de Dios, es ya la pena de daño.

<sup>62</sup> En los *Ejercicios* del P. Longhaye, es particularmente instructiva a este propósito la meditación sobre Judas.

violencia, para desasiros de vos misma; pero es menester evitar las faltas voluntarias si queréis recobrar la gracia de Jesucristo. De otro modo le buscaréis en vano, pues se burlará de nosotras como nosotras nos hemos burlado de su gracia...”.

Y al fin de su carta: “¡Ah! si pudiéramos entender el gran daño que hacemos a nuestra pobre alma, privándola de tantas gracias y exponiéndola a un peligro tan evidente por estas frecuentes caídas voluntarias... Dios le cierra la entrada a su Sagrado Corazón.

...“Aprovechemos el tiempo que nos concede y no retardemos más”.

Terminado el retiro: “El amor divino —le dice— basta para impedirnos que hagamos a sabiendas cosa alguna que pueda displecer al Amado de nuestras almas; pues no puedo concebir que un corazón, que es de Dios y quiere amarle de verdad, pueda ofenderle con propósito deliberado. Os confieso que las faltas voluntarias me son intolerables, porque hieren el Corazón de Dios. Os conjuro, pues, que os guardéis de cometerlas; pues os privan de muchas gracias cuya pérdida entibia vuestro corazón y debilita mucho vuestra alma en el camino de la perfección.

“El Señor os ama y os querría ver avanzar a grandes pasos en los caminos de su amor, por más que crucifiquen la naturaleza. No regateéis, pues, con él, sino dádselo todo y hará que todo lo volváis a hallar en su divino Corazón. Es buena señal, cuando la gracia nos persigue y apremia; pero temamos que se canse y nos abandone...”<sup>(63)</sup>.

---

<sup>63</sup> Cartas LXXII y LXXIII, ed. de Paray. t. II, págs. 169, 171 y 174.

## CAPÍTULO II

### La renunciación cristiana

- I. —La renunciación, cuestión de prudencia. Aunque el pecado original está borrado, subsiste la posibilidad de pecar.
- II. —Cuestión asimismo de imitación de Cristo nuestro Señor.
- III. —La doctrina de la renunciación bien entendida es la doctrina de la felicidad.

#### I

El bautismo es el sacramento de la muerte al pecado. Obliga al cristiano al apartamiento absoluto de todo lo que en él puede ofender a Jesucristo.

Pero más allá de esta medida de estricta obligación se abre un campo muy ancho. El cristiano, miembro de Jesucristo, se ha de preocupar no sólo de lo que en él puede ofender a Jesucristo, sino también de lo que en él no es de Jesucristo.

El desprendimiento, por lo menos afectivo de todo lo creado: he aquí lo que reclama la ley cristiana en toda su extensión.

Dios nos ha colocado en una escena de vida sensible más o menos atrayente, en una escena de apariencia, sobre cuyo valor nos interesa mucho no engañarnos. No tomemos por realidades substanciales, bastidores de cartón pintado. De las cosas sensibles podemos usar, pero sin poner en ellas el corazón (2 Cor 6, 10). Los bienes de fortuna, los goces del hogar, las legítimas satisfacciones de independencia son cosas que Dios pone a nuestra disposición. Mas, aun cuando no se pide a todos que con efecto se desprendan enteramente de ellas, en lo que consiste la vía de los consejos; por lo menos se nos prescribe que no peguemos a ellas el corazón, y sepamos, dada la ocasión, sacrificar ésta o la otra cosa, aunque no sea más que para comprobar la sinceridad de nuestro desprendimiento afectivo.

No hay verdadera vida en Cristo, verdadera vida cristiana sin esto.

Sin el espíritu de renunciación estamos a merced de un regreso siempre posible de los poderes del mal.



Es en efecto exacto que en la hora en que Cristo destruyó el pecado en la cruz, hemos muerto en él al pecado, y que el bautismo nos ha procurado el beneficio de esta muerte radical <sup>(64)</sup>; pero nos falta morir cada día al pecado en nosotros, es decir: actualizar en la práctica de nuestra existencia personal esta destrucción generalmente asumida por nuestra Cabeza.

En todo bautizado que está en gracia, el pecado original ha sido destruido; pero subsiste la posibilidad del pecado actual.

Por más que yo tenga voluntad de hacer el bien —escribía el Apóstol—, me persigue una imperiosa inclinación hacia el mal (Rom 7, 15-19). Con mucha mayor razón podemos decirlo nosotros. Y he aquí por qué al desasimiento afectivo será menester en cierta medida añadir el efectivo.

La herida antigua está cerrada; pero es cierto que fuimos heridos. Y la cicatriz de la antigua herida señala el punto flaco donde el enemigo nos puede alcanzar de nuevo y herimos.

Así, pues, hemos de vivir siempre alerta y por un trabajo continuo, extirpar los gérmenes de infección, dispuestos a brotar en los bordes de la cicatriz. Una imprudencia, y puede sobrevenir la gangrena. Es menester velar.

Nos parecemos a Tarsicio, que llevaba la Eucaristía en medio de paganos. Sólo que los poderes enemigos están en nosotros más todavía que en derredor nuestro. Hemos de temer siempre una sublevación, una rebelión. Instintos que parecen dormitar pueden despertarse de improviso, hacer salto y procurar arrebatarnos el tesoro de que el bautismo nos ha hecho poseedores.

“Todo cristiano lleva en sus labios la posibilidad de dar algún día, el beso de Judas”. Pues ¿quién no se ha sentido, en un momento dado, capaz de hacer traición? ¿Quién no ha temblado, en ciertos días, viendo en sí esta extraña facultad de poder decir a Dios *no*, cuando Dios exige *sí*, y poner, con su ridícula y prodigiosa potencia de enano, en una impotencia provisional al Dios fuerte?

Diariamente el pecado nos acomete por dentro y por fuera. Cada día se nos impone la obligación de reponerle <sup>(65)</sup>. Sólo puede reclamar el reposo, el definitivo vencedor que ya nada tiene que ganar, sino ha llegado de sacrificio en sacrificio, y de esfuerzo en esfuerzo a la meta del triunfo.

---

<sup>64</sup> En este lugar tomamos *radical* en sentido etimológico: en *la raíz*.

<sup>65</sup> Recomenzar cada día el edificio (2 Cor 4, 16).

Ciertamente, sería más descansado —habiendo sido hecho en el bautismo una nueva criatura en Jesucristo —no haber de trabajar más para ser de Jesucristo. Mas la tierra no es el país de las cosas definitivas. Sólo el término será la región de las cosas que no se mudan. Acá abajo, para ser de Jesucristo, es menester morir constantemente a lo que no es Jesucristo.

El corazón humano prefiere el trabajo de un día, aunque sea penoso, a una tarca de larga duración, menos mortificante en cada momento, pero cuya misma duración produce una impresión de monotonía por extremo pesada. Se espera un asalto... ¡Habrà que tomar una trinchera! Serà duro; pero luego vendrà el descanso. ¡Sea por Dios...! —Al contrario, ¿hay que patelear indefinidamente en cosas vulgares...? Antes que este morir a fuego lento vale más sacrificarse de una vez.

Mas no es ésta la suerte que nos está reservada en esta vida. No se nos pide el sacrificio de una vez, sino el sacrificio siempre que sea menester, y es menester muy a menudo.

De ahí el consejo de todos los maestros de la vida espiritual.

“Hacer contra” —dirá san Ignacio, y esta palabra asusta a los tímidos que desean llegar a vivir en Cristo, pero no se deciden a emplear para llegar a ello la energía que es el único medio eficaz.

“Señor, yo estoy por vos contra mí”, protesta Fenelon. San Francisco de Sales, a su vez: “Haré con toda mi alma lo que con toda mi alma quisiera no hacer”.

Para que no haya engaño, Orígenes insiste en la duración del esfuerzo: “No creas que el cambiar de vida se puede hacer de un golpe: *Neque enim putes quod innovatio vitae quae dicitur, semel facta, sufficiat*; no, no, todos los días es preciso renovar esta novedad de la vida: “*Semper et quotidie ipsa novitas innovando, est*”, texto que Bossuet comenta así en su primer sermón de Pascua: “Ya que el Apóstol no os habla sino de muerte y sepultura, no imaginéis que os pide un cambio mediano... Os quiere dar a entender que hay que llegar con el cuchillo hasta nuestras inclinaciones más naturales”.

Y para terminar con un maestro entre los maestros: San Agustín dice: “¡Oh, salir de sí, morir a sí, para llegar hasta Vos! —: *Oh irée oh perire, oh ad te pervenire!* a toda costa, Señor, a toda costa”.

## II

Por lo demás, para el laborioso trabajo de estos sacrificios oscuros, tenemos por modelo divino al mismo Jesús.

“¿Qué, cristiano, pensáis salvaros entre las delicias? ¿Pretendéis llegar a la salud sin llevar en vos la señal del Salvador? ¿No oís a San Pablo que os predica que hay que estar “configurado a su muerte, para participar de su resurrección gloriosa?” (Filip 3, 16). ¿No oís al mismo Jesucristo que os dice que para seguir sus banderas, hay que decidirse a llevar su cruz como él llevó la suya? Y he aquí la razón que nos debe convencer: “Si, como debemos, hemos entrado en sociedad con Jesucristo” (<sup>66</sup>); sociedad tan estrecha que se llama *incorporación*. Somos, dice el Apóstol, “carne de su carne y hueso de sus huesos”.

Mas la vida del Salvador fue vida de abnegación: *Christus non sibi placuit*. Cristo no vivió a su sabor. Una vida cristiana ha de calcarse —en miniatura, pero con semejanza— sobre la de Cristo.

“Entendamos tan grande misterio; entremos profundamente en esa idea. Cristo paciente, nos lleva en sí; somos, si me atrevo a decirlo, su cuerpo, más que su propio cuerpo; sus miembros, más que sus propios miembros. Todo el que tiene espíritu de caridad y de comunión cristiana entiende lo que quiero decir. Lo que se hizo en su divino cuerpo es figura real de lo que se ha de cumplir en nosotros”.

Por lo demás, cuando se habla de cruz, de llevar su cruz, de mortificarse, ya se entiende que no tratamos precisamente de derramar sangre, ni de las austeridades de los Padres del yermo. El que una vanguardia escogida aspire a la abnegación en grado sumo y se esfuerce por asemejarse a Cristo perfectamente, nunca será más que la excepción, y cuando Bossuet, arrastrado por su elocuencia, nos clama mostrándonos al Salvador en Cruz: “Los fieles que son miembros suyos, han de chorrear sangre por todos lados” (<sup>67</sup>), hay que entender lo que significan estas palabras, y lo precisaremos dentro de poco.

Aquí nos limitamos a establecer el principio.

Por las llagas de Cristo, fluye en nosotros la vida sobrenatural. Ellas marcan el punto de inserción de nuestra naturaleza miserable en la cepa de su santa Humanidad. El punto de inserción de un injerto, es siempre una herida. Mas ¿admitiremos que la herida esté en una sola de las partes? ¿el tronco estará rasgado y la rama intacta? ¿la Humanidad del Salvador,

---

<sup>66</sup> Bossuet, *loc. Cit.*

<sup>67</sup> *Oeuvres oratoires de Bossuet*, Ed. Lebarq, t. III, 697-8.

taladrada por los clavos y la lanza, y nuestra humanidad ignorará las dolorosas llagas del sacrificio?

“¡Oh dulcísimo Salvador! puesto que os place por un exceso de vuestra admirable bondad, ser nuestra Cabeza y que nosotros seamos vuestros miembros, haced por esa misma bondad, que vivamos con la vida de nuestra Cabeza y muramos en su muerte.

“A esto nos habéis obligado, cuando nos incorporasteis con vos por el santo bautismo, en que nos mandasteis hacer profesión y promesa solemne de adherirnos a vos, seguiros a todas partes y consiguientemente ser a vuestra imitación, víctimas destinadas al sacrificio de vuestra gloria” ( P. Eudes).

Con aquella claridad de mirada que sigue una idea hasta su último desenvolvimiento lógico, aunque para abrirse paso hubiera de ensangrentar el camino, el Padre Eudes concluye: “La gracia del bautismo es una gracia de martirio”.

En vez de quejarnos de exageración, comprobemos que hay en esto —acaso con una insistencia más manifiesta y menor solicitud de matices— la misma doctrina de San Pablo.

### III

¿Será, pues, necesario que llamemos el Cristianismo, religión bárbara, religión de aniquilamiento, especie de apoteosis inhumana del padecer? — En la doctrina de Cristo, la cruz ocupa demasiado lugar; domina, invade, aplasta... ¡Singular buena nueva ese Evangelio de que hemos de arrastrar por toda la vida esa argolla de galeote: la cruz...!

Confesémoslo: es muy difícil hablar de sacrificio. Y esta dificultad mana de dos fuentes. Depende del que habla y del que escucha.

Del que habla. ¿Quién es él para atreverse a recordar a los demás, que un día entró en el mundo una cruz y que cada cual debe a su vez echarla sobre sus hombros? ¿Cuál es en su vida la señal de la abnegación cristiana? ¿Qué desasimiento practica para invitar a los demás al desasimiento? Cuando la vida contradice la doctrina, ésta halla poca fe. Sería menester santidad. Mas ¿dónde están los santos?

O viene la dificultad del que escucha. Ya encuentra que le presentan demasiado exabrupto, o con demasiado apremio, la obligación del sacrificio cristiano, y retrocede. O ya —si se toma demasiado de ligero— se zafa y sueña en un cristianismo sin cruz.

Entre estos dos escollos hay un camino seguro. Examinemos de cerca el Evangelio. En él se habla de la necesidad de inmólación; no como fin, sino como medio, pero medio único para llegar a este fin divino: la unión con Cristo resucitado.

La abnegación no tiene sino una belleza relativa. Vale por lo que da, no por lo que quita. Quita ciertos bienes sensibles, pero miremos más allá de lo sensible, y descubramos las riquezas que son la recompensa del sacrificio de lo sensible.

Lejos de ensombrecer la vida, los renunciamientos exigidos por el Salvador, la transfiguran e iluminan.

Hay que conservar a la palabra Evangelio su valor etimológico. Realmente significa buena nueva. En primer lugar porque es una esperanza —“nuestra leve aflicción del momento, produce para nosotros, sobre toda medida, un eterno peso de gloria” (2 Cor 4, 17). — Además, porque desde aquí abajo asegura la plenitud de la vida verdadera, los goces substanciales, y la paz que sobrepuja a los deleites vulgares. Lo que será inmólado en el hombre son las cosas de menos valor. Lo que será obtenido por el sacrificio será una deformación más profunda; algo más de Dios en nosotros.

He aquí lo que conviene entender. La fórmula nos espanta. Pero mirémosla hasta el fondo. Produce la impresión de predicar la matanza. En realidad, anuncia el establecimiento de un reino. Se trata de muerte, pero sólo para asegurar el triunfo de la vida; de la vida que Cristo ha venido a traernos; de la vida que se escribe con mayúscula: la Vida de él.

Sin duda conviene inculcar, como lo advertía San Pablo, *opportune*, *importune*; esto es: cuanto sea menester, a pesar de los contrarios deseos de nuestro egoísmo, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo es una gracia de muerte; que el espíritu del Cristianismo, es espíritu de mortificación; que la inclinación del cristiano ha de ser hacia la muerte; que la muerte en el sentido antes explicado, ha de ser el objeto de nuestros afectos; pues si los cristianos son miembros de Jesús, necesariamente han de seguir a su Cabeza crucificada. Pero no hay que olvidar al mismo tiempo, repetir que la gracia del Salvador Jesucristo es una gracia de vida; que la inclinación del cristiano ha de ser hacia la vida, y que hacia la vida han de tender nuestros afectos, pues, miembros de Cristo Jesús, somos miembros del que dijo: “Yo que soy la verdad, os digo que soy la vida”.

Y aquí se halla la divina revancha de la religión del gozo, predicada por el Varón de dolores.

Paradoja sublime y consoladora: la vida del cristiano ha de ser a la vez vida y muerte, y ha de ser una muerte para ser una vida, la vida por excelencia. Sacrificarse no es morir, sino destruir la muerte; es suprimirse si se quiere, pero solamente en lo que es obstáculo para la vida; ampliarla rompiendo lo que la limita. El sacrificio de todo exceso de la vida presente, es la ciencia de la vida. Cortad la correhuela parásita e invasora, la espiga ascenderá más recta, el grano tendrá más savia.

“Sacrificad la pasión del momento y la sensación presente; el capricho de cada hora, vanos accidentes de la substancia de la vida, y lograréis la vida plena, profunda, central y concentrada... He aquí el misterio de la cruz, el sacrificio cristiano, la mortificación, la muerte en Jesucristo. Esto es lo que se llama también la vida resucitada”.

Completemos la idea: “El hombre que no ha practicado hoy el *quotidie morior* ha perdido su día” (68).

Mejor todavía que su enseñanza, San Pablo, para convencernos, nos da su ejemplo. El *quotidie morior* nadie lo ha sentido mejor.

¿Es posible mayor desprecio de todo lo creado, más hermoso entusiasmo con el amor de la cruz? “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será la tribulación o la angustia, o la persecución o el hambre, o la desnudez o el peligro, o la espada...? (Rom 8, 35). El Jesús de quien habla, entiende bien que es Jesús crucificado (1 Cor 2, 2).

Y frente a este texto y con íntima dependencia de él, estos otros: “Los que vivimos, una vez resucitados, estaremos siempre con Cristo” (1 Tes 4, 17). “Acá abajo estamos lejos del Señor... Preferimos salir de este cuerpo y vivir cabe al Señor” (2 Cor 5, 6-8). “Si no fuera porque la custodia del rebaño exige su presencia acá abajo, desearía partirse y estar con el Señor” (Filip 1, 23). “Por lo menos desde acá abajo hagámonos una nueva criatura en el Señor”. Al cabo exclamará: al fin se ha acabado. Todo Pablo ha desaparecido. — Y en una abjuración soberbia a todas las potencias creadas, confiando en Cristo, hecho el único centro de todas sus aspiraciones, exclama: “Estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo, Señor nuestro” (Rom 8, 38).

---

<sup>68</sup> P. Gratry. *La Philosophie du Credo*, págs. 158, 159.

Aclarado este punto, hay menos riesgo de llamar a la cruz escándalo; no es escándalo sino para los paganos o los cristianos paganizados. Hay menos peligro de calificar la abnegación, de inútil barbarie.

La cruz continúa siendo un misterio; pero si asusta igual, ofende menos. La abnegación continúa siendo abnegación, pero en este punto se confunde con el bien espiritual de nuestra naturaleza acá abajo, el cual para el clarividente se hace susceptible de transformarse en profundo gozo. Lo que se pierde en exuberancia de vida inferior, se recobra en riqueza de vida superior. Dejar aquí un poco de tierra para cambiarlo por un espacioso rincón de cielo, ¿es por ventura un mal negocio?

Cristianos bautizados, no olvidemos que el día de nuestro bautizo pronunció sobre nosotros una frase memorable el sacerdote que nos hizo miembros de Jesucristo.

“Que él te sirva gozoso en tu Iglesia”. Esto es más que un permiso; es una orden. El cristiano, por vocación y por el cargo que tiene de vivir como miembro de Cristo, se hace poseedor oficial del verdadero gozo; nadie le puede quitar, si vive en gracia, este monopolio.

Y en realidad, al que posee el Espíritu Santo, bien poca cosa le falta aunque viva entre las mayores privaciones.

En el Jordán, sobre Cristo bautizado por el Precursor se dejó oír una voz: “Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias”. Esta complacencia del Padre en Cristo, no se limita a la sola Persona del Salvador Jesús; o mejor dicho, se extiende a todo lo que es Cristo; por tanto, no sólo al que es la Cabeza, sino consiguientemente a todos los que somos sus miembros.

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, dice el Apóstol, envió Dios a su Hijo nacido de mujer; fue sometido a la ley para que redimiera a los que vivían bajo la ley, y se cumpliera en nosotros la adopción de hijos”, y esta adopción divina sobrepuja incomparablemente la adopción humana, la cual no puede transmitir al adoptado cosa alguna de la vida del adoptante. Aquí, al contrario, gracias a Jesucristo, a quien somos incorporados, se nos comunica la vida misma de Dios —sin duda participada; conviene recordarlo— pero en fin su misma vida.

Esta sola palabra contiene toda la teología del verdadero gozo.

“Saber uno que es divino, poseedor del Espíritu de amor, miembro de Cristo Jesús”, son expresiones equivalentes, y vivir triste siéndolo ¡qué absurdo! Sin duda las miserias de este bajo mundo pueden aún afligimos.

Pero ¿no tenemos en nuestro poder, a cada minuto, el medio de dar a las realidades su verdadero valor y su justa dimensión?

Si se mira de cerca y sin atender a la decoración, la estatua de Santa Juana de Arco, en el peristilo de Reims, el pedestal, el caballo, la figura, parecen de notable grandeza. Pero alejaos un poco, y referidla el encuadramiento y os parecerá una hormiga al pie de un muro.

Tal ocurre con las penas de la existencia terrestre, para quien no consiente en mirarlas aisladas, sino considera siempre detrás de ellas el fondo de la grandiosa vida divina, que constituye nuestro encuadramiento normal.

“El te sirva gozoso en tu Iglesia”. Espíritu de mortificación, espíritu de sacrificio, espíritu cristiano, son una cosa misma; y asimismo espíritu cristiano, espíritu de dilatación y de alegría, espíritu de vida se parecen hasta el punto de ser perfectamente equivalentes.



## CAPÍTULO III

### “Jam non ego... Christus”

- I. —El ideal cristiano es realizar el “no vivo yo” de San Pablo.
- II. —Dificultad de la empresa.
- III. —Su grandeza: “llegar a ser por Cristo una humanidad superior”.

#### I

El bautismo es un sacramento “en la muerte”. Para vivir según el bautismo es menester morir continuamente.

En que consista esta muerte de cada instante, que es cabalmente la verdadera vida, es lo que nos falta por ver.

Una palabra lo dice todo —fácil de entender— pero difícil de practicar. Esta vida de muerte consiste en salir de nosotros cada día más perfectamente y depender cada día más de Cristo.

La vida que en el bautismo se nos da y se nos pide al mismo tiempo, es la continuación de la vida del Hombre-Dios. — En la generación natural se heredan las inclinaciones de los padres; en nuestra regeneración sobrenatural, recibimos las inclinaciones de Jesucristo. Y no deberíamos complacernos en ninguna cosa que no estuviera regenerada por él.

¿En el mundo? ¡Ya no somos del mundo!

“Está todo él puesto en lo malo” —nos advierte San Juan (Jn 17, 14). Así, pues, no debemos tener en él más parte que Jesús. Nuestra vida no ha de estar disipada en el mundo, sino oculta en Dios con Cristo”.

Ya no somos judíos ni gentiles; lo cual hay que entender evidentemente en el sentido del Apóstol.

Nuestro ideal es hacernos una cosa con Cristo.

Decimos el ideal, pues en la realidad práctica muy pocos llegan a estas cumbres, pero ¿no es ya mucho haber visto que la vida cristiana entendida exactamente debía aspirar a eso?; y ¿no hay que considerar como un hermoso triunfo de la gracia que uno que otro entre la mu-

chedumbre, procure en grado diferente, y algunos hasta el más sublime don de sí mismo, realizar enteramente el ideal cristiano?

Las almas poco acostumbradas a vencerse se admiran de ver a otras tender hacia las cumbres de la renunciación. No comprenden el esplendor de nuestra vocación santa. No saben qué cosa es aspirar a la plena vida en Cristo.

Visto desde abajo, el sacrificio aparece como un nublado que gravita pesadamente sobre la vida.

Visto desde arriba para el que ha cruzado las nubes y las ha puesto bajo sus pies, marca la separación de las neblinas de los valles, el acceso a la plena luz.

Resignarse al sacrificio es descubrir nuevos mundos. Pero hay que abandonar el llano, atreverse a la ascensión, entrar en la zona donde por un momento se borra todo, y resignarse a no ver la tierra más que muy a lo lejos...

En realidad ¿es verla menos bien?

La Filosofía invita a abnegarse para hacerse más “hombre”. La religión del Salvador Jesús, invita a otra cosa muy diversa: A renunciarse para hacerse más “Cristo”; para no ser más que uno con él.

Hemos de ser una cosa Cristo y nosotros.

Mientras somos nosotros, nosotros y Cristo; mientras la partícula copulativa conserva su valor, no somos uno sino dos (<sup>69</sup>).

Mas Cristo dice: “Sed uno”.

La solución no es posible sino suprimiendo a uno de los dos. He aquí por qué San Pablo dice tan enérgicamente: “Morid”.

Cuando nos invita a los sacrificios cotidianos, ¿qué otra cosa nos pide sino la práctica del santo y seña que se había propuesto San Juan Bautista?: “Conviene que yo mengüe, para que él crezca. *Me autem minui*” (Jn 3, 30).

Menguar ¿es la palabra que emplea San Pablo? ¿Basta esto para su amor a su Maestro, para el ideal que se había formado del cristiano? No menguar... Hay que decir más: ¡desaparecer! *Vivo ego, jam non ego, vivit*

---

<sup>69</sup> Creemos haber explicado suficientemente cómo haya de entenderse esta unión o, si se quiere, esta identificación; y S. Pablo no pretende en modo alguno hacer absorber la personalidad del cristiano en Cristo hasta el punto de suprimirla. La doctrina del Cuerpo Místico nada tiene de común con el Panteísmo.

*vero in me Christus*. ¿Vivo yo? No. No más *yo*. Cristo solo en mí” (Gal 2, 20).

## II

Sería desleal ocultar cuánta lucha sea necesaria para llegar a este libertador *jam non ego*. Por eso hay tantos cristianos y tan pocos santos. ¿Cuántos, aun entre los mejores, ofrecen a Dios obras perfectas? ¡El amor propio es tan sutil!

Claudio Lavergne sueña en pintar a los PP. Dominicos de Tolosa “la donación del Rosario”; pidió al P. Lacordaire que le diera un hábito blanco, fuera, de uso, para vestir con él a su modelo. “Tengo lo que conviene — dijo el Padre—, y me vais a descargar la conciencia. He aquí un hábito que tengo la debilidad de estimar. No he querido que quitaran de él pedazos para remendar los otros... Es el que llevé en Nuestra Señora de París, cuando pronuncié la oración fúnebre de O’Connell, y mi discurso sobre la vocación de la nación francesa. En adelante dejaré de tenerle apego; tomadlo.”

Si los santos pueden tener estas pequeñas aficiones (<sup>70</sup>), ¿qué pensar de nosotros?

Aun donde se cree, y acaso creemos nosotros mismos, que lo damos todo, ¡cuántas veces hay falta de sinceridad! (<sup>71</sup>).

Con todo eso, si aspiramos a la plenitud de la vida, hemos de consentir en la plenitud de la muerte. ¿No nos dice la “Imitación de Cristo”, con su imperturbable y tranquila suavidad: “Hijo mío, has de darlo todo para obtenerlo todo y no reservar nada para ti mismo?” (<sup>72</sup>).

En realidad este *todo* podrá ser y será en efecto muy diferente según las almas.

Para algunas, un *todo* absoluto: el desasimiento completo.

---

<sup>70</sup> Sin perjuicio de castigarse luego por ello amargamente.

<sup>71</sup> Un ejemplo chusco de esta falta de sinceridad, que se suele hallar en nosotros. El gran compositor Lulli, en su última enfermedad, recibe la visita de su confesor que le obliga, si quiere que le dé la absolución, a echar al fuego el principio de una ópera bastante licenciosa, en que estaba trabajando. Resistió mucho tiempo, pero al fin cedió. El confesor se fue. Llega un visitante y reprende al artista su sacrificio. Lulli sonrió; y le dijo muy bajito: “He conservado una segunda copia!”

¿Quién de nosotros no se ha guardado nunca una “segunda copia”?

<sup>72</sup> Libro III, c. XXVII.

San Francisco de Asís oye a un sacerdote recitar en la misa estas palabras del Evangelio: “No poseáis oro, ni plata; no llevéis bolsa, ni dos túnicas, ni calzado”. En seguida echa de sí con horror la bolsa, se quita los zapatos y la capa que lleva sobre la túnica...

Poco después, Clara Scifi le declara que también ella quiere pertenecer a Jesucristo: “Si quieres que tenga fe en ti, le contesta San Francisco, haz lo que te diré: vístete un saco y ve por el pueblo mendigando tu pan”.

Clara obedeció. Los vecinos no la reconocieron, pero sí San Francisco.

Durante la Cuaresma en Vannes, Catalina de Francheville, cuyo nombre es inseparable de la obra de los *retiros*, asiste a los sermones: “Decís que sois de Jesucristo; demostradlo, pues”. Esta frase la impresiona. Va a ver a sus amigas para excitarlas a servir mejor a Dios. “Por lo que a mí toca, quiero ser toda suya, y para mostrar que lo quiero de veras, os ruego que me cortéis el cabello”. Y como todas lo rehusaran, ella misma se lo cortó. Desde aquel día dejó de tener el corazón partido, y los demás sacrificios pareció que ya nada le costaban” (73).

Para la gran mayoría de las almas, el *todo* será relativo. Dios no exige de todos la misma medida de renunciación. Por lo demás, no creamos que los sacrificios de importancia los podremos hacer sin sangrar.

Fácilmente consentimos en dar a Dios muchas cosas con tal que podamos conservar la única que precisamente nos pide. San Ignacio comprendió bien este instinto de conservación y de propiedad que está en el fondo de toda alma, y por eso nos propone su meditación de los “tres binarios” o clases de personas, que tiene por objeto conducir al que dice: “Todo, excepto eso”, a sacrificar eso precisamente.

— “El remedio más doloroso que queráis (decía al capellán del hospital, un joven a quien se había cortado el nervio ciático y estaba en peligro de no recobrar el movimiento de la pierna), pero este remedio, ¡jamás!”

Se trataba de buscar con las pinzas las dos extremidades del nervio cortado, acercarlas hábilmente, contando con la fuerza vital, para operar la juntura.

— “Pero, hijo mío, todos los demás remedios son ineficaces, sólo hay éste de verdadera eficacia. Será penoso, cierto, mas siendo el único...” Y el

---

<sup>73</sup> Extracto de su vida por el P. Champion, “Mess. Du C. de J.”, Nov. 1909 p. 649.

pobre herido pasó ocho días antes de consentir. — ¡Oh, si no vaciláramos más que ocho días ante un sacrificio!

Los sacrificios exigidos serán a veces diferentes de lo que teníamos previsto. Generalmente serán en sí mismos de poca monta. Nuestro amor propio no rehúsa considerar como posibles grandes sacrificios, dispuesto, en la ocasión, a retraerse.

Los sacrificios insignificantes los estimamos con demasiada facilidad, como indignos de nosotros. Con todo, por lo regular, Dios no nos pide otros. Naderías, pero naderías que nos desconsuelan y a veces nos aterran.

Nos parecemos al niño que promete distribuir a los pobres algunos de sus juguetes. Mas cuando va al armario abarrotado de ellos, para escoger: “Este no, le tengo demasiada afición.”

Saber sacrificar las cosas pequeñas es la mejor demostración de grande energía.

Un día Santa Magdalena de Pazzis meditaba sobre este versículo de Isaías: “Tomarán alas de águila, volarán sin desfallecer, correrán sin fatigarse”. El Señor le hizo ver los que no adelantan o lo hacen lentamente. Luego los que caminan con cierta rapidez. “Tienen caridad, pero no están del todo muertos al amor propio. No buscan puramente mi voluntad en todo. Buscan algo fuera de mí al mismo tiempo que a mí...”

“Los que corren — ¡cuán pocos son!— están del todo muertos a sí mismos. No buscan el conocimiento de las cosas espirituales por propio interés ni por deseo de consolaciones, sino con perfecto rendimiento a mi voluntad...”

“De ordinario la rapidez de la carrera está en proporción con la vida del que corre. Mas aquí está en proporción de su muerte. Verdad es que esta muerte es la verdadera Vida que le conduce hasta mi seno... Quiero darte aquí esta vida muerta”<sup>(74)</sup>.

El Apóstol tenía razón cuando escribía a sus convertidos: “Considerad vuestra vocación. No podemos meditarla demasiado” (1 Cor 1, 2). Esta vocación consiste en vivir en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (Jn 1, 3); “en ser una cosa misma con Jesucristo”; en vivir como él vivió “a imitación del que nos llamó”, “siendo santos como él mismo es Santo”. Viviendo una vida del todo resucitada, buscando siempre

---

<sup>74</sup> Citado en Saudrenu: *Les divines paroles*.

las cosas de arriba (Col 3, 1), no acordándonos sino del cielo: *Nostra conversatio in caelis* (Filip 3, 20).

### III

Ya que, en cuanto cristiano, soy una cosa en Cristo, ¿cuáles han de ser mis disposiciones en el momento de obrar?

¿He de esforzarme en vivir mi vida o la vida del Hijo, el cual vive de la vida del Padre, de la vida de la Santísima Trinidad? Mi vida ha de continuar la vida de Cristo, esto es: mis acciones han de ser acciones de Cristo: *christianus alter Christus*.

¿Van, realmente, las cosas así? ¿Dónde está en mi vida la parte de Cristo? ¿Es verdad que en mi vida propia, la vida de Cristo sea algo viviente, que sea Cristo el principio y el fin de todos mis hondos impulsos, la regla buscada, reconocida, amada de todas mis tendencias y movimientos? Que mi cuidado más vivo, si no siempre explícito, presente siempre, sea preguntarme: “¿Qué haría Jesús en mi lugar? ¿A qué le conduciría su espíritu y obrar realmente según lo que me conteste; pues los verdaderos hijos de Dios, son aquellos a quienes anima y gobierna el espíritu de Dios? (Rom 8, 14).

El Padre Nadal escribe en su Colección de meditaciones: “Unirse a Dios, hasta el punto de preguntarse en todas cosas: ¿qué haría aquí Cristo? ¿cómo se portaría? como si nosotros fuéramos él”.

Y añade: “Procurad diligentemente esta unión con Cristo, por el Espíritu Santo; que mi inteligencia sea la suya, mi voluntad la suya, mi memoria la suya, mi ser el suyo, toda mi vida la suya, mi comportamiento el suyo. Tal es la perfección de la perfección misma, y la mayor dulzura de la vida”.

Un día de la Santísima Trinidad, se dirige a Letrán, y puede, con gran gozo, venerar y tocar las reliquias del Señor y confiesa —exageración de su humildad— que descubrió claramente que su vida era mala porque no vivía puramente para Dios. Súbitamente desea empezar una vida nueva, una vida recogida, una vida en la luz; y ¡cuán bellos epítetos emplea!: una vida de reposo y de luz en la íntima unión del corazón con Dios; la verdadera vida en Cristo.

“En verdad, decía Santa Margarita María, me parece que el todo, en la vida, consiste en conformarse con la voluntad de Dios; pues quien se

une a Dios se hace un mismo espíritu con él”. Así formaba esta resolución: “Querré siempre lo que Jesús haga, haré siempre lo que Jesús quiera”.

He aquí precisamente lo que el Señor nos pide: que nuestra vida dependa directamente de la suya; que él, el Hijo de Dios, sea por su espíritu quien determine nuestros pensamientos; el que ponga en acción nuestras energías; el que tome en su mano todos los hilos directores de nuestra conducta, hasta que nos transformemos perfectamente en su imagen.

Entonces, y sólo entonces, poseeremos el sentir de Cristo (1 Cor 2, 16); la inteligencia de que somos un segundo él; de que nuestra humanidad se nos ha dado únicamente para que se la prestemos; para que viva en nosotros y se manifieste en nosotros.

Un pintor de Roma, buscando un modelo de Cristo para un cuadro de la Cena, encontró al mendigo San Benito de José-Labre. He aquí lo que buscaba, San Benito acepta por caridad. Después de la muerte del Santo se quiso conservar el recuerdo de sus facciones, mas ¿cómo hacerlo? Entonces se acordaron del cuadro de la Cena; para reconstituir el rostro de José-Labre bastó reproducir la figura de Cristo.

Así convendría que nuestra vida fuese un calco, una copia de Cristo nuestro Señor, de manera que, al vernos obrar —tal vez no los hombres que penetran muy poco en lo invisible, pero al menos Dios—, reconozca en cada uno de nosotros los rasgos de su Hijo muy amado.

Isabel de la Trinidad ambicionaba ser “para Cristo como una humanidad añadida”, esto es: poner a disposición del Salvador todo su ser, a la manera que la Humanidad santísima estaba siempre a disposición del Verbo.

Qué perfección supone traducir de esta suerte a Jesucristo, y, como él, no obrar nunca sino en Dios. *Ut manifestentur opera ejus quia in Deo sunt facta*” (Jn 3, 21), esto es, proscribiendo no solamente la influencia de toda pasión desordenada, pero hasta la influencia de la naturaleza; proscribiendo lo humano y haciendo regla constante de ello lo divino.

“Me dio a entender —escribía otra Carmelita— que quería de mí una transformación tan completa en él, que no quedaran más que las apariencias de mi personalidad y fueran para él, en alguna manera, lo que son en el Santísimo Sacramento los accidentes del pan y del vino; esto es:

no más que un velo debajo del cual, aunque se oculta, revela de mil maneras su presencia” (75).

En algunas ocasiones ha querido Dios hacer exterior y sensible esta transformación.

Santa Catalina de Sena describió un día a su confesor, Raimundo de Capua, las maravillas divinas que en ella se obraban. El confesor se mostró un poco escéptico.

Súbitamente levantó los ojos hacia la Santa y ¿qué vio en el semblante de Catalina? Al mismo Jesús.

Evidentemente estamos aquí fuera de las gracias ordinarias y de las vías comunes. Pero ¿por qué, en un alma enteramente deiformada, no produciría Dios, si le place, el milagro de una divina transparencia? (76).

Pero lo importante no es, por otra parte, esta excepcional manifestación exterior, sino el hecho íntimo —subrayado en raras ocasiones— por esta manifestación: a saber: la transformación más completa posible.

Esta íntima transformación radical en Jesucristo, atendido el completo renunciamiento que exige (77), no será en efecto sino de pocos.

---

<sup>75</sup> *Marie Aimée de Jesus* (Dorothea Quoniam), del Carmelo de la Avenida de Sajonia, tomo I de su Vida, págs. 316-27. — Nótese la expresión “en alguna manera”. En efecto, tomada a la letra, la comparación no sería exacta. Después de la consagración, la substancia del pan ha desaparecido enteramente. Nuestra unión con el Señor, aunque llegue hasta la supresión en nosotros, de la criatura de pecado, del yo corrompido, deja intacta la substancia de nuestro ser personal.

<sup>76</sup> A los que rechazan a priori toda maravilla de este género. Helio contesta victoriosamente: “Si Dios ha derramado su Espíritu en el hombre deificado, el Espíritu que hace los milagros ¿por qué le rehusaría los milagros mismos? Si habéis permutado vuestra vida por la vida de Dios, lo cual es una especie de éxtasis permanente e insensible, ¿por qué le prohibiríais que os visitara a su vez con una manera de éxtasis accidental y sensible?” (*Philosophie et atheisme*, pág. 225). Hay que notar la palabra tan profunda y, si se entiende bien, tan exacta: “una manera de éxtasis permanente e insensible”, para designar el conocimiento por la fe, tan deseable y fecundo, del sublime mundo invisible que traemos en nosotros mismos.

<sup>77</sup> Para saber cuán completo despojo sirva de prelude a esta mudanza radical de un bautizado en “*otro Jesucristo*”, acordémonos vgr., del libro I, cap. XIII, de S. Juan de la Cruz en la *Subida al Carmelo*; o del substancioso y breve tratado de S. Alonso Rodríguez, humilde portero del colegio de Montesión, sobre la *Unión y transformación del alma en Jesucristo*. Allí se halla, particularmente en el cap. III, un paralelo conmovedor entre el muerto y el mortificado, que llega a producir vértigo. Sería ridículo aspirar a la unión divina sin querer previamente destruir en nosotros todo lo



Pero no por eso deja de ser la expresión de la vida cristiana integral: que no haya en cada cristiano más que Jesucristo.

“Hay que separar todo lo que divide” (78). “Es menester que no haya en vuestro corazón un solo sitio donde se pueda formar un anillo y fijar una cadena” (79).

A cada paso se repite en los autores este consejo; y nos conviene oírlo repetir. ¡Tanto nos cuesta convencemos prácticamente! Todos querríamos ser grandes santos, pero quisiéramos serlo sin vemos obligados a entregarlo todo. ¡Es tan difícil cortar los puentes! y, no obstante, el Espíritu Santo no puede poseeros del todo sino destruyéndoos del todo. Así dice el gran misionero bretón, P. Vicente Huby a un ejercitante, a quien quiere arraigar en el amor de Dios.

“Si quieres imitar el ejemplo de tu Salvador y cumplir mi voluntad en que está todo bien —decía el Señor a Santa Catalina de Sena—, es menester que en todas las cosas renuncies a tu voluntad, que la menosprecies y reniegues de ella. Cuanto más mueras a ti misma, con más cuidado rechazarás lo que es tuyo, y yo te daré con mayor abundancia de mí mismo...”.

En otras palabras: “Cualesquiera que sean nuestro género de vida y el hábito que vestimos, es menester que cada cual se haga el santo de Dios. Cuanto más pretendemos tomar nuestras medidas, mientras nuestra voluntad tiene caprichos ajenos a la unión divina, fantasías de sí o no, permanecemos aññados, no andamos a pasos de gigante en el camino del amor; pues el fuego no ha consumido aún toda la escoria; el oro no está puro, todavía nos buscamos a nosotros mismos; Dios no ha consumido en nosotros todo lo que le es hostil” (80).

Concisamente decía Taulero: “Donde no estás tú, está Dios”. — Y un alma santa: “Donde acabo yo, está él... *Permanecer muerta*”.

En su “Retiro de tercera probación” (el día séptimo), el Beato Padre de la Colombière no se proponía otro ideal: “Llevar una vida muerta”.

---

que se opone a Jesucristo.

<sup>78</sup> *Santa Angela de Foligno* (pág. 218), la cual añadía: “Pensad, hermanos, pensad, de qué manera hay que amar, cómo hay que servir a este Celoso que quiere poseer; a este Dios que se da, a este Dios que pide”.

<sup>79</sup> *P. de Ravignan*. Compárese la frase del P. Varin: “Me he desembarazado enteramente de mí y me hallo bien así”, (*Vida*, por el P. Guidée. ed. Poussiégué, 1854, pág. 147).

<sup>80</sup> Ruysbrock, *Morceaux choisis*.

No es posible traducir mejor el “*jam non ego... Cristus!* ¡No más yo; sólo Jesús! Pues, no lo olvidemos; muerte y vida son realidades tan próximas, como en la frase estas dos palabras; más aún: no hay entre ellas lugar para una partícula: muerte, vida, se tocan, o mejor, son una misma cosa. “El Santo —se ha escrito atrevidamente— es el que ha dejado de existir para que viva Dios en él”. He aquí la muerte y he ahí la vida. ¿Quién diría que pierde en el cambio?

## Libro V

### Exigencias de nuestra incorporación con Cristo Jesús

#### CAPÍTULO PRIMERO

#### La fidelidad a la gracia

##### *1. Psicología de la acción del Espíritu Santo sobre el alma.*

- I. —Suavidad y fuerza.
- II. —Persistencia infatigable y variedad ingeniosa.
- III. —El misterio de las venidas divinas.

La verdadera devoción práctica al Hijo, es la devoción al Espíritu del Hijo; y la devoción al Espíritu del Hijo, es la docilidad al Espíritu Santo.

Cristo nuestro Señor era por excelencia *docibilis Dei*; de una docilidad atenta y delicada para seguir en todo las inspiraciones de lo alto. Esto se advierte en cada una de las acciones de Jesucristo. Se lo dirige una oración, se invoca su poder; él levanta los ojos al cielo y no obra sino bajo la impresión de la virtud del Altísimo. Así antes de cada uno de sus milagros, antes de la institución de la Sagrada Eucaristía, antes de las últimas enseñanzas a sus Apóstoles. En muchas circunstancias la Escritura nota expresamente que era guiado por el Espíritu Santo.

Tal fue la Cabeza y tales han de ser los miembros.

#### I

Evitar el pecado mortal, se impone como condición indispensable, pero no es más que el *mínimum*. Es el primer estadio de lo que llama San Ignacio, en sus Ejercicios, los tres grados de humildad, o mejor, de sujeción, al soberano dominio de Dios.

Mas para dejar en sí mismo el mayor lugar posible a la vida de Cristo, un alma generosa evitará además todo apego a cualquiera pecado venial.

Todavía hará más: evitará toda resistencia a las menores invitaciones del Espíritu Santo; a los más imperceptibles impulsos a ascender.

“No es trabajoso guardarse de las caídas groseras —escribía un teniente en la última guerra—; pero ¡cuántos matices, cuántas delicadezas dejamos de advertir...! Y con todo, esto es lo que da al alma su verdadera vitalidad”.

Este soldado tiene razón. La devoción perfecta al estado de gracia, es la devoción a la entera fidelidad a la gracia.

Al fin de un sermón sobre el cansancio en el camino del bien, en el Oratorio de Londres, el P. Faber proponía a su auditorio esta pregunta: “¿Hay uno de vosotros que le gustaría de morir sin haber hecho por Dios más de lo que hace ahora?”. El Espíritu Santo clama en nosotros incesantemente. ¿Qué resonancia tienen en nosotros sus ‘gemidos’ inenarrables?”

Cada año de nosotros lo ha de indagar, y para esto debe hacer —si es lícito hablar así— la psicología de la vida del Espíritu Santo en el alma, —teniendo presente la psicología del alma que vive del Espíritu Santo.

Santa Magdalena de Pazzis describe con singular gozo y energía de expresión, el papel del Espíritu Santo en lo íntimo de nosotros.

“Vi —dice la Santa— un Huésped divino sentado sobre un trono. Este Huésped, el más noble y digno de todos, es el Espíritu Santo, el cual con la agilidad de su bondad y de su amor a nosotros, se infunde rápidamente en todas las almas dispuestas a recibirle. ¡Quién pudiera decir los maravillosos efectos que produce doquiera es recibido! Habla sin formar palabras y su divino silencio es oído de todos.

“Está siempre inmóvil y siempre en movimiento, y en su movible inmovilidad se comunica a todos.

“Siempre está en reposo y obra, no obstante, siempre; y en su reposo produce las obras más grandes, dignas y admirables. Siempre en movimiento, sin cambiar nunca de lugar, dondequiera penetra confirma, conserva y al mismo tiempo lo destruye todo. Su ciencia inmensa y penetrativa lo conoce todo, lo oye todo y lo penetra todo. Sin necesidad de escuchar, oye la palabra más mínima que se dice en el más íntimo fondo del corazón”.

En la acción del Espíritu Santo en nuestras almas se pueden distinguir constantes y variables; maneras de proceder siempre las mismas, y modos a menudo diversos:

En primer lugar las constantes.

Y por lo pronto, una mezcla de suavidad y fuerza. De fuerza: “*Vox Domini in magnificentia*”. El que habla es la misma Omnipotencia, y se le percibe en ese no sé qué irresistible, que hace dulce violencia y obliga a ascender.

Digo dulce violencia, porque es no menos dulce que fuerte.

Suave, casi imperceptible, es la primera invitación del Maestro a la conversión, en un hombre que todavía no tiene fe. Suele ser esto tan tenue y delicado que poco después, cuando se trate de señalar el punto de partida, se halla uno desconcertado, impotente. Cuándo, dónde, cómo comenzó a llamarnos el Espíritu Santo, no podremos precisarlo fijamente.

¿Se trata de la vocación? La práctica del Maestro no varía: suavidad y fuerza: “Anda, hija de Dios, anda, anda” —el Señor pasa cerca de un alma, la roza misteriosamente con estas palabras de luz y sombra: “¡Si quisieras...! ¿Quieres? ¡Si quieres, sígueme!” Muy dulce es también, y al mismo tiempo muy fuerte —según dicen los que han experimentado la dulzura de esta fuerza y la fuerza de esta dulzura—, el llamamiento del Espíritu Santo a una de estas ascensiones místicas de que hablan los autores, puesto que para describirlas se emplearán las palabras dulces de “quietud” o fuertes de “rpto, arrobamiento”.

¿Qué cosa más dulcemente imperiosa que estos relámpagos del alma, que se llaman inspiraciones cotidianas de la gracia? Dulces, pues no violentan la libertad. El Espíritu Santo se distancia; si hablara demasiado cerca se impondría. San Agustín, buscando su camino, reconoce la voz del Altísimo, pero esta voz divina se reduce a las proporciones de un débil susurro: “Y me contestaste, Señor, como clamándome desde muy lejos”. —Y al mismo tiempo, ¡cuán imperiosa! El alma no duda: “Es el Dios de Israel quien me ha hablado, el fuerte de Israel, el dominador de los hombres” (2 Sam 23).

*Semen est Verbuvi Dei*, la palabra de Dios es una semilla. Esa nada imperceptible que se desliza entre dos terrones, esa nada triunfante que con gesto de Atlante levanta el suelo y a veces atraviesa el más duro cemento, semejante a aquella semilla de árbol del cementerio de Friburgo, que rompió en dos trozos la losa de un sepulcro donde estaba escrito: “Prohibido que jamás toque nadie mi tumba”.

Por lo demás, en toda cosa viviente, en medio mismo de estas constantes, hay variables.

A veces dominará la fuerza: Jehová, el Dios del Sinaí, habla con una voz tal que Moisés se hunde en el polvo. Y a veces la suavidad: Cuando Dios quiere hablar a Elías, levanta primero una violenta tempestad: “Pero Dios no estaba en los relámpagos ni en la tormenta”. Luego un formidable ímpetu del viento: “Pero Dios no estaba en el viento”. Finalmente una brisa leve: “Y Dios se hallaba en esta brisa que pasaba”.

A veces el soplo es tan delicado que se le llama “gemido”. Es verdad que San Pablo añade al “gemido” el “inenarrable”.

Al lado de la suavidad, la fuerza, pero atenuada por una discreción delicadísima. En los orígenes de la Humanidad, en el Paraíso terrenal Dios paseaba sin ruido sobre la arena. Conserva la misma costumbre y se necesita poner oído atento, para percibir el leve crujir de la arena bajo sus pasos. Nuestro Dios es un Dios que discurre, un Dios que pasa, pero su paso se parece al arrullo de una apacible música:

“Oigo cantar en mí un forastero sublime  
Que siempre me ha ocultado su patria y su nombre”.

Sólo el primer verso es exacto. Conocemos el nombre y la patria del divino forastero; pero se necesita silencio para percibir su misterioso cantar. El disipado y el bullicioso, no lo oyen.

## II

Otra costumbre del Espíritu Santo es la persistencia de sus llamamientos.

No hay una acción nuestra en la que no desee ingerir una palabra suya. Jesús en el Evangelio se muestra alguna vez fatigado. El Espíritu Santo, en nuestra vida, nunca. No necesita cobrar huelgo junto al pozo.

De hecho pocos perciben la impresión de esta fidelidad que no desfallece. Pero esto no depende del Espíritu Santo; sino del alma que vive distraída (<sup>81</sup>).

---

<sup>81</sup> No pretendemos en manera alguna que, si el alma escucha, percibirá *experimentalmente* al Espíritu Santo como tal. Esto no acaece sino en ciertos *estados*, de que no tratamos aquí.

Hablamos únicamente de estas mociones interiores de PURA FE, que estudia la *discreción de espíritus* y que constituyen el *normal* juego de la gracia actual; de estas continuas invitaciones a subir, que toda alma atenta no puede dejar de sentir en el fondo de sí cuantas veces se recoge seriamente. Esta importante observación concierne a todo este capítulo.

Y esta música dulcísima de la voz divina en el fondo del alma, posee las más variadas tonalidades. Ora las notas de la consolación que canta. Ora las notas de la desolación que gime.

Así, pues, persistente e igual en su acción invisible y puramente de fe, intermitente y variada en sus manifestaciones ostensibles; tal aparece la acción del Espíritu Santo.

El P. Faber compara esta acción con la de Jesús: “El Espíritu Santo habla más que Jesús”, o mejor, aplica a cada alma, según su temperamento y su misma fidelidad, las palabras de Jesús dirigidas a todos y para todos.

“El Espíritu Santo toma mayor iniciativa; parece desear más...; parece que, a pesar de su interés por los pecadores, le tiene mucho mayor para los santos. Esto no se echaba tanto de ver en Cristo nuestro Señor”. Faber añade: “Es más susceptible y más sensible si podemos hablar así”.

¿No es verdad, en efecto, que la acción del Espíritu Santo se manifiesta en proporción al respeto que se le tributa? “Gusta de que se le consulte y lo espera... Se contenta con poco... Recompensa minuciosamente, y, en suma, da a las cosas pequeñas más importancia que nosotros”<sup>(82)</sup>.

Percibiendo con extrema sensibilidad los menores matices, jubila de sentirse entendido, escuchado, seguido; se contrista al verse menospreciado, o aunque sólo sea olvidado. Por una nonada, colma. Y por una poquedad, se eclipsa. Cuando se le escucha, se muestra agradecido. Si se le aparta, no guarda rencor y espera la hora de volver. A veces hemos observado toda la atención posible, y desaparece, se retira, para tener el gozo de verse buscado; a menudo, en un relámpago descubre enteros mundos; luego se eclipsa de nuevo para reaparecer otra vez, poniendo entre cada visita un intervalo mayor o menor. Podrían tomarse por caprichos sus modos de proceder al parecer tan mudables, que calificamos de “variables”; pero no son sino prodigios de inteligencia de las almas, de consecuencia y destreza.

Aquí conviene más un impulso lento, sin ruido, un trabajo subterráneo; allí el fulgurante rayo que abate instantáneamente. Ora las invitaciones repetidas que, reiterándose, golpean la roca sin lastimarla; ora un solo golpe de varita en la pared que se abre dócilmente; ora predomina el *cave Jesum praetereuntem et non redeuntem*; el auxilio pasa y no vuelve; ora triunfa, el “llamad y os abrirán”, y el Espíritu Santo, veinte veces rechazado, vuelve a empezar veinte veces el asedio del alma.

---

<sup>82</sup> P. Faber, *Oeavrea posthumes*.

Y este segundo método tiene sus preferencias. ¿Qué sería de cada uno de nosotros, si el Espíritu Santo se hubiera alejado después del primer rechazo? Pero sabe que somos groseros, torpes, olvidadizos; no se ofende. Es demasiado grande para que nuestras pequeñeces le ofusquen. Posee el secreto de una paciencia asombrosa.

Mirad cómo la gracia combate con Ramón Llull. Casado, se enamora de otra mujer y le hace versos. Jesucristo se le muestra en cruz. Ramón abandona su trabajo, pero no su pasión y al día siguiente se entrega de nuevo a sus fantasías. Cristo se le muestra de nuevo.

El infeliz poeta deja de nuevo su trabajo, pero sólo esto. Cuatro veces se interrumpen sus inflamados versos; pero la pasión no hace sino crecer. Un día Llull encuentra a Ambrosia y la sigue a caballo hasta la iglesia. La virtuosa matrona, para librarse de él, le cita a su casa y le muestra el pecho comido de un asqueroso cáncer. Cristo nuestro Señor, por su gran misericordia, se le aparece la quinta vez: “Ramón, sígueme” —Esta vez Llull queda vencido, y sin más dilación sigue a Jesucristo.

Al leer estos rasgos ¿no convendría mejor decir: *cave Jesum transeuntem et in indefinitum redeuntem*, “guárdate de los excesos de un amor que jamás cesa de insistir?” Has de guardarte, no por interés, sino por delicadeza. A un Dios hasta tal punto incansable, no debes cansarte de obedecerle.

¿Se estima en todo su valor esta cualidad del Espíritu Santo, que no se fatiga? ¡Cuántas afrentas, decepciones, desdenes no sufre! Las almas se le cierran como a Jesús cuando va a nacer en Belén. ¿Quién contará el número de veces que el Espíritu Santo se ve frustrado aun por los más generosos? ¿Dónde el Dueño es enteramente dueño?

“Mira que estoy a tu puerta y llamo” (Apoc 3, 20). En medio de sus juegos, el niño Antonio de Padua ve a un niño de su edad con el delantal recogido como para coger alguna cosa: “¿Cuál es tu nombre? ¿de dónde vienes? ¿qué quieres?” —“¿De dónde vengo?... Del cielo, en busca de todos los corazones humanos. Mi nombre lo hallarás escrito con letras de fuego sobre el portal de Belén, en letras de sangre sobre la cruz del Calvario, en letras de oro sobre la puerta del Sagrario. Soy Jesús... Antonio, dame tu corazón...”. Es una leyenda, se dirá; mas cuando se trata del Espíritu Santo y de nosotros, es historia rigurosamente verdadera.

Constantemente nos solicita a que le demos nuestro corazón. ¡Ah...! Si se tratara de otro que del Espíritu de Amor ¡cuántas veces se cansaría de nosotros! Su mayor queja será un día en todos los grados de nuestra



infidelidad, dejar caer sobre nosotros estas palabras tan aflictivas: “Había suspirado por ser vuestro Huésped, pero no me quisisteis” (Mt 25, 43). No es aplicable solamente al pecador la frase dolorida —la más dolorida de toda la historia— “¡Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron!”

En las almas enteramente fieles, donde el Espíritu Santo se halla como en su casa ¡qué maravillas ha hecho el Artífice divino, el Espíritu creador! En el mismo decurso de su labor en nosotros, no siempre nos damos exacta cuenta del fin que pretende. Cuando Dios obra, el hombre — con razón— es muchas veces derrotado, y así conviene. “Dios trabaja a menudo como el que fabrica tapices gobelinos, por el reverso y sin que aparezca la obra. Lo que se ve es una fea confusión que parece sin valor; terminado el trabajo se vuelve el tapiz y aparece la obra de arte” (83).

### III

¿Pero por qué —a propósito de las manifestaciones de la gracia actual en nosotros (84), o, si se quiere, de las inspiraciones divinas que nos solicitan durante el día —hablamos de venidas al alma del Espíritu Santo?

Si el alma está en gracia no hay propiamente una venida. El que ya habita no se dice que viene.

Así es, hablando estrictamente, pero como psicológicamente esta presencia del Espíritu Santo en nosotros queda muchas veces inadvertida, el hecho de percibirla produce en nosotros el mismo efecto que una venida nueva. En realidad, no es él quien viene, pues está ya aquí. Más bien somos nosotros los que venimos y nos lo hacemos presente. Y por otra parte, el beneficio es cada vez tan grande que se le puede comparar con la primera venida.

Nunca meditemos bastante sobre las misiones invisibles del Espíritu Santo. “Cuando un alma hace un nuevo adelanto en el amor de Dios, adquiere en seguida una nueva gracia, y por consiguiente un nuevo mérito; se produce en ella una nueva misión del Espíritu Santo... Con el Espíritu Santo recibe a toda la adorable Trinidad; puede conversar familiarmente con las Personas divinas, y dar y tomar santamente todo el placer que es capaz de darle una tan bienaventurada posesión...

“Y lo que todavía es más maravilloso es, que no recibe este don una vez sola; sino cuantas veces hace nuevos progresos en el amor de Dios, y

---

<sup>83</sup> Mgr. Gay, *A sa soeur*.

<sup>84</sup> Es conocida la diferencia con la gracia habitual, y no insistimos en ella.

adquiere nuevos grados de gracia, se realiza en ella, con una nueva misión del Espíritu Santo, una nueva presencia de la Santísima Trinidad” (85).

Nadie ha hablado mejor que San Bernardo de esta presencia considerada como un perpetuo advenimiento (86). Bossuet, en su “Discurso sobre la unión de Jesucristo con el alma fiel”, casi no hace más que comentarle. Asombrándose de que Dios hable en nosotros sin que nos hayamos dado cuenta de su entrada, observa: “No tenía necesidad de entrar, pues no estaba fuera. No es forastero en nuestra casa, y atendiendo a mi vista interior, advierto que está más íntimo en mi corazón, que yo mismo” (87).

A propósito de Pentecostés, advierte San León el Grande: “Los Apóstoles esperaban al Espíritu, no porque no lo tuviesen, sino para que iluminara sus almas con una nueva efusión: no para una primera venida, sino para un acabamiento” (88). Y en este sentido, Orígenes tiene razón cuando dice: “Para un verdadero cristiano, cada día es una perpetua Pentecostés” (89).

“Andad con la lámpara encendida y provista de aceite, con el corazón siempre más atento al esposo que viene que a todo lo demás”, escribía Mgr. Gay a su hermana. Y al abate Perdrau: “El que vino, viene constantemente; he aquí el secreto del progreso de los Santos en la virtud” (90).

Los grandes místicos completan estas explicaciones. Ruysbrock, vgr., nota, siguiendo a Taulero: “Tal es el misterio de las divinas celeridades, que el Esposo llega continuamente y continuamente se queda. Siempre llega por vez primera como si nunca hubiera venido, pues su llegada, independiente del tiempo, consiste en un eterno *ahora*; y un deseo eterno renueva eternamente el gozo de la llegada” (91).

---

<sup>85</sup> Massoullé, O. P.; *Traité de la véritable oraison*.

<sup>86</sup> *In Cántica*, Serm. 74. El Santo describe muy bien el flujo y reflujo de la presencia sensible; y nota cómo el Espíritu Santo va y viene; las disposiciones que conviene tener en este tiempo... Documento de primordial importancia para quien quiera estudiar a fondo el *discernimiento de espíritus*.

<sup>87</sup> *Doctrine spirituelle*. Téqui, 1908.

<sup>88</sup> *II Sermón para la fiesta de Pentecostés*.

<sup>89</sup> *Adv. Celsum*, P. G., t. VIII. col. 846.

<sup>90</sup> *Correspondance*, t. II, p. 133 y 307.

<sup>91</sup> *Oeuvres choisies*, t. I, p. 73.

## CAPÍTULO II

### La fidelidad a la gracia (continuación)

#### II. Psicología del alma bajo la acción del Espirita Santo.

- I. —Disposiciones antes de obrar.
- II. —Disposiciones durante la acción.
- III. —La fidelidad, verdadera señal y término último del amor.

#### I

Sor Isabel de la Trinidad, en la hermosa oración conocida, inventó este barbarismo afectuoso: “Quiero pasar mi vida en escucharos, quiero hacerme del todo *enseñable* para aprenderlo todo de Vos”.

La primera disposición esencial para aprovechar la visitación de Dios, las venidas de Dios, y mejor, si se vive en estado de gracia, su continua mansión, parece ésta: estar alerta, desear oír y esforzarse por percibir las enseñanzas del Maestro interior.

¿Cuántos ponen atento oído?

Santa Gertrudis lamentaba el duro cuero de su negligencia que se interponía entre ella y Dios. A cada instante una voz nos dice: “¡Si quisieras!” Pero para no haber de querer sofocamos esta voz en el ruido; no siempre con plena conciencia, pero con esta mala fe a medias cuyo secreto poseemos y que nos es tan funesta.

“Si te sientes a ti, detente; si sientes a Dios, entrégate”, aconsejaba Taulero.

Tener avidez de las menores luces; caminar siempre con toda la claridad que uno tiene, tal es la regla que hace los santos. Dios no dice unas mismas cosas a todos. Estemos muy recogidos para escuchar todo cuanto nos dice; esto antes de obrar. Así nos pondremos, para el momento en que conviene obrar, en las mejores condiciones para no omitir nada.

Y esto es raro; más raro todavía que escucharlo todo.

¡Cuánto se parecen a aquellos personajes del tiempo de las Cruzadas, que rehusaron embarcarse para Tierra Santa; la tierra de las nobles

empresas! Descansan en blandas almohadas; de espaldas a una ventana abierta desde donde se ve a lo lejos el mar que surcan las galeras de los que se han resuelto a partir.

...Yo digo que los felices del mundo tienen todos detrás de sí esta ventana abierta —y sienten en el frío que les sopla en el alma—, que la ventana abierta detrás de ellos, protesta.

Un vago instinto los detiene... Yo aceptaría de grado la invitación animosa que me dirige con sus velas tendidas al viento, allá en el horizonte, “la nave de un generoso deber”: Pero ¿adónde conduciría esto?

...“Quedémonos en las cobardes plumas”.

¡Triste pusilanimidad! ¿Sería Dios un bárbaro, y tendería invisibles lazos bajo nuestros impulsos?

—No; pero al menos me exige que de alguna manera me embarque de noche. No sé adónde quiere llevarme su voluntad. ¡Si lo supiera!

—Por lo menos sabéis que Dios es infinitamente bueno, que quiere vuestro bien, no más que vuestro bien. ¿Qué más necesitáis? Aun en la obscuridad, un hijo tiene confianza en su padre... al contrario ¿no es verdad que cuanto más se entenebrece la noche, se abandona más a la mano que le guía?

“Querer lo que Dios quiere es ser fuerte; no querer más que lo que Dios quiere es ser libre; ser libre y fuerte es ser capaz de todo”<sup>(92)</sup>.

Tengamos este espíritu de libertad y de pleno entregamiento. Afuera las aprensiones inútiles e injuriosas para nuestro Dueño. “El pasado y el futuro sólo son formas del *yo*”<sup>(93)</sup>. Despreciemos este absurdo amor de nosotros mismos y estemos dispuestos —sin cuidarnos de precisar lo demás— a echar por la borda todo el lastre que sea menester, para llegar a las regiones donde Dios nos quiere.

## II

Procuremos ver bien lo que el Señor nos pide y no cercenemos de antemano nuestra generosidad con las medidas angustiadas de una pusilanimidad ávida de servirle con rebaja: y esto no son más que los preliminares.

---

<sup>92</sup> Mgr. Gay.

<sup>93</sup> P. Faber.

Dios nos espera en la obra para juzgar si somos de veras almas grandes y corazones generosos, *animo magno, et corde volenti* (2 Mac 1, 3).

Un Domingo de Ramos, Santa Gertrudis deseaba ardientemente ofrecer a Jesús la hospitalidad que recibió, en tal día, en Bethania: “Heme aquí, le dijo en seguida el Huésped divino de su corazón. Y ¿qué me darás tú?” — “Unieo Salvador mío, dijo ella, nada tengo en mí digno de presentarse a vuestra magnificencia, pero os ofrezco enteramente lo que soy. Preparad en mí todo lo que juzguéis apto para complaceros”.

—“Para esto dame la llave de tu corazón”.

— “¿Cuál es esta llave?” —preguntó Gertrudis.

—“Es —contestó Jesús— tu voluntad” (<sup>94</sup>).

— “Basta un buen ‘quiero’ para entregarnos del todo a Dios”, escribía Santa Margarita María a una de sus amigas ursulina. “Os deseo una fiel correspondencia a la gracia según las luces que Dios os da” (<sup>95</sup>).

“Dichoso aquel que no vacila nunca; que no teme sino ser poco diligente en seguir; que siempre prefiere hacer demasiado que poco, contra sí mismo. Dichoso aquél que presenta osadamente toda la tela en cuanto se le pide una muestra, y que deja que Dios corte por medio del paño. Dichoso el que no teniéndose en nada, nunca pone a Dios en la necesidad de tratarle con miramientos” (<sup>96</sup>).

---

<sup>94</sup> *Insinuations*, I, XIV.

<sup>95</sup> *Vie de la Sainte*, Paray, 1870, t. II, *Cartas* CXXI y CXXIII. Añadía, además, para estimular el celo de su corresponsal: “Creo que Nuestro Señor no está contento con vuestra conducta, y temo mucho que se canse de vuestra resistencia, y que, después de haber procurado inútilmente ganar vuestro corazón llamando sin cesar a sus puertas sin hallar entrada, no se retire de él y lo abandone a sus enemigos, pues no quiere corazones partidos. Quiere poseerlo todo o abandonarlo todo... Qué confusión en la hora de la muerte si nos dijeran: “Abandona este hábito que no ha cubierto más que una fantasma de religión”.

<sup>96</sup> Fenelón: *Avis spirituels*, n.º XXII: *La parole intérieure. Oeuvres. El mismo añade:*

“Cuando se resiste, se hallan pretextos para paliar su resistencia y autorizarla, pero cualquier esfuerzo que se haga para engañarse, no queda uno en paz; hay siempre en el fondo de la conciencia un no sé qué que nos reprende de haber faltado a Dios. El alma no está ya en paz, ni busca la verdadera paz: al contrario, se aleja de ella más y más, buscándola dónde no está. Es como un hueso desencajado que produce siempre un sordo dolor. Mas aunque se halle en un estado violento fuera de su lugar, no tiende a recobrarlo, antes al contrario, se fija más en su mala posición.

En una página de elevados vuelos, el P. Gratry comenta la frase de Nuestro Señor: “Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas”.

“Jerusalén es el alma... Los Profetas o enviados de Dios, son los impulsos que Dios envía sin cesar al alma.

Toda la cuestión es ésta: ¿Qué haré yo con estos impulsos que Dios me da? ¿Qué haré yo de los comienzos y gérmenes que no cesa de obrar en mí, y que se suceden como olas, o mejor, como una voz sostenida? Esa voz ¿clamará en el desierto? ¿Rechazaré la voz, sofocaré la inspiración, pisotearé los gérmenes, pervertiré o desviaré los impulsos? ¿Lapidaré a los Profetas y mataré a los enviados de Dios? —Sí, tal es la costumbre de las almas. El alma es un ser libre que lapida a los Profetas y a todos los enviados de Dios. ¡Un alma que escuchara, siguiera, obedeciera, cumpliera y desarrollara con la razón y la libertad, lo que Dios inspira y comienza! ¡Sería demasiado hermosa y divina! Mas ¿qué? ¿este hábito de mortificar y sofocar los impulsos de la vida, rechazará a Dios y vencerá su esfuerzo? —No; porque mientras las fuerzas del alma, sus deseos e impulsos, sus pensamientos y acciones no cesan de alejarla de Dios y disiparse en el egoísmo y la sensualidad; mientras entre el santuario donde habita Dios y la superficie que habita el alma se extiende el desierto; mientras el alma adorna lo exterior y descuida lo interior; mientras construye y blanquea el sepulcro dentro del cual trabaja la muerte; durante ese mismo tiempo Dios, lleno de amor, por algún nuevo esfuerzo, algún clamor poderoso, alguna fulguración brillante; no cesa de llamar hacia sí el alma y sus potencias. ¡Cuántas veces no quise recoger a tus hijos bajo mis alas como una gallina recoge a sus polluelos!”<sup>(97)</sup>.

En realidad, la historia de nuestra vida ¿no se resumirá muchas veces en la historia de nuestras perpetuas infidelidades? Dios tiene sobre nosotros planes magníficos pero le obligamos a modificarlos de continuo. Tal gracia que se disponía a concedernos la ha de suspender porque nos hemos descuidado en merecerla. Y así la corrección se añade a la corrección. ¿Qué queda del primitivo proyecto?

---

“¡Oh, cuán digna es un alma de compasión cuando comienza a desechar las secretas invitaciones de Dios, que le pide que muera a todo! Al principio no es más que un átomo, pero este átomo se convierte en un monte y forma presto una especie de caos intransitable entre ella y Dios. Hace el sordo cuando Dios pide, teme oírle: quisiera uno poderse decir a sí mismo que no le ha oído; llega a decírselo, pero no se le persuade, ¡Cuántas almas, después de grandes sacrificios, caen en estas resistencias!”

<sup>97</sup> *Commentaire sur l’Evangile de Saint Mathieu, t. II.*

“Dios vive en sí mismo, de antemano, eternamente, aquello que nos quiere hacer vivir en el tiempo. La idea que tiene de nosotros, su eterna voluntad sobre nosotros, constituye nuestra historia ideal: el gran poema posible de nuestra vida. Nuestro Padre amoroso no deja de inspirar a nuestra conciencia ese bello poema... Cada vibración imperceptible es un don, un talento que he de recibir; un impulso que he de seguir, un comienzo que he de terminar y hacer valer. Y Vos sabéis ¡oh Padre! las resistencias, las incomprensiones, las perversiones. A cada resistencia o incomprensión, vuestra Providencia sustituye otro poema (poema disminuido, pero todavía magnífico) a aquéllos y a todos los demás cuya inspiración deje de seguir” (98).

Hay almas que no llegan a la santidad porque un día en un instante dado no supieron corresponder plenamente a una gracia divina. Nuestro porvenir depende a veces de dos o tres *sí* o de dos o tres *no*, que convino decir, y no se dijo, y de los que pendían generosidades o desfallecimientos sin número.

¡A qué alturas no llegaríamos si nos resolviéramos a caminar siempre al mismo paso que la magnificencia divina! Nuestra cobardía prefiere pasos de enano.

¿Quién sabe a qué medianías nos condenamos y tal vez a cosas peores, por no haber respondido atentamente a los llamamientos de lo Alto? Hemos oído las extrañas palabras de Jesucristo a Santa Margarita María sobre el peligro de no ser fiel. Y ésta, no menos urgente: “Ten mucho cuidado de no permitir que se extinga jamás esta lámpara (su corazón), pues si una vez se apaga no volverás a tener fuego para encenderla”.

No tengas falso temor, pero tampoco vana presunción. No hay que jugar con la gracia de Dios. Esta pasa, y si es verdad que vuelve muchas veces, pero no vuelve siempre. Si vuelve y suponemos que viene con tanta fuerza como la primera vez, halla el corazón ya enflaquecido por la primera cobardía; por consiguiente, menos armado para corresponder. Y luego, Dios queda menos invitado a darnos otra gracia. ¿Para qué? ¿para que sufra la misma suerte que la anterior? Es un testigo peligroso en el tribunal de Dios, esa gracia desaprovechada; esa inspiración menospreciada; ese incalificable “dejar en cuenta”.

Los Santos temblaban a la idea del mal que causa la infidelidad a las divinas invitaciones.

---

<sup>98</sup> Gratry, Id. *ibid.*

“He visto —escribía Santa Teresa— personas muy adelantadas, que han caído en las redes del enemigo. Todo el infierno se alía contra ellas; los demonios saben que esas almas no se pierden solas; sino que las siguen otras en gran número. ¡Cuántas veces una sola alma basta para convertir a una muchedumbre!

“Nuestro Señor está ahora tan dispuesto como entonces para concedernos estas grandes gracias; ¿qué digo?... Más aún. Pues el número de las personas que no viven sino para su gloria, es ahora muy escaso. Mas ¡ay! nos amamos demasiado; hay en nosotros un exceso de prudencia para no perder nuestros derechos. ¡Oh, cuán profundo error!

“Un alma que pretende ser esposa de Dios, y a quien Dios se ha comunicado ya con tan grandes favores, no podría, sin infidelidad, entregarse al sueño” (99).

Los acentos de Santa Angela de Foligno no son menos dolorosamente emocionantes:

“Un día estaba yo en oración y escuché...: aquellos que tienen a Dios por iluminador, descubren sus particulares caminos en una interna luz espiritual. Pero algunos de ellos se tapan las orejas por temor de oír y los ojos por miedo de ver. No queriendo escuchar la palabra de Aquél que habla en el alma, por más que perciban de este lado el sabor divino, se vuelven a pesar de la voz interior, y siguen el camino ordinario. Los tales se atraen la maldición de Dios Todopoderoso.

“Oí esta palabra no una sino mil veces. Acometida de una tentación violenta, tomé esta enseñanza por una ilusión. ¿Cómo? me decía, he aquí un alma que Dios ilustra con su luz, a la que colma con sus dones, ¿y la maldice por seguir un camino ordinario? Esta palabra me pareció demasiado terrible. Rehusaba con horror escuchar tan solo la voz que me hablaba.

“Entonces, por complacencia con mi debilidad, se me ofreció un ejemplo grosero: un padre quiere hacer de su hijo un sabio. Multiplica los gastos, compromete profesores escogidos...: resultado: terminada la educación, aquel hijo, sin gratitud como sin entendimiento, se mete en el taller de un vulgar artesano.

“El hijo es el alma, que, ilustrada por lo pronto con la Predicación y Escritura sagrada, es introducida en el santuario donde resuena la Palabra de Dios. En la luz espiritual se le descubre de qué manera ha de seguir la

---

<sup>99</sup> Santa Teresa: *El castillo interior*, Morada V, cap. IV.



vía de Cristo. Se conmueve interiormente. Dios, que antes la había confiado a los hombres y a los libros, interviene directamente, y le manifiesta la luz que sólo él le puede mostrar. Le da la ciencia elevada para que, pues ha visto su camino tan magníficamente, se haga luz de los demás hombres.

“Pero si este predilecto menosprecia el don de Dios, si se endurece, si rechaza esa luz y ciencia de Dios y su inspiración, Dios le priva de su claridad y le maldice.

“Recibí orden de escribir estas palabras y de mostrarlas al Padre que me confesaba, pues le tocaban particularmente”<sup>(100)</sup>.

Si meditáramos estas advertencias, seríamos menos cobardes.

Una infidelidad a la gracia parece a algunos una fruslería. San Alonso Rodríguez, el santo portero de Montesión, y amigo del Apóstol de los negros, San Pedro Claver, no pasaba nunca por cierto corredor de la casa, sin arrodillarse y orar, pidiendo perdón al Señor de un descuido que creía haber tenido un día allí. ¡Cuán distantes estamos de él!

Aprovechémonos de estas significativas enseñanzas. No obliguemos a Dios a enmendar su obra, y vivamos nuestra historia divina tal como él la concibió. Nunca resistamos a esta fuerte persecución de la gracia. Las faltas de los pecadores son las desobediencias a los mandamientos. Las faltas de los justos son sus defectos de docilidad al Espíritu Santo.

“No respondemos sino a una veintena, de las gracias que se nos dan por cientos —observaba un día con tristeza en su Diario, el Cardenal Manning—; o bien no advertimos más que veinte y no respondemos más que a una”.

Ojalá que en adelante nuestra devoción al estado de gracia, sea en nosotros la devoción de la entera fidelidad a la gracia.

### III

Un alma que en cada instante consiente lo que Dios quiere de ella, posee un amor perfecto.

Importa poco que esta voluntad de Dios acerca de nuestra vida, tenga por objeto una acción muy humilde, o un acto encopetado. Lo importante no es la acción en sí misma, sino el que en tal momento preciso sea la que quiere Dios.

---

<sup>100</sup> *Le livre des Visions et Révélations.*

De ahí la necesidad de poner las cosas en su punto a algunas almas, inclinadas a poner la santidad en lo que no lo es, y que imaginan no sé qué heroísmos de color subido y de gran ostentación; muy ajenos a la prosa agrisada de nuestra vida cotidiana y muy diferentes de la observancia exacta de los pequeños deberes: la enérgica resistencia al amor propio, la fidelidad en repeler las tentaciones de la calle, de la casa, del taller, de la oficina o del salón.

Colocan su ideal muy alto; esto halaga; y muy lejos: esto sosiega.

La verdadera santidad no se pierde en las tinieblas. Es algo menos brillante y más difícil, a un mismo tiempo tangible y humildemente mortificador.

El que, en estilo lírico, se tomen prestados a una literatura caballeresca, donde suenan como choque de armas y tremolar de banderas, las palabras de combates sangrientos, asaltos y hecatombes; se explica. Nada es más digno de la verdadera poesía que el verdadero drama, y el drama verdadero es el que se traba en cada uno de nosotros entre la tentación y la perfección.

Pero no nos engañemos: el drama cotidiano de nuestras luchas espirituales se escribe en prosa, en una prosa vulgar, sin relieve, ni rimas sonoras, sin gran ritmo..., salvo el que le da la palpitación amorosa del pobre corazón sediento de lo mejor, y reducido por su debilidad a casi nada.

El alma inteligente y fervorosa concilia bien lo que a primera faz parece inconciliable: un ideal eminente de santidad y una vida llena de pormenores humildes —y comprende que para edificar la santidad hay pocos materiales tan buenos como estos humildes pormenores. El verdadero ideal toca a la verdadera realidad, ya que no sea sinónimo de él. La espiritualidad lo atestigua como el arte.

Si Dios llama a un heroísmo más exterior, esta obscura valentía que precedió, será la garantía más segura de una fidelidad que se ha hecho, si no más costosa, al menos más aparatosa. A veces la ocasión hace al ladrón; pero más a menudo el ladrón halla la ocasión. El tener escuela de cobardía no dispone ciertamente al valor. Las grandes generosidades de un minuto único van casi siempre precedidas de un noviciado de pequeñas generosidades de cada momento.

Aspiramos a mucho; no dejemos pasar nada de lo poco que se nos ofrece, y pongamos en la estrecha zona de vida que se desenvuelve delante

de nosotros como una cinta telegráfica, la menuda señal indefinidamente repetida del total entregamiento de nosotros.

Y guardémonos de creer que sea esto poca cosa. “Fidelidad en todo tiempo, en todo lugar, en todo empleo; fidelidad del día y de la noche; fidelidad interior y exterior; fidelidad de cada hora, de cada minuto, de cada segundo; fidelidad a todo trance; esto es mucho decir. ¡Oh fidelidad que das la perfección a cada virtud a medida que se ofrece su práctica! Tú eres el amor mismo en lo que tiene de más heroico, de más atento, de más delicado, más puro y más fuerte. Tú llevas derechamente a la imitación de Cristo, de quien dice el Evangelio “que hizo bien todas las cosas” (<sup>101</sup>).

A esta palabra: *fidelidad*, no todos le dan la misma plenitud de sentido; el alma habituada a dejar que el Espíritu Santo la mueva libremente, aspirará a colmar la medida.

A menudo se ofrecerán dos acciones, ambas buenas, mas de las que adivinamos que la una es más agradable a Dios. Instintivamente (con instinto sobrenatural, se entiende con un instinto laboriosamente adquirido, pero cuyo ejercicio hace ya espontáneo el amor) abrazará aquella que sea para más gloria de Dios. En la práctica esto equivaldría a menudo a elegir la acción más mortificativa. La lógica de la fidelidad conduce a ir más allá de la misma fidelidad y tender a lo más perfecto.

“Cuando quiero lo mejor, decía un joven, el bien no me basta”. Dios había revelado a este joven un gran secreto.

Algunos llegarán hasta obligarse con voto a buscar lo más agradable a Dios. El grande enemigo de la santidad es el capricho; este capricho hay que aprisionarlo entre las mallas de una red, cuyos hilos ha tejido la voluntad, y el amor ha estrechado los huecos.

Ya hemos dicho en otro lugar que no conviene obligarse con voto a hacer siempre lo más perfecto, sin mucha discreción y examen. Sin un juicioso peso y larga experiencia de las propias energías y de los llamamientos de Dios; y todos los autores están en esto de acuerdo. Pero que toda alma ávida de una generosidad sin tasa, pueda tender a la práctica de lo más perfecto ¿no se lo hará descubrir la lógica de su mismo amor?

---

<sup>101</sup> *Sor María Amada de Jesús*, tomo I, págs. 281-2. Véase en una nota su reglamento para asegurar esta fidelidad, y esta breve frase que dice mucho: “Ante todo, por encima de todo, a pesar de todo, la oración”.

## Libro VI

# La Eucaristía como llamamiento el más elocuente y agente el más eficaz de nuestra incorporación con Jesucristo

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Ofrecer a Dios Padre a Jesucristo

- I. —El acto esencial del culto cristiano es ofrecer al Padre celestial a Jesucristo.
- II. —El momento en que esta oblación llega a su máximo es la Misa.
- III. —Aun fuera de la Misa, orar de este modo.

A costa de una inmolación resuelta y total, entregar al Señor nuestro ánimo, nuestro corazón, nuestro cuerpo, sacrificando todo lo que no es él; hacerse para el Padre, un “Jesús”, o mejor, transformarse en Jesús; no un Jesús diferente del verdadero y único, sino un ser en que Cristo lo sea de tal suerte todo, que nosotros no seamos ya nada; tal es el fin ideal de nuestra perfecta transformación en Cristo por la absoluta mortificación y la entera pureza de vida.

El bautismo señaló el punto de partida de esta vocación a la muerte total del yo para una vida que sea única, y totalmente en Cristo.

Y no solamente ha puesto en nuestra alma una exigencia en este respecto, sino ha obrado ya de un modo fundamental esta separación de la corrupción.

Pero si en la raíz de nuestro ser cristiano, estamos purificados, vivificados y separados de los gérmenes de muerte, queda que esos gérmenes de muerte los hemos tenido en nuestro origen, y siempre pueden al contacto de los miasmas deletéreos, cobrar nueva fuerza.

¿Cuántos entre los bautizados viven libres de pecado mortal? ¿Cuántos sin pecado venial deliberado? ¿Cuántos desprendidos, y viviendo en la tierra como si no vivieran?

Estamos “deformados” en el principio. Pero cuán poco deformados en el hecho y en la práctica.

Nuestra transformación en Jesucristo, se ha de rehacer cada día. Hemos de procurar ser “él” bajo la apariencia de “nosotros”. ¿Bajo la apariencia de “nosotros” no hemos permanecido enteramente “nosotros” y convertidos hasta ahora muy poco en “él”? ¿Quién ayudará mejor a obrar en la profunda realidad de nuestro ser moral, los cambios, las modificaciones, la substitución —hay que llegar hasta esta expresión—; quién transubstanciará (si es lícito valernos de esta palabra eucarística, sugerida por la de “especie” o “apariencia”, y que no hay que tomar en el sentido propio únicamente de la Misa, pero que expresa la idea de San Pablo), quién transubstanciará nuestro pobre ser de lodo y a veces de pecado, en esta sublime realidad: en miembro de Jesucristo, sino precisamente el Sacramento de transubstanciación por excelencia, la Eucaristía? <sup>(102)</sup>.

En el altar la mudanza se opera en un momento. El sacerdote pronuncia las palabras sacramentales y el pan deja de ser pan. En adelante Cristo vive allí enteramente. En la práctica de la vida, nuestra conversión adecuada en miembro de Cristo, no se opera sino a la larga; lentamente, ¡ay, muy lentamente!

Pero nada nos recuerda mejor la obligación de tender a esa sublime substitución; mejor aún; ninguna cosa nos ayuda más eficazmente a realizarla en nuestras pobres vidas humanas, que el Sacramento que encierra bajo especies frágiles y sin vida —al querer de la Divina Omnipotencia manejada por la voluntad del consagrante—, el ser mismo de Cristo.

## I

Sólo una cosa en el mundo es importante: que Dios sea glorificado.

¿Quién puede glorificar a Dios como él lo merece? Solo Jesús.

---

<sup>102</sup> A este propósito, notemos que vale para la doctrina de la Incorporación tomada en su conjunto, la observación del P. José Huby a propósito de S. Juan en particular (“Etudes”, 5 Nov. 1921, pág. 281): “Esta doctrina no volatiliza en manera alguna el elemento *exterior* y sensible que reclama necesariamente una religión hecha para hombres de cuerpo y alma: ritos, sacramentos, autoridad visible. San Juan es un gran *espiritual*; “Dios es Espíritu, y los que lo adoran deben adorarle en espíritu y en verdad”. — Pero es asimismo un gran *sacramentalista*; “Si no coméis, etc...”. Nadie ha representado más vivamente la necesidad universal de la vida sacramental para que nazca y crezca en nosotros la “semilla del Padre”.

Igual al Padre, se abatió al nivel de nuestra humanidad. En este concepto puede reconocer en el Padre “a uno mayor”; puede inclinarse ante esta mayoría y tributarle un verdadero culto de humildad, de sumisión, de obediencia.

Por otra parte, él solo puede ofrecer al Padre un homenaje digno del Altísimo. Igual al Padre en cuanto Verbo, comparte con él su título de infinito. La Humanidad santa unida al Verbo en la unidad de una sola Persona, puede ofrecer al Padre homenajes de valor infinito.

El Cristo, tiene, pues, en su mano todo el culto y el único culto que Dios merece.

Así, pues, nuestro culto no será verdaderamente cristiano, sino en cuanto es ofrenda al Padre, de Aquél que puede ofrecerle lo que él espera; todo lo que él espera es la oblación de Cristo Jesús.

La única persona que en el Universo practica adecuadamente la virtud de la religión —el único verdadero religioso, según la expresión de Mr. Olier— es Cristo.

No hay religión perfecta sino en él; no hay verdadera religión sino por él. Todo el culto cristiano se resume en estas dos proposiciones:

—Ofrecer incesantemente al Padre, a Jesucristo;

—Con él ofrecernos en la sumisión e inmolación completa de nosotros mismos, de suerte que no hagamos más que una cosa con Jesucristo.

Por donde vemos que el culto cristiano consiste en una acción eminentemente sacerdotal, en una actitud moral, de doble y perfecta ofrenda; la ofrenda a Dios de Cristo; no sólo del Cristo histórico, del Jesús, hijo de la Virgen María, sino del Cristo “completo”, del Cristo pleno, *plenarium corpus Christi* (<sup>103</sup>), que comprende la Cabeza con todos sus miembros, es a saber: el Salvador y todos nosotros que no hacemos sino uno con él.

En suma; para quien las entiende hondamente, estas tres palabras son equivalentes: religión, culto y sacerdocio.

Esta última expresión ha tomado un sentido particular en nuestro idioma actual; pero al lado del sacerdocio oficial del sacerdote, destinado con Jesús y en pos de Jesús a consagrar el Pan y el Vino, y que, por tanto, se distingue del resto de los fieles por una dignidad incomparable y un poder soberano, hay otro sacerdocio místico de todos los cristianos;

---

<sup>103</sup> San Agustín, *in Ps.*, 110.

sacerdocio, sin duda, de otro orden (acabamos de indicarlo), pero, con todo, regio —la palabra es de San Pedro, como también la de sacerdocio, aplicada a los fieles—, y que consiste en “ofrecer a Dios hostias espirituales, que le sean gratas por Jesucristo” (1 Ped 2, 5).

Nuestra vida debería ser un perpetuo *gloria in excelsis Deo*, una perpetua alabanza de Dios, cuando no de boca, en acción. Somos esencialmente seres creados para alabar a Dios, para glorificarle; el hombre ha sido puesto por Dios en la tierra, *ut laudet*, dice San Ignacio con el Catecismo, dando a la palabra “alabanza” su mayor amplitud; por tanto, incluyendo la idea de “servicio”, de servicio enteramente dependiente, enteramente referido a aquel que es el único Señor.

Mas ¿cómo con nuestra débil voz y nuestras acciones insignificantes dar a Dios “in excelsis” una gloria que no sea inane?

He aquí el modo: Cristo se hará uno de nosotros, y hará de nosotros algo de él.

¿Cómo podrá jamás desde la tierra, ascender a Dios un homenaje digno de él?

Dios mismo vendrá a la tierra. “Necesitabais una oblación digna de Dios: he la aquí”. La Encarnación es Jesús que se nos da, no para que lo retengamos como bien propio, sino para que lo devolvamos al Padre con un acto de ofrenda filial. Jesús se nos presta para hacernos capaces de ofrecer a Dios —estamos tan desnudos— un homenaje infinito.

Con un sublime artificio, Dios, con una mano nos ofrece el tesoro, lo deja un instante en nuestro poder y luego nos lo reclama con la otra mano; en este ciclo de la oblación, halla una gloria proporcionada a su grandeza.

## II

En virtud, pues, de la Encarnación, se nos ha concedido la posibilidad de ofrecer a Dios, el mismo Dios en la Persona de Jesús, hecho como uno de nosotros.

Con mucha frecuencia se nos escapa la memoria de este anonadamiento. El Salvador ha creado un medio —medio por excelencia— de recordárnoslo produciendo de nuevo en el altar, en cada misa, una nueva venida de su Persona en medio de nosotros con un renovado abatimiento. La idea de ofrecerle al Padre nos escaparía; por eso ha querido que la ofrenda de su sacrificio se reiterase a nuestros ojos y en cada misa.

Muchos tienen de la Eucaristía una idea si no falsa, al menos muy incompleta. Y muchos olvidan lo más esencial y primario en la intención de Dios y de Cristo.

Nuestro Señor no vino a la tierra, ni viene en cada misa al altar, no reside en cada minuto en el Sagrario, única ni principalmente para dárseos, sino para ofrecerse al Padre; o mejor, para que nosotros lo demos al Padre a quien él se ofrece.

Dicho de otro modo: la Encarnación (<sup>104</sup>) y la Eucaristía no tienen por término último la honra del Hijo encarnado o la felicidad del hombre, sino la honra del Padre, la gloria del Altísimo.

Cristo, cuando viene, no viene únicamente por sí o por nosotros. Viene en último término para que la Majestad infinita, de la que ha sido hecho pontífice, sea glorificada por esta singular acción.

Todavía de otra forma: el personaje que todo lo domina en el culto eucarístico, es, por encima de Jesús, Verbo hecho carne, Verbo hecho pan; el Padre, o mejor, la Santísima Trinidad. Limitar nuestra devoción a la Hostia, a la adoración del Señor, y no extenderla a la ofrenda de Jesús al Padre, a la Santísima Trinidad; es no comprender toda la Eucaristía; es no comprender a todo Jesucristo, es no abarcar toda la razón de su venida.

Sin duda, el momento por excelencia en que el espíritu de oblación deberá animar al cristiano, será el santo sacrificio.

En la misa, el personaje principal es Dios, la Santísima Trinidad. Jesús ejercita su oficio de mediador, de personaje al servicio de “otro mayor” que se ofrece a este más grande, para glorificarle infinitamente. — Algunos artistas han representado, encima del altar donde celebra el sacerdote, al Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: esto es interpretar exactamente la idea de la Iglesia, cuya mirada en cada misa, yendo más allá de la víctima, se eleva a Aquél a quien es ofrecida:

Recibid, Trinidad Santa,....

Oh Dios, etc...

Recibid, Padre Santo,...

Mas tú, Padre clementísimo,... etc...

tales son los comienzos de las principales oraciones.

---

<sup>104</sup> Cualquiera posición que adoptemos en la cuestión del primer motivo de la Encarnación, es cierto que *post factum*, verificada la Encarnación. Jesucristo no existe sólo *para nosotros*, sino también y principalmente *para la gloria de su Padre*.



En los primeros tiempos, esta idea estaba tan fuera de duda, que ni siquiera se había pensado en la elevación. Hasta el siglo undécimo no se halla en la misa este rito, donde parece que Jesucristo es el propio objeto y el término de nuestra adoración. Por aquel tiempo, el hereje Berengario puso en duda la presencia real, y la Iglesia, para afirmar este dogma, quiso que se mostrara al pueblo la Hostia y el Cáliz, luego de la consagración, para que todos adorasen el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Y con esta acción del sacerdote, con este gesto de sus manos, que se elevan al cielo, la Iglesia quiere mostrar a los fieles a Jesús y manifestar al mismo tiempo, con un símbolo perceptible para sus ojos, la oblación de Jesús a su Padre.

En la Misa solemne ha prevalecido el uso, para los que están en el coro, de permanecer en pie después de la consagración. Tal es, en efecto, la actitud del que ofrece. El sacerdote está en pie. María estaba en pie junto a la cruz. La actitud sacerdotal en el momento en que ofrece a Dios la víctima, es en pie.

No exageremos este simbolismo, pero tiene su valor.

Por lo demás, no es lo que más importa la actitud exterior, aunque en ocasiones ayuda; la actitud del alma es la que hay que observar.

Santa Gertrudis refiere haber visto en una de sus revelaciones, a Cristo nuestro Señor, verdadero Sacerdote y soberano Pontífice, que se levantaba en el cielo, en su trono, y elevando en sus propias manos su sagrado Corazón, lo presentaba a su Padre inmolándose.

Y añade Santa Gertrudis: “En la hora en que el Hijo de Dios ofreció a Dios Padre su divino Corazón, en la iglesia tocaban la campana a la elevación de la Hostia”.

Esta actitud, revelada a la Santa, expresa con perfección el misterio del sacrificio, renovado por el Salvador mismo, entre las manos del celebrante <sup>(105)</sup>.

¡Cuántas almas sufren viéndose impotentes de ofrecer a Dios un homenaje digno de él! Se ingenian y luchan ardientes y generosas; pero con sus mezquinos méritos personales (y creen no poder ofrecer otra cosa) ¿cómo formar un donativo que valga la pena; cómo con su vida, con los mezquinos pormenores de su miserable vida, componer una ofrenda que satisfaga a Dios; que le satisfaga plenamente, en cuanto Dios puede ser

---

<sup>105</sup> Dejamos a un lado la cuestión de si la *esencia* del Santo Sacrificio de la Misa está ÚNICAMENTE en esta *oblación*.

satisfecho? Tanto valdría querer con gotas insignificantes llenar un abismo infinito. Y este sentimiento de su limitación las atormenta, a veces con peligro de deprimirlas.

Fuera de esto ¿nuestra cobardía no se esfuerza siempre por menoscabar nuestros mejores dones? ¡Se da tan poco! Sobre todo se regatea; y aun cuando se da todo, este todo, es tan vecino a la nada. Y porque se sueña en procurar gloria a Dios sólo por los propios méritos, no se adelanta, o se adelanta sin anchura de ánimo, con una cierta angustia dolorosa.

¿Por qué no plantear de otro modo el problema; procurar perderse de vista un instante? Tengo sed de promover la gloria del Padre. No quiero otra cosa; esta es mi mayor ambición. ¿Cómo conseguirlo con mi poquedad? Pero ¿no tengo a Jesús? ¿por qué no ocuparme ante todo de ofrecer Jesús al Padre? Entonces estaríamos lejos de este hábito de rezar durante la misa no sé qué devociones, escogidas al azar; en todo caso escogidas sin este espíritu de que hablamos; o aun de rezar las mismas oraciones de la misa, pero sin el espíritu que penetra su verdadera significación.

### III

Aun fuera de la asistencia al Santo Sacrificio, cuando se venera sobre todo a Jesús presente (vgr., en la visita al Santísimo Sacramento), conviene no olvidar nunca la oblación. La costumbre de ofrecer Jesús al Padre, debería hacerse la gran costumbre cristiana; puesto que es el ejercicio de religión por excelencia.

En todo instante, el Hijo se ofrece al Padre por la redención del mundo. Se calculan 350.000 misas cada 24 horas, o sea, cuatro elevaciones por segundo. A cada latido de nuestro corazón y aun con más frecuencia, puedo decirme: Jesús se ofrece al Padre.

¿Me acaece caer en alguna falta?... Ofrezco en reparación la preciosa Sangre.

¿Se me da una gracia? Ofrezco la Hostia divina como única acción de gracias digna de Dios.

¿Me molesta un sufrimiento? En este mismo minuto la sagrada Víctima se inmola en muchos altares. ¿Por qué no unir mi inmolación a la suya?

¿No tengo necesidad en cada instante de pedir por la Iglesia, por los grandes intereses de Dios en las almas, por los pecadores, por las misiones, por los sacerdotes? Me uno a la divina impetración del Salvador por quien nos viene toda gracia.

Terminada la misa, el Señor no cesa, desde el fondo del Sagrario, de ofrecerse a su Padre; de tributarle de día y de noche alabanzas infinitas; un culto inefable; acciones de gracias que superan toda expresión; una adoración sin límites.

¿Por qué no tenemos mayor costumbre de apropiarnos esta acción de gracias no interrumpida y sublime? Eucaristía quiere decir “acción de gracias”. La devoción a la Eucaristía incluye forzosamente la sed de ofrecer a Dios, por Jesucristo en el divino Sacramento, una acción de gracias infinita.

Un heroico misionero del Canadá en el siglo XVII, el P. Chaumonot, escribía: “Hace más de 46 años que, movido por estas palabras de Cristo nuestro Señor: *Ego honorifico Patrem meum*, tomé la resolución de no amar en adelante al dulce Jesús por otro motivo que por haber amado y honrado infinitamente a su Padre divino. Me es imposible expresar el provecho que mi alma ha sacado de esta devoción”<sup>(106)</sup>.

Seguramente todos sacaríamos el mismo provecho de semejante práctica.

Dando cuenta de su oración, he aquí lo que escribía un día Santa Margarita María:

“Las más de las veces la termino sin hacer ninguna... petición ni ofrenda, sino la de Jesús a su Padre Eterno, de esta manera: Dios mío, os ofrezco a vuestro Hijo amadísimo, como mi acción de gracias por todos

---

<sup>106</sup> El modo cómo comprendía él la misa, ilustrará con un hermoso ejemplo lo que decíamos más arriba:

“Cuando en el altar hago la oblación de la Hostia, siento un gran gozo por tener en mi Jesús a quien voy a inmolar, un tesoro inmenso de satisfacciones para expiar todos mis pecados y tributar a mi Dios, por este sacrificio, mayor gloria de la que yo, pecador, y todos los demás pecadores, le hemos usurpado.

“...Me alegro de poder ofrecer a mi Creador las adoraciones y alabanzas de su propio hijo para suplir por el deber de infinito reconocimiento y culto que todas las criaturas no pueden, o no quieren, o no saben tributarle...

“...No concibo un mayor honor para una criatura, que el de poder tributar a su Creador todas las alabanzas, todas las acciones de gracias y todas las satisfacciones que son dignas de él. Mas, he aquí lo que le tributamos al ofrecerle a su querido Hijo en nuestros altares”. *Vie*, por el P. Martín (Oudín, 1855, págs. 247-260).

los bienes que me hacéis; por mi petición, mi ofrenda, mi adoración, todas mis resoluciones y, finalmente, por mi amor y todo. Recibidle, Padre eterno, por todo lo que deseáis de mí, pues nada tengo que ofreceros que no sea indigno de Vos, sino sólo éste, cuyo gozo me dais con tanto, amor”<sup>(107)</sup>.

Entre otras cosas, ¿cómo no traer a la memoria la fórmula con que la Venerable Madre María de la Encarnación, de las Ursulinas de Quebec, resumía su grande y fuerte devoción a Cristo “Mediador de religión?:

“Por el Corazón de Jesús me acerco a Vos, Padre Eterno; por este divino Corazón os adoro por todos los que no os adoran, os amo por todos los que no os aman, os conozco por tantos que, voluntariamente ciegos, no quieren conoceros, sea por menosprecio o por indiferencia. Quiero, por este divino Corazón, pagar la deuda de todos los hombres. Dando en espíritu la vuelta al mundo, busco todas las almas redimidas por la preciosa Sangre de mi Salvador, a fin de satisfacer por todas por los méritos de su adorable Corazón”<sup>(108)</sup>.

¡Qué diferencia entre tales acentos y la oración mezquina y raquítica y egoísta de tantos cristianos!

Y no se hable de devoción excepcional, de piedad extranormal. Se trata de la flor misma de la piedad católica.

Cuando la Iglesia ora, lo hace de esta suerte: siempre es Cristo lo que ofrece y si ofrece otra cosa, la ofrece en Cristo y por Cristo: *Per Dcminum nostrum Jesum Christum*. Esforcémonos por orar como la Iglesia y con la Iglesia.

---

<sup>107</sup> *Vie et oeuvres par les Contemporaines*, ed. de Paray, t. I. pág 90. (Poussielgue, 1876). Véanse asimismo las páginas 95 y 97, y del tomo II, la carta CXX, a la Hermana Le Barge: “Acerca la pena que tenéis de una vida tibia, no os turbéis... uníos en todo lo que hagáis al Sagrado Corazón de Jesucristo Nuestro Señor, al principio para que os sirva de disposición y al fin para satisfacción. Vgr., ¿no podéis hacer cosa alguna en la oración? Contentaos con ofrecer la que hace por nosotros este Divino Salvador en el Santísimo Sacramento del altar, ofreciéndoos sus ardores para reparar todas vuestras tibiezas”.

<sup>108</sup> *Vida*, por una religiosa de la misma orden.

## CAPÍTULO II

### Ofrecernos a Dios con Cristo

- I. — Ofrecer a Cristo al Padre, es *englobarse* en el sacrificio, Jesucristo es el Señor más nosotros.
- II. — El momento en que está más indicada esta oblación de nosotros con Jesucristo, es *la Misa*.
- III. — La persona más obligada a ofrecerse con Jesús es el *sacerdote*; después de él, *cada uno* de los que asisten a la Misa. *Participar* del sacrificio.

#### I

Pero se dirá, ¿esta oblación de Cristo a Dios, no disimula buenamente un acto de pereza? ¿no embebe sencillamente un procedimiento delicado, para dejar de ofrecerse a sí mismo? No tengo nada: Me resigno. No sólo me resigno, pero dejo de intentar ningún esfuerzo, para adquirir méritos. Jesucristo los tiene infinitos. Ofrezco los suyos. Esto es más fácil y menos costoso. Y puesto que Dios no puede hallar su gloria en otra cosa que en los méritos de Cristo, ¿para qué esas austeras prácticas de abnegación, de renunciación, de macerarse a sí mismo? Vivo a mi sabor en el pecado — y ¿por qué no? En último caso siempre podré ofrecer Jesucristo a Dios, y él pagará la deuda, y enjugará el déficit. Puesto que sólo él es de importancia, yo haría muy mal en molestarme. Y he aquí toda la vida cristiana reducida a la oblación puramente platónica a Dios, de otro que nosotros.

Dejemos esta doctrina a los secuaces de Lutero.

Ofrecer Jesús a Dios, no es ofrecerle a otro enteramente distinto de nosotros. ¿Hemos olvidado que el Cristo total no comprende solamente a Jesús, el Hijo de María, sino a cada uno de nosotros, llamado como cristiano a constituir su cuerpo místico?

La sola Cabeza no es todo Jesús. La Cabeza y los miembros constituyen el cuerpo entero.

Mas Jesús completo es el que se ofrece a Dios. Permanecer alejado de la oblación es mutilar a Cristo, según la enérgica expresión de Bossuet:

«Os rogamos, Dios (decimos cada día en el *Supplices*), que dispongáis que estas cosas sean presentadas en vuestro sublime altar, etc...». Estas cosas —nota el elocuente obispo— son, en verdad, el Cuerpo y la Sangre de Cristo; pero este Cuerpo y esta Sangre con todos nosotros, constituye juntamente una misma oblación.

Yo formo «parte de Jesús»; esto explica por qué puedo yo ofrecer a Jesús al Padre, por qué debo ofrecerme al Padre con Jesús.

¿De dónde viene en efecto, que me permita a mi pobre nada, tomar a Jesucristo y hacer de él homenaje al Altísimo? ¿De dónde viene que esta acción no sea un sacrilegio? — Es que no formo más que uno con el ofe-  
rente.

¿De dónde viene el prescribirme que al ofrecer a Jesucristo, no se separe mi oblación de la suya? — Es que lo ofrecido es el Cristo total, y en el Cristo total estoy comprendido también yo.

El holocausto del Salvador comprende a Jesucristo entero. Esto es: a él y a toda la multitud de fieles de los diferentes siglos enlazados con su Cabeza por lazos estrechos, partícipes de sus sufrimientos y ofreciendo así un perpetuo sacrificio.

La inmolación del Salvador, por la voluntad del mismo, no es suficiente. Hay que añadirle la nuestra, *Crux Christi sine tua non sufficit*. El Señor ha merecido infinitamente; pero para que estos méritos lleguen a las almas se necesita el concurso de los nuestros. Jesús ejecutó la parte principal de la obra, pero no toda. A cada uno de nosotros nos toca añadir nuestra contribución. La obra del Salvador no basta sino a aquél que la completa por su propia cuenta.

El Señor se impuso la misión de resumirlo todo en sí, a cada uno de nosotros impuso el aprontar la parte que nos toca; Cristo resume en sí toda la Humanidad redimida y fiel, la Iglesia entera, la sociedad de los Santos. En el que ofrece, así como en lo que ofrece, estamos comprendidos nosotros.

Jesús es el Sacerdote principal, nosotros sacerdotes secundarios (<sup>109</sup>); Jesús víctima principal, nosotros víctimas accesorias. Pero Jesús y nosotros formamos el sacerdote y la víctima completos.

La actitud constante de Cristo respecto de su Padre, es ofrecerse y ofrecernos. La actitud constante del cristiano respecto de Jesús, es ofrecerle y ofrecerse con él.

---

<sup>109</sup> En el sentido de S. Pedro: El sacerdocio místico de todos los fieles.

## II

Especialmente en la misa ha de inspirarnos nuestra devoción este espíritu de oblación en su doble forma: oblación de Jesús; oblación de nosotros con Jesús.

Ya hemos hablado de la primera al desarrollar el *regale sacerdotium*, de San Pedro. Los fieles olvidan esta eminente dignidad que es la suya, y a menudo se teme recordarla, so pretexto de un equívoco que conviene evitar.

Bastantes diferencias hay entre ambos sacerdocios, el del cristiano y el del sacerdote, para evitar la confusión. No temamos señalar sus semejanzas. No dejemos en la sombra verdades tan fundamentales y de tan gran trascendencia para la práctica de la vida cristiana y de la devoción verdadera. Se hallaría en muchos menos sentimentalidad si se inculcara a todos la doctrina católica en toda su amplitud y según las ideas madres que lo informan todo.

Pero si los fieles se olvidan demasiado en la Misa, de ofrecer a Cristo nuestro Señor ¡cuánto más olvidan aún, o descuidan el ofrecerse con Jesús!

A tomar del altar la Víctima divina y presentarla a Dios, todavía accederíamos; pero el tomarse a sí mismo y ponerse en el altar muy cerca de la víctima con la intención de participar de su holocausto, he aquí una cosa que, al par que exige un gran espíritu cristiano, supone una generosidad todavía mayor.

Y con todo, se ha entendido poco lo que es la misa si no se asiste a ella con esta disposición.

El único sacerdote del Santo Sacrificio es Cristo; pero se sirve del ministro oficialmente señalado con el carácter sacerdotal, y de cada uno de nosotros en la medida en que formamos parte de Cristo; asimismo la víctima única de la misa, es Cristo; por ende, eminentemente el sacerdote, y luego, a nuestra vez, cada uno de nosotros.

La misa es para nosotros un ejercicio de devoción. No hacemos de ella lo que debe ser eminentemente: un ejercicio de oblación. Y nuestra equivocación parece a veces tan completa, que tales acentos, de aquéllos que han entrado más adentro en la inteligencia verdadera del Santo sacrificio, nos desconciertan; de buena gana los tomamos por exageraciones o apreciaciones con exceso místicas.

“¡Oh Salvador mío! —dirá, vgr., el bienaventurado Eudes, en una *Elevación a Jesús, considerado como Hostia sacrificada a Dios en la*

*Santa Misa*—, a honra y en unión de la oblación y del sacrificio que de Vos mismo hacéis a vuestro Padre, me ofrezco a Vos, para ser perpetuamente una hostia ensangrentada de vuestra voluntad, una víctima inmolada a vuestra gloria y a la gloria de vuestro Padre. Unidme con Vos en esta calidad ¡oh buen Jesús! atraedme a vuestro sacrificio a fin de que sea sacrificado con Vos y por Vos. Y puesto que es necesario que la hostia sea sacrificada, degollada y consumida por el fuego, haced que muera a mí mismo, esto es: a mis vicios y pasiones, a todo lo que os desagrade; consumidme enteramente en el sagrado fuego de vuestro divino amor y haced de suerte que desde ahora toda mi vida sea un continuo sacrificio de alabanza, de gloria y de amor, por vuestro Padre y por Vos”.

Semejante forma de oración sale tal vez de nuestras ordinarias costumbres, pero ¿nuestras costumbres ordinarias son acaso buenas?

¿Nuestros ejercicios de piedad no se limitan casi exclusivamente a peticiones, y peticiones que tienen por único objeto nuestros intereses? <sup>(110)</sup>. Como si de la definición: la oración es un movimiento del alma hacia Dios para adorarle, darle gracias, implorar su perdón y solicitar sus beneficios; no hubiéramos retenido más que el cuarto miembro, porque nos toca más de cerca. Los otros interesan a Dios y no urgen tanto.

Sin duda tenemos todo el derecho y el deber de pedir a Dios favores para nosotros. Pero no olvidemos que en el “Padre nuestro” —modelo de oración, enseñado por Jesús—, la palabra “dadnos” no viene sino muy adelante de la fórmula, y antes de ello el cristiano que ora como le enseña su Maestro, ha solicitado previamente “que el nombre de Dios sea santificado, que venga su santo reino y se haga su voluntad”.

Pensemos en nosotros en la oración, si por cierto; pero pensemos en otro “gran necesitado”, el Altísimo. En su vida íntima no reclama nada, pues es infinito. Pero en la gloria exterior que se le debe, ¡cuán enormes deficiencias! ¡Qué otro mayor proscrito que éste, desterrado de tantos corazones! ¡Qué otra más dolorosa indigencia que la de este dueño, a quien un capricho humano puede resistir! y que aun de sus mejores amigos, los buenos cristianos, recibe a menudo un culto menoscabado, homenajes uniformemente interesados, un amor sin elevación, incapaz de magnánimos impulsos.

No limitemos de este modo mezquino nuestros horizontes espirituales. Al contrario, ensanchemos nuestras miras y nuestro corazón...

---

<sup>110</sup> Todavía menos mal si nuestros intereses *espirituales* tienen el primero y más importante lugar.



Y principalmente a la Misa, acudamos para que Dios nos dé; pero, sobre todo, para dar a Dios.

### III

Al sacerdote, más que a otro alguno —ya que ha de ilustrar la religión de los fieles—, compete ahondar hasta lo íntimo en su religión y, naturalmente, esmerarse por vivirla.

Le compete un papel único en la misión de “ofrecer”. — Y, sublime consecuencia: le toca una parte preponderante en la obligación de “ofrecerse”.

Inmolación por la castidad, que le separa del mundo; inmolación por el constante ejercicio de la caridad en el mundo, hasta dar, si fuere menester, la vida por sus ovejas. Tal es su programa obligado; el obispo se lo ha recordado elocuentemente el día de su ordenación sacerdotal. La oblación mística del altar no está completa si el ministro del altar no añade el sacrificio completo y constante de sí mismo. Todo verdadero sacerdote se parece a San Luciano.

El anciano Obispo de Nicomedia había sido echado en la cárcel. Algunos cristianos, a fuerza de dinero, se hacen abrir sus puertas. “Queremos en todo caso comulgar... he aquí todo lo necesario para el sacrificio”. — “¡Ay! no hay altar” — entonces el Santo se tiende en el suelo; su pecho será la mesa del sacrificio: ¿No será mártir unas horas después? Y con las dos manos libres celebra de este modo los sagrados misterios.

El corazón del sacerdote ha de ser semejante a una piedra de altar: ha de estar marcado con la santa cruz y contener reliquias de mártires.

San Francisco de Borja resumió en sus apuntes el ideal de la vida del sacerdote cual él la comprendía, en esta palabrita de color de sangre: “Sosteniendo el cáliz pedía el cáliz”.

Mas si el sacerdote está más especialmente obligado a ofrecerse en sacrificio en cada misa, ¿no se debe desear que todo fiel, cuando participa de los sagrados misterios, ofrezca asimismo “un corazón de víctima en manos del sacrificador”?

El sacerdote al “Orate fratres” se vuelve diciendo: “Orad hermanos para que mi sacrificio, que es también el vuestro...”. El Inmolado en cada misa es Jesús más el sacerdote, más nosotros; en otras palabras: todo Jesús.

A veces, al hablar del celebrante, los fieles emplean esta frase: “Dice su misa”.

La mayoría entiende: “La misa; *algo* en que nosotros no somos en manera alguna actores; asunto del sacerdote con Dios. Asistir sí, pero tomar parte en ella no nos incumbe”.

Idea muy falsa. En otros tiempos cada uno de los fieles aportaba algo de la materia del sacrificio: un poco de pan y un poco de vino. Esta costumbre no se ha conservado sino en la misa de la consagración del Obispo, en que el nuevamente elegido lleva al consagrante, sentado en el centro del altar, dos velas, dos panes y un barrilito de vino.

Cuando se reemplazaron los panes ordinarios por panes ázimos, para la consagración, se hizo más difícil pedir a los fieles sus oblaciones en especie. Con todo, no se dejó de pedirles su oblación interior. En el Concilio Romano de 1078, el Papa San Gregorio VII hizo a todos los cristianos un deber, de ofrecer algo en cada misa, y no asistir nunca al santo sacrificio con las manos vacías: vino y trigo, cuando sea posible y haya ocasión, pero siempre un corazón bien dispuesto.

Y hallamos en la Historia un Santo, Wenceslao de Bohemia, que tenía la devoción de sembrar por su mano el trigo y preparar él mismo el vino que debían servir en el altar.

Un antiguo rito ordenaba que luego de hecha la consagración, para inculcar bien a los asistentes la obligación de participar en la oblación de Cristo en el sacrificio, un diácono subiera al pulpito y desde allí, en alta voz, dijera a los asistentes: “El sacrificio de Cristo es el vuestro”. — Se encendía un cirio, que se apagaba después de la comunión de los fieles, y que por relación a Jesucristo —sacrificio presente en el altar— hacía las veces de la lamparita delante de la Eucaristía reservada.

Cada una de estas prácticas repite a su modo la misma constante invitación.

San Juan, en el Apocalipsis, describe el Cielo; “Sobre el altar, el Cordero inmolado pero viviente; en derredor, veinticuatro ancianos vestidos de blancas ropas, coronados con diademas; y como asistentes, millares de ángeles cantando el sacrificio del Cordero y su triunfo”.

La grandiosa escena entrevista por el Apóstol se realiza en la tierra en cada misa, cuando cada cristiano participa de la inmolación que en ella se opera.

¿De dónde procede que después de tantas misas oídas —y como lo diremos luego—, de tantas comuniones recibidas, tenemos tan poco el espíritu de sacrificio? ¿No es, en parte y quizá enteramente, porque no asistimos con el espíritu conveniente al Santo sacrificio?

El que asiste bien a su misa, es a saber, con inteligencia de su propia función de, víctima en el misterio que se desarrolla a sus ojos, es llevado insensible pero invenciblemente, a vivir su misa, a introducir en cada uno de sus días la parte de sacrificio requerida, al menos para nunca ser infiel; mejor aún, para ser fiel lo más posible. Santa Angela de Foligno no comprendía que pudiera uno asistir al Santo sacrificio sin sentir desarrollarse en sí el culto de la inmolación: “La inmolación eucarística, según su enérgica expresión, invita al alma”.

Bajo el título de *El alma cristiana en el sacrificio de la misa*, se ha reeditado el libro de oraciones de Mad. Luisa de Francia, hija de Luis XV, que se hizo Carmelita para expiar los pecados de su padre (1). Este libro de oraciones había sido compuesto a petición de ella por un cierto P. Le Chapelain, muerto en 1779.

Pocos libros sobre la misa reflejan en tan alto grado la teología del sacrificio, y no es posible dudar que inspiró en gran parte las magnánimas reparaciones que sabemos.

He aquí los consejos que da:

Asistir a la santa misa con espíritu de holocausto. Desde el comienzo, dedicarse por un acto explícito de oblación. El sacrificio será “no menos universal que el de Cristo cuanto a la extensión, aunque desigual, por la víctima”. Cuerpo, sentidos, alma, memoria, libertad, todo es ofrecido con un esfuerzo para contemplar en el altar en estado de víctima al modelo perfecto de esta donación. Aún se irá más allá. No contento con inmolar a Dios todas las magníficas naderías —la nada ataviada y no por eso menos nada—, se hará el sacrificio de la propia vida, y, si Dios mueve a ello, el sacrificio de las consolaciones espirituales <sup>(111)</sup>.

Para conclusión, esta hermosa plegaria:

---

<sup>111</sup> “Nada está mejor a la criatura que una piedad desprovista de dulzura, que una vida de luto y tristeza, cuando mira a su Creador insultado, ultrajado y desatendido en todos lados por sus discípulos. Así, pues, consiento en ella, Dios mío, en reparación por lo que Vos tenéis que sufrir en estado de víctima”.

“Me atreveré a unirme con Vos, Señor, para amaros tanto cuanto debéis ser amado; y tomaré prestado a vuestro Corazón divino este sagrado fuego con que ha de arder el nuestro” (<sup>112</sup>).

Así entendida, la misa es realmente el centro del dogma y de la ascesis católica; a la vez resumen completo de la doctrina y recuerdo eminentemente sugestivo de nuestros deberes prácticos.

---

<sup>112</sup> La *Imitación* da una fórmula muy conocida, parecida a esta oblación, I. IV, c. IX.



## CAPÍTULO III

### Hacerse hostia con la Hostia”

- I. — El espíritu de *entregamiento*.
- II. — Espíritu de *buscar el sacrificio*.
- III. — El *momento* de la misa en que ese doble espíritu se impone más: *la Comunión*.

#### I

Las palabras no bastan, hay que pasar a los hechos. ¿Cómo vivir la misa en la práctica de todos los días? ¿Cómo realizar, en los pormenores de la vida cotidiana, esta vocación de víctima inseparable de nuestra misma vocación de cristianos, natural prolongación y en ningún modo accesoria o excéntrica de la religión de Cristo, término normal del espíritu de mortificación, requerido ya por el bautismo; blanco normal y al mismo tiempo tan sublime, que son pocos, muy pocos los que llegan a él?

La Eucaristía es para Jesucristo nuestro Señor, el sacramento de la aniquilación, y del don total.

Según que las almas acentúen el uno o el otro de estos dos puntos, inspirarán su vida con preferencia en uno de ellos y veremos a unas insistir en el entregamiento y a otras en la busca del sacrificio.

“Oh, Señor Jesús, no quiero tener elección —dirá Santa Francisca Fremiot de Chantal—, pulsad la cuerda de mi laúd que queráis; por siempre jamás, no producirá más que esta melodía: Sí, Señor Jesús, que vuestra voluntad se cumpla sin pero, sin excepción, sobre el padre, sobre los hijos, sobre todas las cosas y sobre mí misma”.

Es sabido de qué manera su marido fue herido gravemente en una cacería. Compartiendo el espíritu de resignación de su mujer, dijo desde luego al ocurrir el accidente: “Este golpe lo han tirado desde arriba; nos ha venido de la Providencia”.

“Entregaos ciegamente a Jesús —dirá otra alma santa—, para ser cosa suya, hacienda suya de que use a su sabor, sin molestia ni cálculo, sin

temor de afligiros; y os haréis un instrumento en sus divinas manos. Le hacen falta instrumentos enteramente rendidos a su voluntad. Ahora es menester que eche cuentas con cada uno de ellos, pues no quieren quebrantar su voluntad, y nuestro yo se interpone delante de su querer.

“Seamos hostias bajo las cuales viva él libremente” (113).

“Lo pongo a la derecha (decía el cura de Ars, hablando de Cristo en la Hostia) y va a la derecha; lo pongo a la izquierda y va a la izquierda”.

Se aspira a un semejante entregamiento. Y esto no es inercia ni mucho menos. Los que han meditado la *indiferencia*, tal cual la describe San Ignacio, saben cuánta actividad hay en esta sumisión absoluta al beneplácito divino.

“Amén, así sea. ¡Quién creería que un estribillo tan breve es tan difícil de aprender! —escribía Luis Veuillot—. Pero se llega a aprenderlo a fuerza de aplicación, de auxilio divino y del buen uso de la razón”.

Y otro gran cristiano, Federico Ozanam, decía algunos meses antes de morir:

“Hoy cumplo cuarenta años y me veo acometido de una grave enfermedad pertinaz. ¿Es, pues, necesario, oh Dios mío, abandonar todos estos bienes que vos me habéis dado? ¿No queréis, Señor, contentaros con una parte del sacrificio? ¿No aceptaríais el holocausto de mi amor propio literario, de mis proyectos de estudio? Si vendiera la mitad de mis libros para repartir el precio a los pobres y si limitándome a cumplir las obligaciones de mi empleo, consagrara el resto de mi vida a visitar a los indigentes, instruir los aprendices y los soldados ¿estaríais, Señor, satisfecho, y me dejaríais la dulzura de envejecer junto a mi mujer y acabar la educación de mi hijo? Acaso, Dios mío, no lo queréis. Me pedís a mí mismo... vengo, pues, si me llamáis. ¡Ah, si estas páginas son las últimas que escribo, sean un himno a vuestra bondad!”

Más cerca de nosotros, un alma escogida, que había vivido asimismo en el estado de matrimonio, Mad. María Lucía Vrau (muerta en 1913); después de unos Ejercicios de las Hijas de María de San Mauro, en Marzo de 1878, hizo al Señor el entero entregamiento de sí:

“...Me despojo y me desapropio entre vuestras manos, cuanto puedo hacerlo, de mi ser, de mis facultades, de mis bienes de alma y cuerpo, y os

---

<sup>113</sup> *Thérèse Durnerin*, por F. Hames. Decía además, y no hay que entender mal so pensamiento: “El acto de perfecto abandono, esto es, el entero don de sí mismo, tiene algo de la virtud de las palabras de la Consagración, para hacer que Jesucristo descienda a un alma”.

proclamo y reconozco como la única persona dueña y directora de mi vida y de mis acciones y único propietario de todo cuanto tengo y puedo adquirir.

“...Renuncio, pues, a dirigirme por mi cabeza. Quiero ser conducida únicamente por Vos; vuestras leyes, los acaecimientos de vuestra providencia, las órdenes de los que tienen autoridad de Vos, las inspiraciones de vuestra gracia, las acepto todas de antemano, sin reserva ni condición.

“...¡Oh, Jesús Hostia, sed en mí la Persona, el principio, la substancia y el fin! No sea yo más que vuestra cubierta, vuestro miembro, vuestro instrumento y como las humildes y puras especies de vuestro sacramento”.

Y cómo no citar, para incitar a la práctica del entregamiento, aquella alma escogida, cuyo Diario publicamos con el título de: *Hasta la cumbre de la unión divina; consummata*, la cual decía:

“Vivo con los ojos puestos en él, para espiar sus menores deseos y realizarlos al punto... En el fondo de todas las gracias de oración, en el fondo de los sufrimientos y de todo, está Dios. Soy como un niño a quien su madre adornara de multitud de cosas bonitas y que en lugar de mirar lo que le dan no quitara los ojos de quien se lo da...”.

Su ambición era practicar literalmente los dos versículos de Isaías: “Te llamarán: mi voluntad está en ella... El Señor se complacerá en ti... Así serás el gozo de tu Dios”. (62, 4-5).

## II

Otros sueñan en ir, no más lejos, pero en dirección algo diferente. Admiran menos la inmovilidad de la Hostia (<sup>114</sup>) que la soberana actividad de nuestro Señor que se ofrece. Lo que, sobre todo, las mueve es la sed de Jesús de prolongar su sacrificio. Su deseo de mostrarse a nosotros en su actitud de inmolado. No contentos con aceptar lo que a Dios place enviarles, codician buscar, en la medida de la discreción y de la obediencia, todas las posibilidades de reproducir en su persona el sacrificio del Divino Maestro.

En la Hostia, Jesús está oculto, pero sobre todo este Jesús oculto es el del Calvario, el Jesús tan amado, de la agonía y del Gólgota. He aquí lo que para ellas domina.

---

<sup>114</sup> Se entiende en qué sentido empleamos estas dos palabras, y qué íntimo y continuo ímpetu del alma suponen.



En los misales antiguos, al principio del Canon, la letra T del *Te igitur*, no se ilustraba como ahora, por medio de un crucifijo. La letra, sólo un poco mayor, recordaba sin más, los dos maderos de la crucifixión. Poco a poco los artistas adornaron la inicial; el dibujo se amplió y acabó por representar toda la escena del Calvario. Se acordó que el asunto merecía página aparte. Ahora todo misal completo contiene al principio del Canon una lámina del Crucificado.

En ciertas almas acostumbradas a la frecuencia de la Comunión, se observa un parecido crescendo.

Desde el principio Cristo crucificado ha tenido su lugar en la vida de ellas. Pero no ocupa toda la página. Poco a poco han entendido que era menester agrandararlo, y la inicial de dos travesaños cruzados lo ha invadido todo de manera, que las otras letras han desaparecido. ¡No les habléis de sacrificios a medias! Necesitan entregarlo todo.

Del obispo Cassius de Narni observa San Gregorio: “He aquí de qué manera practicaba la vida de inmolación: Todo lo que tenía lo daba. Y al despojo exterior añadía la contrición del corazón”.

Y tomando pie de esto, San Gregorio exclama para provecho del grupo escogido de fieles que le escucha: “Si hay algunos que sientan el deseo de dejarlo todo, sigan esta vocación. Si no es esto lo que Dios les pide ¿no tienen lágrimas, limosnas, oblaciones; al menos disposiciones interiores de verdadero renunciamiento?” Y no retrocede ante la expresión que muchos creen contemporánea y de un ascetismo dudoso: “Hacernos hostia”: “*Tunc vere pro nobis crit Deus, cum nos ipsos hostiam fecerimus* (115). Jesús será verdaderamente nuestra Hostia ante Dios, si nosotros mismos nos hacemos hostia”.

Sin llegar a estos sacrificios, que acaso no están en nuestra mano, podríamos aprovechar todas las ocasiones mortificativas, que pierde nuestra inconsideración, u omite voluntariamente nuestra cobardía.

Una hostia se fabrica con pequeños granitos, cada uno de los cuales es poca cosa. Se toma en cuanto se puede, harina muy blanca, se amasa, y se la expone al calor de un fuego muy suave pero constante. La intención de unirnos a Jesús inmolado se expresa imprimiendo en estos granos molidos la señal de la cruz.

Al acercarse la primera misa de su hermano, una pobre labradorcilla se fue detrás de los segadores para recoger algunas hermosas espigas; las

---

<sup>115</sup> *Dial.*, c. LIX.

llevó a las Hermanas de la aldea, las cuales hicieron con ellas una hostia con la que el nuevo sacerdote consagró el día de su Primera Misa.

Ninguna cosa simboliza mejor el afán con que deberíamos cada día ir a espigar sacrificios. Cada vez que asistiríamos a la misa, participaríamos verdaderamente del sacrificio; al lado del Salvador inmolado, habría bajo forma efectiva, palpable, esperada por el Maestro, nuestra propia inmolación.

Atreverse a asistir al Santo Sacrificio sin traer nada que ofrecer, equivale a decir a Nuestro Señor: inmolaos, ofreceos; os dejo hacer. Yo no me sacrifico; soy testigo de vuestra donación, pero no contéis conmigo para compartirla...

La piedad avisada habla otro lenguaje.

### III

¿En qué momento, especialmente durante la misa, se habrá de hacer la oblación de nuestro ser al Señor; o mejor, la mezcla de dos oblações: la de Cristo y la nuestra?

Evidentemente, en el instante, entre todos sagrado, *de la Comunión*. Hasta entonces hemos podido ofrecernos —hemos debido hacerlo—; pero la ofrenda era puramente espiritual; la participación en la inmolación del Salvador era puramente interior.

Ha llegado el instante de manifestar por un rito exterior, que entendemos entrar en el estado de víctimas de Cristo. Jesús va a darse; va a dársenos como es: esto es, en el acto mismo de la renovación de su sacrificio.

El Jesús que va a entrar en el que comulga, es Jesús inmolado, que perpetúa su sacrificio en el altar, y viene para que hagamos con él una sola cosa, en la unidad de una misma Hostia, no sólo espiritual sino corporalmente.

De ahí la primera consecuencia: asistir a la misa y no comulgar, es negarse a llegar hasta el cabo de los deseos de Cristo, y la expectación del Padre; quedarse a medio camino de la devoción a la Eucaristía. En los primeros tiempos del Cristianismo era cosa inaudita que un fiel asistiera al sacrificio eucarístico y no comulgara... A veces acontecía esto, porque el fiel, por una falta exterior, había merecido que le alejasen algún tiempo de la recepción de la sagrada Hostia. ¡Cuántos cristianos, en nuestro tiempo, se imponen esta penitencia por incomprensión, negligencia o cobardía!

Otra consecuencia. El momento normal para recibir la Sagrada Hostia no es antes ni después de la misa, sino dentro de ella, a continuación de la comunión del sacerdote. Sin duda hay que acomodarse a las circunstancias, y vale más comulgar fuera de la misa que abstenerse de comulgar, si no es posible oírla. Y la Iglesia ha previsto este caso, estableciendo la fórmula para dar la Comunión fuera de la misa. Pero sería deseable que esto fuera excepcional. Los fieles están demasiado propensos a creer que sólo comulgan para recibir a Jesús... y es cierto que se le puede recibir fuera del Santo Sacrificio. Pero olvidan demasiado que comulgar (*communicare*) es también querer dar, y puesto que nuestra ofrenda sólo tiene valor en Jesús y por Jesús, el momento de nuestra dádiva debe ser, con preferencia, el mismo momento en que Jesucristo se ofrece y se da.

Y esto subraya la tercera consecuencia. No sólo conviene comulgar cada vez que se oye misa; no sólo hay que comulgar dentro de la misa; sino hay que hacerlo con espíritu de “hostia”; esto es: con el deseo de dar al Señor el suplemento exigido del sacrificio, para que el Padre sea plenamente glorificado y las almas más copiosamente salvadas.

Muchos van a la Sagrada Mesa como irían ricos herederos a la taquilla de un Banco; reciben la Hostia como un cupón de renta; hay allí una fortuna y saco de ella. No se me hable de dar por mi parte cosa alguna.

De esta manera se menoscaba la Comunión. *Communicare* es hacer un cambio: recibir un gran tesoro, pero también dar y dar algo que hará de nosotros y de la Víctima recibida una misma cosa.

Mas ¿cómo hacer una misma cosa con la Sagrada Hostia sin hacernos nosotros hostia? Para recibir al Señor sin pecado, se necesita el estado de gracia; para recibirle con el provecho máximo, el estado de sacrificio. La santa Iglesia lo recuerda con singular insistencia. La misa, por el exterior de la liturgia: el altar, los ornamentos, más todavía por su naturaleza íntima, nos recuerda la cruz. Aún antes que el sacerdote, en el momento de la Comunión, baje del altar para darnos a Jesús, hace, volviéndose a los que van a comulgar, la señal de la cruz. Luego se acerca, y delante de cada fiel, antes de darle la Sagrada Hostia, hace con ella de nuevo la señal de la cruz. Luego, si es fuera de la misa, vuelve a bendecir desde el altar a los que han comulgado. — La cruz antes, junto y después de la Comunión, y se sabe que antiguamente, junto a la Sagrada Mesa, los primeros fieles (que recibían la Hostia, no en la boca sino en la mano, para comulgarse) tendían las palmas en forma de cruz; para que todo les recordara por modo intuitivo, la obligación de sacrificarse. Este gesto hecho antiguamente por

los primeros cristianos para recibir a Jesús, lo hemos de reiterar ahora después de haberle recibido. Al volver de la Comunión, podemos llevar los brazos cruzados sobre el pecho, o las manos juntas; esto cuanto a lo exterior; interiormente, la única actitud que conviene son las manos abiertas y los brazos en cruz: “Señor, tomad...”.

“¡Venid, venid, Carne de mi Salvador —exclama Bossuet—; brasa ardiente, purificad mis labios, abrasadme con el amor que os entrega a la muerte! ¡Venid, Sangre que el amor ha derramado, corred en mi corazón, torrente de llamas! ¡Oh, Salvador! aquí está, pues, vuestro Cuerpo, ese mismo Cuerpo atravesado por llagas. Yo me uno a todas; por ellas fluyó vuestra Sangre por mí. Estoy crucificado para el mundo y el mundo lo está para mí. El no gusta de mí; tanto mejor, con tal que yo no guste de él; la ruptura se hace así de una y otra parte. ¡Adiós, adiós, me voy! Ya no soy de nada, ya no soy para mí: sólo vivo por Cristo y Cristo vive en mí. Así deberíamos ser, y tal es el efecto de la Eucaristía. ¡Oh, cuán lejos estoy de él! pero no lo alcanzaré sino por ella”.

De dónde procede que haya almas que incurren en estos contrasentidos prácticos: comulgar con frecuencia y concederse todos los caprichos; asistir todos los días a misa, y no tener nunca para ofrecer a Dios sino una *vida muelle y sin* consistencia. Indoles naturalmente buenas y sin grandes dificultades, les parece deseable y basta de buen tono la frecuente Comunión: no la omiten; pero si se ofrece cualquiera razón, un simple pretexto, dejan la misa y la Comunión, con notable facilidad, y anteponen la almohada a la Hostia.

Un gran cristiano del siglo XVII escribía: “Una de las cosas que más me asombran, es que Jesús, recibido en la Sagrada Comunión, haga tan poca mudanza en mí. ¿De dónde procede que su presencia no obre maravillas? Debería ser como un grano de buena semilla que produce una grande mies. Jesús debería producirla admirable. Debería formar en nosotros a Jesús y producir, por su gracia, todos sus sentimientos, llenar nuestra vida de todos los afectos de la suya; y, no obstante, nada de esto hace en mí; no me despoja de mis humanidades para vivir con la vida de Jesús. Esto me hace temer mucho que no llevo suficiente preparación y me hace implorar con instancia la misericordia de Dios...”.

— “¿Qué hacer para comulgar bien?” —preguntaban un día al V. P. Libermann—. “Sacrificarse”.

Y éste es de tal manera el espíritu de la Iglesia, que la Post-comunión se propone a menudo recordarnos este gran deber. “Que, hechos una sola

hostia con Vos..., seamos hostias dignas de seros ofrecidas eternamente..., etcétera”.

¿De dónde sacaremos las fuerzas para cumplir este programa? De nuestra misma Comunión. Jesús se nos da para ayudarnos a que nos demos. Al mismo tiempo que nos inculca la obligación del sacrificio nos da fuerzas para entregarnos a él...

En la ofensiva de Septiembre de 1915 en la Champaña, el aspirante Guido du Bouillonney, del 26 de Cazadores, Vicario de Nuestra Señora de Mortagne, fue gravemente herido, y permaneció tres días en el campo de batalla (<sup>116</sup>).

“Súbitamente —escribe— oigo detrás de mí: “¡Oh señor Abate, dadme la absolución!” Era un seminarista de la Diócesis de Nantes, Pedro Jagot. “¡Dadme a mi buen Dios!” — “Sabía que traía conmigo el Santísimo Sacramento. Saqué penosamente del bolsillo la lúnula; tomé con los dedos sucios de tierra, la Sagrada Hostia. Mas él estaba demasiado lejos de mí para poderle dar la Comunión. Coloqué la Hostia sobre su pobre pierna destrozada, cuya arteria estaba abierta. Creo que una gota de sangre enrojeció la blanca Forma... — ¡Amigo mío, comúlgate tú mismo!” — “Decid a mi madre que he recibido a Nuestro Señor antes de morir”. — Sufrió toda aquella tarde y murió al anochecer”.

Esto es comulgar. Una Comunión bien hecha supone dos hostias. Aquí las hallamos. Verdaderamente, Jesús y el que le recibía no formaban más que uno.

Sin duda, no pretendemos que sea menester, para dar entero valor a la Comunión, recibirla herido sobre un terreno de asalto devastado y sangriento... Hay su más y su menos en el sacrificio, y ya se nos ha entendido. Los heroísmos no son todos de apariencia, el valor es a menudo obscuro y hay campos de batalla de varias clases. Pero es saludable ver ejemplos magníficos acá abajo, muy lejos y muy alto. Se avergüenza uno más de sus cobardías. Las almas que consideran la Eucaristía del modo grande y verdadero, sienten, ardiente hasta la congoja, el deseo de despojarse de sus humanidades; de todos esos malos egoísmos que los impiden (lo comprenden perfectamente) ser enteramente de Jesucristo.

Vivir en la atmósfera del altar no significará otra cosa que vivir en el ambiente del sacrificio; y recibir la Sagrada Hostia, se traducirá por: penetrar toda la vida con el “espíritu de hostia”.

---

<sup>116</sup> Debía morir de sus heridas algunos meses después.

En realidad, las más de las almas que se entregan sin reserva, han aprendido a hacerlo acercándose con frecuencia al ciborio o al cáliz.

¿Sabremos jamás cuánto ha suscitado en las almas esta pequeña forma circular, el deseo de hacerse hostia? ¡Ser hostia! Una hostia es en su origen trigo molido: “Señor, tomad este pobre grano y es vuestro. Que sea yo molido para Vos, con la muela de los deberes de mi estado, de los sufrimientos providenciales y de las humildes penitencias voluntarias que me permite la obediencia; y que la pureza y el fuego del amor hagan de mí un pan sin levadura”.

¡Ser hostia! Una hostia es un pedacito de pan, que deja de ser pan por la Consagración. “Señor, quiero desde ahora cesar de vivir una vida terrestre, una vida de vanidad, de concupiscencia, de sensualidad. Ya no quiero ser yo quien viva en mí”.

¡Ser hostia! Una hostia es un pedacito de pan convertido en el Cuerpo de Jesucristo. “Que no sea ya yo, Señor; esta es la parte negativa de mi empresa. No quiero tomarla sino para convertirme en Vos. La hostia sois Vos; que vuestra hostia viviente, seáis Vos también, oh Jesús, y únicamente Vos”.

## Libro VII

### El término de nuestra incorporación a Cristo Jesús

#### CAPÍTULO PRIMERO

#### Nuestra muerte en Cristo

- I. —La muerte, castigo para todos, no es verdaderamente *terrible* más que para el que está pegado a la tierra.
- II. —El fiel cristiano *no la debe temer* —sino aprovecharse de este medio supremo de *unión con Cristo*.
- III. —Insistir en *las alegrías de la muerte*.

“Más allá de la vida sensitiva, más allá de la vida natural de la inteligencia y de la voluntad, las almas en gracia tienen una vida que sobrepuja las capacidades y las aspiraciones de la naturaleza. Es la vida que, en unión con Cristo, vivimos misteriosamente en Dios: *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (Col 3, 3); vida de Dios por Cristo y su Espíritu en nosotros; vida de nuestra alma transformada por el Espíritu Santo y unida con Cristo en Dios. Vida oculta, objeto de fe mientras dura nuestra terrena peregrinación; pero vida destinada a desplegarse con la de Cristo en el esplendor de la Gloria, en el segundo advenimiento de Cristo Salvador”<sup>(117)</sup>.

Estas líneas señalan con perfección el término de nuestra incorporación con Jesucristo.

Para llegar al cielo con nuestra Cabeza es menester antes resucitar con él. Nuestra única finalidad en la tierra es morir con Cristo para vivir con él.

Antes de poseer, hemos de resucitar; antes de resucitar, y para poder resucitar, hemos de morir espiritualmente al mundo. Para aquél que de este modo haya cortado de antemano las amarras, en el momento de salir de

---

<sup>117</sup> Mgr. Mercier, *Le vie intérieure. Appel aux âmes sacerdotales*.

acá abajo, la muerte temporal será suave, la resurrección alegre, y el Cielo seguro.

## I

El P. Suárez, en las últimas horas de su vida, declaraba: “No creía que fuera tan dulce el morir...”.

Y no es ésta una exclamación sin eco en la historia de las almas. ¡Cuántas, en el momento de salir de esta vida han exhalado semejante clamor! Toda su vida se esforzaron para hacer germinar en “un puñado de tierra la semilla del Paraíso eternal”. Ha llegado, finalmente, para esta semilla el momento de salir de la tierra y aparecer al sol de Dios; ¿por qué llorar?

Seguramente ha costado trabajo “hacer eternidad con un puñado de tiempo amasado en la mano”. A la manera del escultor, es menester trabajar sin descanso y multiplicar los retoques. Siempre falta un rasgo para alcanzar la perfección del modelo. Dubois empleó siete años en corregir el modelo de cera que debía servir para el molde de su Juana de Arco. Un día, finalmente, terminado el modelo y llegado el yeso al punto de concreción conveniente, se hizo liquidar la cera y se fundió el bronce. La amable estatua del peristilo de Reinas apareció radiante.

El yeso y la cera son materias inertes. Cuando Dios rompe, para cada uno de nosotros, el obstáculo que nos impedía la “gloria”, cuando nuestra vestidura de carne va a derribarse, nuestra sensibilidad, herida en lo vivo, se espanta. Después del pecado original, la muerte es un castigo. Es comprensible que aun los buenos, que nada han de temer de las divinas venganzas, sientan pavor.

Pero nos entregamos con exceso a este miedo. El buen cristiano teme demasiado el instante en que ha de cambiar esta vida perecedera por la otra que no ha de acabar.

Que los hombres apegados a la nada teman el momento de romper con la nada, es muy natural. Enteramente entregados a lo que es preciso abandonar, los desgarran el minuto en que hay que dejarlo todo. Pero el verdadero discípulo de Cristo, que siempre se ha orientado hacia lo divino, en el momento en que va, finalmente, a alcanzar eso divino por que ha anhelado, no puede dejar de sentir un gozo sin límites.

El Cardenal Mazarino, próximo a la muerte, se levanta a pesar de la prohibición de los médicos, escapa a la vigilancia de sus criados, y solo, con zapatillas, temblando por la fiebre, en su ropa de noche, apresurada-



mente vestida, va a echar una última mirada a las galerías de su Palacio, donde había acumulado preciosos objetos, de los que se siente apartar por las manos que no sueltan su presa. Delante de cada cuadro, de cada estatua, detiene su paso vacilante y lanza un suspiro: “Así, pues, ¿es cierto que habré de abandonar todas estas preciosidades?” El dolor le sofoca, y arrastrándose desde una cómoda al mármol de una consola o de un mueble imperial, abrazando las rodillas de un dios, agarrándose a un tapiz, palpando los objetos, tocando el oro, el bronce, la plata, acariciando cada cosa con los ojos y las manos, no diciendo a ninguna: ‘Hasta luego’, sino: ‘Adiós a todas’, prosigue su visita casi póstuma entre una agonía de codicias”. Y observa el cronista: “¡Para qué asirnos de lo que se nos ha de escapar!... renunciando, se hace lugar en la habitación y en el corazón, para poder luego colocar otras cosas: los bienes de un orden superior que no se hallan en el comercio, que valen más, y que estamos seguros de llevarnos el día en que sonara nuestra última hora”.

Desprenderse de todo lo que no es la Vida; morir antes que llegue la muerte —verdadero sentido de la palabra mortificación—, es el único medio de sorprender a la muerte; de proceder respecto de ella, cual muchas veces procede ella respecto de nosotros: *sicut fur*; y quitarle de antemano todo aquello que la hace terrible (<sup>118</sup>).

Felices aquellos a quienes su voluntad, ayudada o no por circunstancias providenciales, desprende de este mundo. Cuando llega la muerte, ya no es casi nada lo que queda por romper; todos los cables están ya cortados. Nada detiene ya el impulso hacia el grande espacio libre.

En la guerra de 1914, un valeroso cristiano, encerrado en una cárcel alemana, por haber impreso y propagado en país ocupado “El pájaro de

---

<sup>118</sup> Nadie ha puesto más de relieve esta idea que el P. Vieyra, el gran orador portugués: “Terrible la muerte... ¿por qué? Para el que no muere hasta que muere, sí. Cuanto al que muere antes de morir, se burla de este espantajo de la muerte. ¿Qué me importa que no haya más que una muerte, si yo puedo hacer que haya dos? Después de la muerte ya no hay remedio; pero le hay antes. La muerte es un término más allá del cual no se puede pasar, pero más acá de él se puede anticipar... Ninguna cosa se hace con perfección al primer envite; con mayor razón la cosa mayor de todas, que es el morir bien... Ninguna cosa se aprende bien, sino por el ejercicio y la práctica; ¿cómo se aprende a forjar? Forjando. Así aprendamos a bien morir, no sólo meditando, sino también muriendo. Hemos de morir, pues, una vez por ensayo y otra para acertar”. *Obras completas*, vol. I, 2.» *Sermón para el miércoles de ceniza*, págs. 404-5.

Sobre la tumba del célebre teólogo Duna Escoto, se inscribió esta frase: *Semel sepultas bis mortuus*. Una doble muerte precedió a su sepultura.

Francia” (<sup>119</sup>), escribía a su mujer: “Considero las cosas de la tierra como lo haría un muerto; y con esto creo estar en la verdad. ¿Creéis que cuando habremos muerto, veremos las cosas de la tierra como ahora las vemos? Estas aterradoras visiones de ultratumba, Dios nuestro Señor se ha dignado concedérmelas en esta vida, permitiendo que entrase vivo en la región de la muerte.

“...No creáis que bajo el influjo del sufrir me haya hecho un iluminado o un místico. No, continúo el hombre de las realidades que conocéis. Pero el hombre viejo se ha depurado un poco, y, a fuerza de sufrir, mis ojos se han abierto a la luz, a la luz plena. No tengo en esto ningún mérito, pues ha sido el sufrir, no buscado, sino sólo aceptado, el que ha obrado en mí esta radical transformación”.

Nada iguala al sufrimiento para recordarnos que somos huéspedes acá abajo: *Advena, ego sum in terra*.

El país de la entera posesión, no es la tierra. El país donde está todo, en frase de Bossuet, es el Cielo. Cómo nos agarramos al barro, cuando allá arriba nos llamáis Vos, ¡oh Principio sin principio!; cuando nos invitáis a bañarnos en vuestra unidad.

“¡Oh momento dichoso en que saldremos de sombras y enigmas para ver manifiesta la Verdad! Corramos allá con ardor. Allí está el término del viaje. Allí acaba el gemir; allí el trabajo de la fe termina, cuando va, por decirlo así, a engendrar la clara visión. Feliz momento, una vez más — añade el gran Obispo—; quien no te desea no es cristiano.

“Decaigo, este edificio mortal se hace pedazos; pero si esta casa se arruina y cae sobre sus propios escombros, tengo otra morada celeste en la que me prometéis recibirme... ¡Oh Señor! a ella corro, vuelo; ya estoy transportado a ella con la mejor parte de mi ser. Me gusta oír decir: “Iré a la casa del Señor, estoy a tus puertas, ¡oh Jerusalén!”

## II

He aquí el concepto cristiano de la muerte; la idea de Cristo: *intra in gaudium*, “entra en el gozo”; del salmo: *In Domum Domini ibimus*, “iremos a la casa del Señor”; la idea de San Pablo: “Que mi cuerpo caiga en pedazos.” “¿Quién me separará de su servidumbre?”; “La muerte me es ganancia” (Filip 1, 23)<sup>120</sup>. La idea de San Cipriano y de San Ambrosio; del primero en su *Exhortatio ad martyres* y en su *De mortalitate*, donde, con

---

<sup>119</sup> J. Willot, profesor de Farmacología en la Facultad católica de Lilla. Habla de morir por las consecuencias de su cautividad, poco después del armisticio.

ocasión de una persecución y una peste, escribe una carta para decir: la muerte antes es para desearla que para temerla; del segundo, en su *De bono mortis* “del bien que es la muerte”. La idea de Santa Teresa: “Muero porque no muero” —la idea de todos los santos y todos los grandes cristianos, de que nuestro cuerpo es para nosotros una cárcel y la muerte una liberación.

“¿Cuándo será —escribía desde el fondo de su cárcel, el anciano Obispo San Ignacio de Antioquía—; cuándo será que goce la dicha de ser desgarrado por las fieras, con que me amenazan?— ¡Oh, apresúrense a atormentarme y quitarme la vida; por favor no me perdonen; estoy resuelto, si las fieras no vienen a mí, a ir a ellas y obligarlas a devorarme! Perdonadme este entusiasmo, ¡hijitos míos!; yo sé lo que me conviene: ahora empiezo a ser discípulo de Jesucristo, no deseando ya nada de las cosas visibles, y no teniendo otro deseo que el de hallar a Cristo. Háganme sufrir el fuego, las cruces y los dientes de las fieras; caigan sobre mí todos los tormentos que el demonio pueda inspirar a los verdugos; estoy pronto a todo, con tal que pueda gozar de Cristo”<sup>(121)</sup>.

Algunos siglos más adelante, de una celda de terciaria dominica, brotarán los mismos afectos que de la cárcel del mártir:

“¡Oh, eterna Trinidad!; sois un mar profundo, donde cuanto más me sumerjo, mejor os hallo, y cuanto más os hallo más os busco.

“Sois incomprendible, y hartando el alma con vuestras profundidades, no la saciáis jamás; tiene siempre hambre de Vos, oh Trinidad eterna; desea veros en la luz de vuestra luz.

“Como el ciervo desea la fuente de las aguas, mi alma desea salir de la obscura cárcel del cuerpo, para veros en la verdad de vuestro ser. ¿Por cuánto tiempo vuestro semblante estará aún escondido a mis miradas, oh Trinidad eterna? Fuego y abismo de caridad, disipad estas nieblas de mi cuerpo, pues el conocimiento que de Vos me habéis dado en vuestra Verdad, me hace desear violentamente, echar de mí la carga de mi cuerpo y dar mi vida por el honor y la gloria de vuestro nombre” (S. Catalina de Sena, Diálogos).

---

<sup>120</sup> En 1794. en la cárcel de Brost, un joven oficial de marina, M. de Montecler, en el alba de su último día escribía a su madre: “Dentro ocho horas gozaré, pues, de la felicidad de ver a mi Creador, de adorarlo para siempre y cantar sus alabanzas”. De la Gorce: *Le clergé en 1794*, (Rev. Hebd. 24 Nov. 1917).

<sup>121</sup> *Ep. ad. Rom.*

Este concepto cristiano de la muerte, que conduce a no temerla, lleva lógicamente a desearla, estimándola como el bien mayor.

“Es sorprendente que nuestras imaginaciones puedan todavía ser atormentadas y oprimidas por el pensamiento de la muerte; que todavía carezcamos de entendimiento hasta tal punto que tengamos por morboso el anhelar por la muerte, pues mucho más morboso es el temerla” (122).

Una joven enfermera de campaña, Genoveva Hennet de Goutel, lo había comprendido: “Los muertos son los que existen y los vivos los que no existen aún”.

Sin duda el Purgatorio es temible y casi seguro...

Pero después de él, el Cielo. ¿Por qué quedarse encantado delante del primer término?

“La eternidad, una eternidad con Vos, ¡qué felicidad, Dios mío!”

Tal es el clamor de todos los que ven claro porque miran lejos, y poseen el verdadero sentido de la perspectiva (123).

El cristiano magnánimo se entristece por la muerte, no por salir de este mundo, o haber de arrostrar la Justicia divina, sino por salir sin haber trabajado bastante por Dios, sin haber satisfecho bastante a los requerimientos de su amor.

Es, en efecto, una consecuencia ineluctable —y río poco dolorosa —: la eternidad fija para siempre irremediabilmente nuestra capacidad de Dios. Eternamente alabaré a Dios con los medios de glorificarle que habré adquirido. Tendré allá arriba el lugar que me habré conquistado. Sólo esto puede ensombrecer las alegrías de la muerte: pensar que es la meta de mi trabajo de crecimiento, Imposible, después de este corte, añadir una tilde a mis méritos; esto es: a mi posibilidad de amar más a Dios eternamente. Por ella entramos en el país de lo fijo, de lo definitivo, de lo inmóvil. Ya

---

<sup>122</sup> Mgr. Benson: *Paradoxes du catholicisme*. — Dejamos a un lado cierto disgusto neurasténico de la vida terrena que nada tiene que ver con el sentido del “*cupio dissolvi et esse cum Christo*, morir para ser de Cristo” de S. Pablo. Hablamos de las almas santas y para las almas santas.

<sup>123</sup> “Me atrevo a pedirlos, Señor (escribía el abate Perreyve) la gracia de amar la muerte... ¿Qué será, Señor, si vuestros sacerdotes la miran como enemiga? ¿si la temen? ¿si la huyen? ¿si recelan sus más leves amenazas como terribles e intolerables visiones? ¿Qué será, Señor, si en lugar de respetar y estimar la muerte como la más solemne función de vuestros días festivos, y el más digno sacrificio de nuestra vida, la tememos?” (*Medlt. sur les Saints Ordres; la mort*).

ninguna cosa variará. “Entonces no nos quedará más que adorar; ahora podemos trabajar” (124).

Se anuncia a una Carmelita la proximidad de su muerte: “¡Dentro algunos días; ha dicho el médico: dentro algunos días!” Y ella saboreaba su felicidad. Después añadió: “Con todo, esto se ha acabado; nunca podré amar más a Dios.... ¡Oh, Jesús mío! Vos conocéis mis deseos. Hacedlo todo en mí, pues dentro tan poco tiempo yo nada podré hacer” (125).

He ahí a donde debería conducir el concepto cristiano de la muerte — a hacemos de día en día más generosos.

Y luego, a hacer que, llegada la ocasión, la muerte nos diera su mayor rendimiento.

Pues ¿no es para nosotros el medio de ofrecer a Dios un acto último de amor perfecto, de total abandono?

La muerte se nos impondrá. Yo la acepto de antemano libremente, y en la hora en que se presentará, deseo darle todo su valor de expresión.

¡Cuán pocos entienden lo que es la muerte de un miembro de Cristo!

Abramos las *Reflexiones sobre la agonía de Jesucristo* (126).

Allí se halla la célebre frase: “Nada hay mayor en el Universo, que Jesucristo: nada hay mayor en Jesucristo que su sacrificio; nada hay mayor en su sacrificio que su último suspiro, y el momento precioso que separó su alma santísima de su cuerpo adorable”.

Muriendo, el Señor quiere morir completo. Su sacrificio se corona con la muerte de todo lo que es suyo.

Su ser físico muere en la cruz. Falta que muera su ser místico, en la sucesión de todas nuestras muertes individuales. Su sacrificio, para ser total, exige que los dos sean ofrecidos. Por lo demás, la ofrenda del segundo saca todo su valor de la del primero, y en cuanto unido al primero. Nuestra muerte, que hasta entonces no podía considerarse sino como castigo, gracias a nuestra unión con Cristo, gracias a la unión de nuestra oblación con la suya, de nuestro último suspiro con el suyo, puede llamarse sacrificio.

En la muerte de Cristo, “todos los hijos de promisión tuvieron su sitio con el Salvador; y, hechos víctimas, su muerte, que hasta entonces sólo podía haber sido pena del pecado, se trocó en la de Cristo, en sacrificio”.

---

<sup>124</sup> Teodelinda Dubouché, fundadora de la Adoración reparadora.

<sup>125</sup> *María Amada de Jesús*, t. II.

<sup>126</sup> Bossuet, *Doctrine Spirituelle*.

“Todo está consumado” —exclama Jesús—. “Y la muerte de mis miembros místicos, unida a la mía, ya no será sino el cumplimiento de mis designios sobre ellos. Todo está consumado; y la consumación de su vida, en sus últimos momentos, recibirá de mi muerte la virtud de ser un perfecto sacrificio, que rinda homenaje a todas las perfecciones de la Divinidad”.

“Es, pues, aquí donde se terminan todas las agonías... Uno de los grandes oficios del sacrificio de Cristo, será el renovar y perpetuar hasta el fin de los siglos este sacrificio; no sólo en el misterio de la Sagrada Eucaristía, sino también en la muerte de todos los verdaderos cristianos”.

Esto es penetrar a fondo la doctrina de nuestra incorporación con el Salvador. Cuando sufrimos, Jesucristo perfecciona en nosotros su Pasión. Mejor aún: cuando morimos, Jesús perfecciona su muerte.

Nuestra muerte no tiene valor, sino unida al sacrificio de Cristo nuestro Señor. El sacrificio de Cristo no tiene toda su extensión, sino englobando la muerte de todos sus miembros.

Viviendo somos una cosa con él; muriendo lo somos de nuevo. El da a nuestra muerte su valor. Nosotros damos a su sacrificio su plenitud.

“Con este espíritu es como hay que recibir el santo Viático. Cuando Jesús-Hostia viene al alma, ofrece en primer lugar el sacrificio de sí mismo, puesto en estado de víctima por el sacramento y representando allí la destrucción de su vida natural que se obró en el Calvario”.

Es menester en este momento unirse a él y a su sacrificio. Así nos hacemos, de una primera manera, “sacerdotes y víctimas con él”.

Pero Jesús víctima viene a uno que es víctima también. No se trata sólo de ser inmolado por procurador, sino personalmente. No hay sino dar con voluntaria aceptación, lo que se nos impone con necesaria obligación. Dios por la enfermedad, nos hace hostias. De estas hostias que somos nosotros, hemos de ser también sacerdotes, ofreciéndonos enteramente a Dios para cumplir todas sus voluntades amorosamente destructivas.

Así, el “cristiano, uniéndose entonces no sólo al Cuerpo adorable de Jesucristo en su sacramento, sino también a su espíritu y a su Corazón, entrando por sumisión y adhesión en todos sus designios; queriendo disponer de su ser y su vida como dispone de ellas el gran sacrificador, se hace sacerdote con él en su muerte y termina en este último momento este sacrificio, al cual había sido invitado en el bautismo y que ha debido continuar todos los momentos de su vida”.

### III

¡De cuántos consuelos no se privan las almas, por no descubrirles *estos* tesoros! La muerte no deja de ser terrible; pero es también preciosa.

La liturgia ofrece los dos aspectos, como las oscilaciones de un balancín. Durante el oficio de difuntos conduce de los terrores del juicio divino a la esperanza alegre del completo reposo. "*Dies irae, dies illa...*" a que responde "*Proficiscere... requiem*".

Mas suele acontecer que las personas buenas, que deberían fijarse sobre todo en el aspecto gozoso de la muerte, se dejan impresionar principalmente por el aspecto terrible que ofrece al pecador. No saben entrelazar con aleluyas sus *De profundis*. Seguramente, en el pulpito y en los Ejercicios hay motivo para traer a la memoria las divinas justicias. Pero muchas almas buenas toman para sí estas enseñanzas destinadas especialmente a otras: a los pecadores que acaso están presentes, y a los mucho más numerosos que no están. Por esta causa se forman, tal vez, la idea de un Jehová implacable, cerrado a la misericordia, como deseoso de coger en falta a sus mejores amigos, haciendo poca diferencia entre nuestras faltas de mera flaqueza y los peores pecados de malicia.

Si añadirlos la lectura indiscreta de autores que no distinguen bastante, tenemos más de lo que se necesita para turbar.

El santo temor de Dios es la virtud que hace más falta a la mayor parte de los pecadores; pero la anchura de corazón, es la virtud que falta más a menudo a la generalidad de los cristianos fervorosos.

Sin duda, para entrar en el reino de los cielos se requiere una perfecta pureza, por lo cual hay que guardarse de las menores faltas. Lejos de nosotros poner en contingencia ni un solo instante, este principio sólido de la vida espiritual.

Pero, por favor, no olvidemos que Dios no mira constantemente a nuestras miserias, como con microscopio. Otra cosa pide su bondad. Las almas inclinadas a una introspección exagerada y enervante, le darían mucha mayor gloria, si en lugar de insistir indefinidamente en el examen de sus faltas, le ofrecieran cada vez que se sienten tentadas a ello, un generoso acto de amor y confianza.

El hallarnos siempre a nosotros en el término de nuestras reflexiones, es encontrar una bien mezquina pequeñez. Pongamos en el término de nuestros pensamientos a Dios, y nuestro horizonte se dilatará (<sup>127</sup>).

Y ese Dios sea el verdadero Dios; esto es: un Dios de bondad. Desde este momento la muerte nos parecerá lo que realmente es para los hijos de Dios que le son fieles, para los muy amados hermanos de Cristo: la llegada a la casa de Aquél que nos aguarda hace tanto tiempo y que es nuestro Padre.

— “¡Oh buen Padre mío! —pedía a Dios un niño—; los niños que están en el Cielo ¿dormirán en una cuna o en vuestros brazos?”

— “En mis brazos” —le dijo el Señor (<sup>128</sup>).

— “Cuando llegarás al Paraíso, ¿qué harás?” —preguntó una religiosa Auxiliadora a un niño a quien preparaba para la Primera Comunión—. “Me echaré al cuello del buen Dios”.

Hay más verdad en estas frases de estos pequeñuelos, que en las ideas que muchos cristianos tienen sobre Dios y la muerte.

Ojalá que en el momento del tránsito nos ilumine sola esta idea consoladora: “Todo se desvanece en torno mío como una humareda; pero yo voy adonde estáis Vos...”.

“¡Oh Salvador mío! me gozo de que va a acabar en mí el pecado; ¡os he ofendido tanto, Padre mío! ¡Juez mío, Salvador mío! ¡Perdón! Pero el pecado va a terminar. La muerte no será el fin de mi existencia, sino de mis pecados. ¡Oh muerte, te amo por este respecto!

«¡Oh muerte, tú eres más que mi muerte, el principio de mi liberación!...

“Nada he de temer, si no es el no entregarme bastante a Dios por Jesucristo.” (<sup>129</sup>).

San Carlos Borromeo pasaba con frecuencia, en su Palacio episcopal, ante un cuadro que representaba la muerte armada con una guadaña. Hizo borrar ésta y sustituirla por una llave de oro.

---

<sup>127</sup> Como se comprendo, no entendemos proscribir la práctica del examen de conciencia, recomendada por todos los maestros. Pero una cosa es el examen de conciencia bien dirigido, que conduce a un acto de humildad y de confianza, y otra el examen de conciencia angustioso, que tiende a disminuir el aliento ante la comprobación reiterada de los mismos defectos enervantes. Puede uno servirse de un modo muy inhábil, de un arma en si misma excelente. No pretendemos otra cosa.

<sup>128</sup> Gratry: *Méditations inédites*.

<sup>129</sup> Bossuet, *Réflexions sur l'agonie*.



“He buscado en vano —escribía un santo religioso muerto hace poco —, qué cosa me costaría abandonar al morir o qué me inquietaría; mas no hallaba en mi alma otra cosa que el impulso hacia mi buen Maestro, hacia el divino Esposo: *Veni, Domine Jesu*. Me entrego enteramente a él; me aseguro enteramente en él. *In pace in idipsum dormiam et requiescam*.

“No seremos verdaderamente ‘nosotros’ sino en la otra vida. Los hombres datan su existencia desde el día de su nacimiento, olvidando el período en que su vida se formaba. Toda esta vida efímera hemos de tenerla en nada. La muerte es el verdadero nacimiento: *die natalis*”.

La Santa Carmelita de Lisieux decía al capellán que la asistía: Padre mío, no hallo que se necesite resignación, más qué para vivir... La muerte no produce más que alegría. Yo no muero, sino empiezo a vivir (<sup>130</sup>).

---

<sup>130</sup> Santa Teresa nos lo decía de otra forma: “El morir me parece ahora la cosa más fácil del mundo para el alma fiel a Dios, pues en un momento se ve libre de su cárcel e introducida en el eterno descanso” (en su *Vida autógrafa*). ¡Con qué alegría saludaba a la mensajera de su libertad!: “Por fin. Señor, ha llegado la hora de vernos. ¡Yo esperaba hacía tanto tiempo!”

## CAPÍTULO II

### Nuestra resurrección en Cristo

- I. —Unidos a Cristo en su muerte, nos hacemos *solidarios con él en su Resurrección*.
- II. —Solidez y felicidad de la *Esperanza* cristiana.

#### I

El desasimiento de las cosas creadas, tal cual lo exigen los mandamientos de Dios y los deberes del estado, facilita la separación de los últimos momentos. Hace más; prepara muy directamente la obra de la resurrección.

El Señor lo ha dicho: morir con él es adquirir certidumbre de vivir un día con él. La muerte a dúo es condición de la inmortalidad a dúo: *Pati... Gloriam*. Padecer para entrar en la Gloria.

“La Resurrección de Cristo no es sólo una gloria sobrenatural que se ofrece a la admiración de los elegidos, ni una simple recompensa concedida a sus méritos, ni sólo el sostén de nuestra fe y prenda de nuestra esperanza; es un complemento esencial y una parte integrante de la redención misma” (131).

Así establece San Pablo el *hecho* de la resurrección. Después el *cómo* y el *por qué*.

No insistamos en el hecho y el modo. ¿Qué razón da del por qué? Resucitaremos porque Cristo resucitó.

Volvemos a hallar en esto la idea directiva del Apóstol: nuestra estrecha solidaridad con Cristo.

Nosotros estamos incorporados a él. El resucitó, luego nosotros resucitaremos. O mejor: hemos resucitado con él; esto es: nos ha merecido la gracia y asegurado el medio de resucitar con él.

---

<sup>131</sup> Prat, *San Pablo*, t. II.

Unidos a Adán, compartimos la suerte de Adán; como él hemos sido condenados a morir. Unidos al nuevo Adán, compartimos la suerte del nuevo Adán; como él estamos llamados a resucitar para vivir para siempre.

Muchos de los Corintios se negaban a creer el dogma de la Resurrección de la carne.

“Pues ¡qué! —les arguye el Apóstol—, si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó.”

“Mas no —continúa—, Cristo resucitó, y en este concepto es primicias de los que *durmieron*. Todos murieron en Adán, todos serán vivificados mi Cristo” (1 Cor 15, 2-13).

La misma idea repite a los Colosenses: “Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, también vosotros apareceréis en la gloria” (3, 4).

“San Pablo nunca establece una línea rígida de demarcación entre la gracia y la gloria que es su término, tardío, pero seguro. Todo el que ha sido injertado en Cristo está por el mismo caso asociado a su vida inmortal y gloriosa” (132).

Y el Apóstol está de tal manera firme en esta hermosa certidumbre, que exclama, como desafiando y despreciando: “¡Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?”

El triunfo de Cristo sobre la muerte, no es sólo individual, sino colectivo. El triunfo de todo el Cuerpo de la Iglesia, del que Cristo es la Cabeza. Ya al morir Cristo era nuestro sustituto, nuestro representante, nuestro lugarteniente (133). Segundo Adán, contenía en sí su comunidad. Toda la Humanidad se hallaba en la Cruz muriendo al mismo tiempo que Cristo, su Cabeza.

Asimismo, resucitando, es Cristo nuestro sustituto, nuestro lugarteniente, nuestro representante. El paralelismo es absoluto: Segundo Adán, contenía en sí la Humanidad. Toda ella resucitó con Jesús el día de Pascua. Hemos recordado de qué manera el antiguo rito cristiano del Bautismo, administrado exclusivamente la noche del Sábado Santo, manifestaba con evidencia la mezcla —podríamos decir, la identificación— de las dos salidas de la tumba: la salida del cristiano fuera del baptisterio, y la salida de Cristo del sepulcro de José de Arimatea.

---

<sup>132</sup> Prat. loc. Cit., t. II.

<sup>133</sup> No en el sentido de que nos dispense de tener que morir, sino, al contrario, que nos obligue a morir con él. En efecto, no hay substitución, sino solidaridad. Lo hemos notado suficientemente.

En rigor, la muerte de Cristo completo —*Christus totus*— se obró en el Calvario: De hecho, se ha de realizar en la vida de cada uno de los cristianos de todas las edades.

Asimismo, en rigor, la Resurrección de Cristo con su Cuerpo místico, se obró en la mañana del día de Pascua; pero de hecho, se perfecciona cada vez que un cristiano entra en la Gloria.

En el sitio de Constantina, Lamoricière, para arrastrar a sus soldados, arrojó al foso su bastón de mando frente a la brecha practicada en el muro y se lanzó. En pos de él pasó toda su gente.

Jesús, para conquistamos el Cielo, hizo una cosa semejante. Lanzó el madero de su cruz al otro lado de la línea: ¡el que me quiera, que me siga! Más poderoso que el Angel de su sepulcro, trastornó la piedra que nos cerraba la entrada de la vida. Por él quedó abierta brecha en todos los sepulcros, y en el día fijado, a su palabra, cuando sonará la trompeta: ¡levantaos los muertos! (la frase es de San Pablo: *Surgent mortui!*) nos bastará seguirle para obtener la victoria.

Unidos con él por la gracia, seguirá la unión en la Gloria. “El comienzo formaba ya una muy bella unidad; la consumación la hará más estrecha.

“Si este gran capitán ha vencido continúa Bossuet—, ha vencido para nosotros tanto como para él; y me atrevo a decir, más para nosotros que para él; me sacrifico por ellos: *pro eis sanctifico meipsum*”. Y aludiendo a la oración sacerdotal de Jesús, el orador parafrasea así los versículos de San Juan (17, 23 y sigs.):

“Este ha sido vuestro designio al enviarme: consumarlo todo en uno. Por eso: *Pater, quos dedisti*, Padre, los que me habéis dado —no sólo como compañeros míos y hermanos, sino como miembros míos—, *volo*, quiero; ¡oh! son mis miembros; si me dejáis la disposición de mí mismo, me debéis dejar la de mis miembros: *Volo ut ubi sum ego, et illi sint*. “Quiero que donde yo esté, estén ellos también. Si yo estoy en la Gloria, es menester que ellos estén también: *mecum, mecum*, conmigo, por unidad conmigo, para que conozcan la claridad que me habéis dado; que la conozcan en sí mismos, y vean su grandeza, por su extensión y por su comunicación: *quam dedisti mihi*; de Vos la he recibido, Padre mío. Porque me amasteis antes de la creación del mundo: *quia tu me dilexisti a constitutione mundi*, me la disteis entera, capaz de comunicarse y derramarse; para que donde yo esté estén ellos también conmigo, para que vean la gloria que me habéis dado: *Ut ubi ego sum et illi sint mecum, ut*

*videant claritatem meam quam dedisti mihi; Yo me sacrifico por ellos y por su pecado: Ego pro eis sanctifico meipsum.* Eran víctimas debidas a vuestra ira; yo me pongo en su lugar; *pro eis*, por ellos; para que sean santos y consagrados a Vuestra Majestad, al mismo tiempo que me entrego y sacrifico yo mismo...”.

“Padre mío, yo estoy en ellos: es, pues, necesario que el amor que me tenéis esté en ellos: *dilectio qua dilexisti me in ipsis sit, et ego in eis*, y es asimismo menester que la gloria y el gozo que me daréis estén en ellos, para que mi gozo sea lleno en ellos: *ut habeant gloriam. impletam in semetipsis. Mea omnia tua sunt et tua mea sunt; et ego clarificatus sum in eis.* Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío y yo me he gloriado en ellos...” (134).

En sus *Meditaciones sobre el Evangelio*, Bossuet insiste en la misma idea. En tal materia no podemos seguir otro mejor maestro, y se puede decir de él lo que él dice de Cristo nuestro Señor: “Insiste siempre en esta unidad”.

## II

Y “¿por qué recordarnos siempre este sublime misterio?”

“Porque ésta es toda la fuente de nuestra felicidad”. La fuente de toda nuestra felicidad, es que el Hijo amado de Dios... “se haya hecho hombre; de suerte que no formando más que una sola persona con la sagrada Humanidad que le está unida, el Padre ama este compuesto como su Hijo; por donde, derramado sobre los hombres, que son sus miembros, el mismo amor que tiene hacia él, se sigue que el amor que nos tiene a nosotros es una extensión y una efusión del que tiene desde la eternidad a su hijo único” (135).

Cuando hablábamos de la renunciación cristiana, de la abnegación necesaria para el que pretende ser miembro de Jesucristo, hemos recordado que renunciación, no significa vida ensombrecida; ni abnegación, tristeza.

Al contrario; ya por lo que posee el cristiano en gracia, tiene derecho a estar alegre; cuanto más por todo lo que está obligado a esperar. Si ya el camino puede estar así lleno de verdadera felicidad, ¿qué será su término?

---

<sup>134</sup> Segundo sermón para la Fiesta de Todos los Santos, 2.<sup>a</sup> part. tom. I.

<sup>135</sup> 3<sup>a</sup> Parte: Último sermón del Salvador.

Sin duda acaece que este término parece a veces perderse en lontananza. Ciertos días la cruz nos pesa gravemente. Todavía una pequeñez, hará caer el madero, de nudos demasiado salientes...

—No puedo más; mis fuerzas me traicionan.

— ¡Animo, hijo! mira que no estás solo. Fíjate en Cristo... Una tradición dice que una mujer de Betania, enterada demasiado tarde de la prisión del Señor, llegó a Jerusalén cuando ya Jesús estaba en la cima del Calvario... En las piedras del camino vio sangre. “¡Sangre!, el Maestro ha pasado por aquí.” Siguió los rojos vestigios y en el término halló el Salvador en la cruz.

Hay un rastro de sufrimiento en tu camino. Es que el Maestro ha cruzado por tu vida. ¡Anda con aliento!

—Esto será duro...

—Pero él va delante. Tú no tienes sino seguir. Y si acaso desfalleces, acuérdate de que Jesús cayó tres veces. Reanuda con él tu vía dolorosa. En el término le hallarás sobre los dos maderos cruzados que cierran el horizonte... Todo lo que tú puedas sufrir y mucho más, lo sufrió él...

—Aun con él me espanta el sufrimiento...

—El conoció también este sentimiento en su agonía... Dale crédito. Espera tres días... Le descolgaron de la cruz y le llevaron al sepulcro. Ve hasta allá; está muy cerca. No hay mucha distancia entre el lugar donde se padece y el sitio donde se resucita. Cristiano, no eres sino una misma cosa con Cristo. Sufre entretanto, pues él sufre por ti. Paciencia; llegará el fin; ya se anuncia la Pascua.

—Lo creo, pero se paga caro.

—Hablas como un pobre niño a quien la enfermedad sofocaba, y al que hablaban de los gozos de la resurrección. Pero tienes contra ti a los santos, pregúntales si se arrepienten de haber hecho demasiado.

Yo me los imagino, mientras estaban en la tierra, parecidos a aquel capitán de Ingenieros de Eparges, viejo alsaciano de Saverne, que, en medio de los trastornos de la guerra de minas, había resuelto fijar su morada en aquel desolado rincón, para restablecer el sector a medida que se produjera la destrucción: “Debéis tener momentos terribles!” —“Sí, pero a cada golpe de azada, me digo: vamos a Saverne” (<sup>136</sup>).

---

<sup>136</sup> Madelin: *Le chemin de la victoire*. —Este recuerdo de la campaña evoca otro; el de Ibo de Joannis, alumno del Seminario francés de Roma. Siendo Brigadier de Artillería, recibió un balazo en el pecho, el 8 de Sept. de 1914. Le llevaron a la reta-

Se ha podido definir así al cristiano: el cristiano es un hombre que espera.

Frase profunda; y nadie ha ponderado más que San Pablo, la grandeza y el gozo sin par de la esperanza.

Evidentemente, si nuestra esperanza es vana —es a saber: si no hay resurrección—, somos los más desgraciados de los hombres. Haberlo puesto todo en una eternidad que no pasa; haber sacrificado, para conquistarla, todo lo pasajero y verse defraudado en el término, ¿no sería ser dos veces víctima? <sup>(137)</sup>.

Pero esta hipótesis no es sino una ficción. ¿Cómo —prosigue el Apóstol— sería vana nuestra esperanza? Hasta tal punto no es vana, que ya ha comenzado a realizarse. El Cristo integral es la Cabeza y el Cuerpo. Mas la Cabeza ha resucitado ya. De donde sale nuestra certeza cuanto al Cuerpo. Si somos miembros vivos, la lógica de nuestra incorporación con Cristo, obliga a concluir nuestra resurrección <sup>(138)</sup>. Es este un futuro cierto y garantizado; pues al propio tiempo es ya un pasado fuera de duda: *Deus... convivicavit nos in Christo... et conressuscitavit et consederit fecit in caelestibus in Christo Jesu*, “Dios nos ha devuelto la vida en Cristo” (nos ha devuelto, no nos devolverá), “nos ha resucitado, nos ha dado asiento en el Cielo” (Ef 2, 4-6), —todo ello en pretérito, como una serie de operaciones ya realizadas, desde el momento que se ha puesto su causa, la cual lleva en sí todos los efectos que debe producir, salva la intervención en sentido contrario de nuestra perversa libertad.

Así, pues, nuestra esperanza no es vana. Pero si no es vana, ¿qué es el sacrificio de todas las cosas vanas para asegurar su éxito? Me aseguran un porvenir feliz. ¿Qué importa la tribulación presente? No hay proporción

guardia en una camilla entre horribles sacudidas. Su madre, llegada a la ambulancia, le avisa que está gravemente herido; sería bueno que recibiera la extremaunción. “¿Cómo? he aquí una sorpresa, ¿es verdad? ¿no padeceré más que esto, para entrar en la casa de Dios?”

<sup>137</sup> Newman, siendo aún protestante, expuso con especial relieve, en un sermón de Oxford, titulado: “Los peligros de la fe”, esta audacia cristiana, fundada en la esperanza de la resurrección. Véase el tomo de sus sermones, editado por Bremond, con el título: *La vie chrétienne*.

<sup>138</sup> He aquí cómo argumenta Santo Tomás: Los miembros se deben conformar con la cabeza. Mas, Cristo, nuestra Cabeza, vive; vivo para la eternidad en cuerpo y alma. Pues Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere (Rom 6, 9). Por consiguiente, los hombres que son miembros de Cristo, vivirán también en cuerpo y alma, y, por tanto, es necesaria la resurrección de la carne. (Supl. III, P., Q. LXV, art. I). Y para toda la cuestión, véase Q. LXV a LXXI).

entre un padecer que pasa y una gloria que no pasa (Rom 8, 18). O mejor, hay una relación; precisamente con este y el otro padecer pasajero, compro la gloria que nunca ha de acabar.

El que ha hecho el Cielo, ha hecho también el camino del Cielo; mas el camino y el término no se parecen. Allí meras delicias. Pero para arribar allá, sudor y sangre, largos esfuerzos y paciencia incansable.

Un día se concedió a San Juan que contemplara a los bienaventurados en la Gloria. Y uno de ellos, sin duda viendo el asombro del Apóstol, le preguntó: “Estos que ves vestidos de este ropaje blanco, ¿quiénes son y de dónde han venido? ¿Lo adivinas?” San Juan confesó su ignorancia. “Sábetete, se le declaró entonces, que vienen de la gran tribulación”.

Venir de la tribulación: he ahí el mejor título de origen, la mejor carta de recomendación; y cuanto más haya uno padecido valerosamente por Cristo, más derecho tiene a estar muy cerca del trono de Dios, en medio de los que le sirven día y noche en el templo de su gloria (Apoc 7, 13-16).

Por haber Cristo enseñado la resignación, algunos califican su doctrina de pesimista.

Pero ¿puede llamarse pesimista una religión que propone el dogma de la resurrección, la esperanza como virtud teologal, y para quien las puertas de la muerte son un arco de triunfo? Singular acusación, que el simple buen sentido obliga a retorcer contra aquellos para quienes toda la finalidad de la vida está sólo en esta miserable existencia, y cuyo paraíso de pacotilla son miserables sustitutivos sin consistencia y además sin crédito. No es pesimista la religión que no suprime, sin duda, el padecer, pero sabe sola, darle su sentido, asegurarle un término y prometerle una recompensa.

“Voy a prepararos sitio —decía Jesús a sus discípulos después de la última Cena. Y después que me habré ido y os habré preparado el sitio, volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo esté estéis también vosotros, y adónde voy, ya sabéis el camino... Os he hablado de esta manera para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea perfecto” (Jn 14, 3-5). Jesucristo no nos engañaba.

Es imposible que un verdadero cristiano deje de ser el más feliz de los hombres; y cuanto más sea cristiano verdadero, tanto más conoce y saborea la paz de Dios, pues tanto vive con más absoluta confianza. Nuestro gozo está en proporción de nuestra fe.



Así, pues, fortifiquemos nuestra esperanza intensificando nuestra fe. No estemos en este mundo para quedarnos en él, sino para salir de él. Nuestras vidas acá abajo se orientan hacia un término. No lo olvidemos jamás.

Cuando el día de la Ascensión el Señor se elevó por los aires, una tradición refiere que dejó impresa en la roca la huella de sus pies, último vestigio de su presencia visible en la tierra. Esta huella sobre la piedra es como una flecha de dirección que nos muestra el camino: “¡Para subir a Dios, seguid por aquí!”

Por lo demás, tenemos cosas mejores que estos indicios más o menos fidedignos.

En el Sahara, por temor del viento que traslada los montes de arena, modifica a cada momento el relieve del suelo y cubre los caminos, a veces el viajero, para señalar la ruta, escribe las indicaciones necesarias en billetes que *pone en los sitios favorables*, atándolos entre dos piedras.

Para que en la tierra no pierda el hombre su dirección, Dios ha sembrado los versículos de su Evangelio; de su Buena nueva. Cada uno de ellos es bastante visible para poderle descubrir; y los intérpretes nos revelan todos sus sentidos. Basta seguir la senda. Es absolutamente segura; y ningún otro camino lleva. Este conduce y conduce solo, a la vida por excelencia.

## CAPÍTULO III

### Nuestra vida en Cristo en el cielo

- I. —El *Cielo* de la gloria.
- II. —Por la gracia ya poseemos una manera de *cielo en la tierra*.

#### I

Se ha reproducido innumerables veces el cuadro de Ary Sheffer del Louvre: San Agustín y Santa Mónica en Ostia contemplando el Cielo.

Siguiendo la dirección de sus miradas, deseamos irresistiblemente rasgar el velo que encubre a Dios y la casa de Dios.

San Juan había visto aquella morada de los Santos en su éxtasis de Pathmos. El Apocalipsis, grandioso y tímido, ensaya la descripción de los resplandores que vio.

También San Pablo había contemplado el Cielo... había descubierto, como San Juan, algunas de sus cosas... y sin duda su atrevida pluma rasgará a nuestros ojos las nubes...

Mas ¡ay! aun cuando se trata de las cosas más vulgares, es ya tan difícil procurar su intuición a los que no las han visto!

Los versos más bellos son los que nunca se han escrito.

Cuanto una realidad es más trascendental, tanto más escapa a nuestra descripción. Cuanto es más espiritual, tanto más crece la dificultad. De ahí la impotencia de todos los místicos, para explicamos lo que gustan y ven.

¿Qué decir aquí? Pueden explicamos eso grande, eso amplio, eso elevado, eso inmenso... (Ef 3, 18).

Todo ello son balbuceos del que no sabe hablar. Y nos quedamos sin saber más que antes. Los ojos, los oídos, la lengua, todo desfallece... Y queda demasiado claro, que no hemos dicho nada (1 Cor 2, 9). Un solo elemento de apreciación del todo negativo.

Cuando después de haber visto a la Inmaculada, Bernadetta se volvió, el sol le pareció ennegrecido (<sup>139</sup>).

San Pablo, después de contemplar la majestad de Dios, vuelve al mundo bajo y todo le parece basura: *stercora*.

Pero si es difícil imaginar la felicidad del Cielo, tenemos para estimarlo en su valor los datos de la Fe.

El Cielo, en primer lugar es la herencia. Desde el momento que somos hijos adoptivos del Padre Celestial; que hemos sido recibidos en la familia del Padre Celestial; mejor aún, que hemos sido hechos de su familia; tenemos derecho a la herencia del Padre: “¡Dadme la parte de la herencia que me toca!” (Lc 15, 12).

El que muere en estado de gracia, ya no puede rezar entero el Padre nuestro. Sólo las primeras peticiones son oportunas, puesto que son como Dios, eternas: “Santificado sea el tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad.” Pero ya no es menester pedir el “Pan cotidiano”, ni el auxilio contra la tentación. Todavía decimos dadnos; pero es la petición de los hijos que han llegado al término de la carrera: “Dadnos la herencia prometida...”. El Amén, lo dice Dios. El Cielo consiste en la respuesta de Dios a sus hijos: “¡Hijos míos, así sea!... Sí, lo quiero. Amén, amén”.

He aquí la esperanza de nuestra vocación de cristianos. He aquí la gloria de nuestra herencia. Gloria que nos viene por extensión de las grandezas obradas por Dios en Jesucristo (Ef 1, 17-20).

Las “Bodas del Cordero” de los hermanos Van Eyck, en la iglesia de San Bavón en Gante, representan —aunque muy lejos, pero con una prodigiosa perfección de conjunto y finura de detalles— la idea cristiana de la Gloria. Cristo triunfa, pero no solo. Todos nosotros estamos llamados a triunfar con él. Resucitados con él, viviremos con él. Llamados a participar de su vida, lo estamos también a reinar con él. Y este es el fruto de la inmensa bondad de Dios para con nosotros en Cristo (Ef 2, 7).

Un soldado decía al morir: “Me voy a casa”. El Cielo es bien nuestro; es nuestra casa, ya que no hacemos sino una cosa con Jesús, cuya morada propia es el Cielo. Arriba estamos en nuestra casa, porque vivimos en él. Herederos de Dios, como coherederos de Cristo (Rom 8, 17).

---

<sup>139</sup> Un día un viajante de telas le presentaba muestras de tela blanca, y comenzando por la menos brillante le preguntó: “¿Era blanca como esto, la vestidura de la Santísima Virgen? — ¡Oh, mucho más blanca! — ¿Cómo esto? — ¡Oh, todavía mucho más!” Era más blanca que todas las blancuras del mundo.

¡Cuántas huellas se hallan en los Santos Padres, de esta argumentación siempre la misma y tan notablemente característica!

Estamos en Cristo. Mas Cristo —dice San Juan Damasceno— está en el Cielo; por tanto, en cuanto somos unos con él, estamos ya en el Cielo: *jam sumus, in caelo quatenus sumus in Christo*.

Y San Agustín: “Estamos con él, en el Cielo, no todavía en nuestras personas, sino en la suya: *sedere nos dixit in caelestibus, nondum in nobis, sed jam in illo*. Gracias a nuestra caridad, estamos ya en él, en la felicidad eterna; él, gracias a su amor, mora con nosotros en la tierra hasta que ésta deje de existir”<sup>(140)</sup>.

Con este sentido de las fórmulas exhaustivas, profundas, propias de su genio, el Obispo de Hipona resumía toda la felicidad del Cielo en estas palabras lapidarias: *habitabimus et habitabimur*. Habitaremos plenamente en Dios y Dios habitará plenamente en nosotros.

En la tierra no alcanzamos a Dios sino por los objetos que nos revelan su belleza, su poder, su verdad; allá arriba nuestra posesión de Dios será sin intermediario.

Acabado el conocimiento abstracto del Señor de todo, por sus obras y en sus obras, veremos lo que creemos: a Dios en su esencia, y en la Trinidad de Personas, todo Dios; sin penetrar, no obstante, todo lo que hay en Dios; pues entonces ya no seríamos sólo deiformes sino dioses. Estos “Tres” tan misteriosamente presentes en nosotros, y tan imperceptibles fuera de nosotros; a un mismo tiempo tan próximos y tan alejados de nosotros; — tan unidos a nosotros y con quien nos unimos tan poco inmediatamente—, le veremos finalmente sin más obstáculos. Ayudados por aquella luz de gloria que será en el Cielo lo que la gracia es en la tierra, veremos a Dios cara a cara. Veremos a Dios y todo lo demás en él. Y la medida de nuestra potencia de visión en el Cielo será la medida de nuestra santidad acá abajo. Veremos allí arriba tanto cuanto hayamos querido en la tierra. no solamente veremos, sino también amaremos. Fijos en el amor, amaremos a los “Tres” con la potencia de amar que habrá cristalizado en el último instante de nuestra vida. Y todo lo que amaremos fuera de Dios — pues no dejaremos de querer a los que legítimamente hemos querido en la tierra—, lo amaremos en él.

Y este amor nacido de la visión hará nacer un gozo sin medida: *gaudium Domini*, un gozo tal, que ninguna cosa de la tierra puede dar idea de él. Si ya en la tierra las grandes alegrías divinas trascienden todo

---

<sup>140</sup> *Enarr., II in Ps., XXVI, 11)*

sentimiento; si, cuando le place a Dios unir consigo, en el grado más alto en que es posible en la tierra, un alma santa, esta alma, bajo la influencia del divino abrazo, se ve forzada a clamar a Dios —como San Francisco Javier—: “basta Señor, basta” ¡tanto gozo sentía!; si, al decir de los grandes místicos, las comunicaciones divinas son tan sublimes en la unión consumada, que el alma abrasada no siente ya en sí misma nada de sí, y sin estar todavía en el Cielo, no está ya en la tierra (<sup>141</sup>), ¿qué será de esta posesión sin obstáculos, de Dios, que rompe los diques y sumerge todas nuestras potencias, qué decir de los goces de allá arriba; goces de la Belleza que se revela sin sombras; gozo de la Verdad, percibida sin error ni límite; goce del Bien, abrazado sin posible desfallecimiento? Y todo esto: visión, amor y gozo, viviéndose en un acto único, continuo, eterno.

Y todo esto poseído, no como algo fuera de nosotros —*habitabimus*; habitaremos—, sino como algo que está en nosotros mismos: *habitabimur*, Dios habitará en nosotros.

En la tierra, el gran secreto de la vida cristiana es el tomar posesión por la gracia, de Dios que vive en lo hondo de nosotros; en el Cielo, el gran secreto de la vida triunfante será tomar posesión por la gloria, de Dios, desplegando esta presencia, que por la gracia ha querido tener en nuestras almas.

De Dios que habita en nosotros sobrenaturalmente, decía San Agustín: *intimo meo intimior*, está en mí más íntimamente que yo mismo. Esto será verdad en el Cielo, o mejor, revestirá allí un carácter de verdad infinitamente más espléndido. Cada interior de un alma no será más que un resplandor de Dios. *Habitabimur*. Dios habitará en nosotros, no ya como en la tierra, con esta presencia obscura, aunque ya tan magnífica (pero tan dolorosa, por ser obscura, para quien procura penetrar el misterio); antes bien con una presencia luminosa, diáfana, fulgurante. En la tierra, el cuerpo sirve de diafragma con su denso velo. Es el muro que me oculta a mi Dios. Dios es el Dios de mi corazón; pero mi cuerpo me impide llegar hasta mi Corazón. En el Cielo, el cuerpo resucitado, glorioso, no será ya barrera, sino medio diáfano. El gran Viviente que en mí habita, lo veré. *Habitabimur et videbimus...!*

Evidentemente, después de tales balbuceos hemos de confesar que nada hemos dicho... *Nec lingua valet dicere...* Un minuto de oración

---

<sup>141</sup> Véase, por ejemplo, en San Juan de la Cruz: *La subida al Carmelo*, I, II, c. XXVI.

fervorosa, enseña más que un largo capítulo. Convendría no estudiar la gracia, y sobre todo la gloria, sino de rodillas.

## II

Hay una idea, por lo menos, sobre la que queremos insistir, por ser poco familiar a muchos cristianos, y, no obstante, capital; es aquella que sin quitar nada a la hermosura de la Gloria, añade singularmente al valor de la gracia: es a saber: la semejanza profunda y esencial entre las dos vidas: la vida sobrenatural, del Cielo, y la vida sobrenatural acá abajo.

Existen, sin duda, entre la Gloria y la gracia muchas diferencias accidentales. Estas aparecen a primera vista y no se ocultan a nadie. Pero precisamente porque son manifiestas, y saltan desde luego a la vista, destruyen la perspectiva y amenazan dejar en la sombra el fondo del cuadro. El Bien que se da por la gracia y por la Gloria es uno mismo: es Dios, poseído aquí y allí por una posesión de amistad. No hay diferencia sino en el modo de la posesión.

Decíamos ahora mismo del Cielo: *habitabimus et habitabimur*. Habitaremos en la casa de Dios y él habitará en nosotros. De estos dos verbos, sólo el segundo es verdadero en la tierra. Todavía no habitamos en la Casa del Padre más que en esperanza —pero ya Dios habita en nosotros—; y esto por efecto de la gracia. *Habitabimur*, o mejor en presente, *habitamus*. Sin duda —hay que insistir en ello—, no con una habitación acompañada de clara visión y gozo perfecto; pero con una presencia cierta afirmada por la fe. Somos templo de Dios: allá arriba, templo de su gloria, aquí templo de barro, pero templo en ambas partes; en ambas partes tabernáculo, casa de Dios: *Habitabimur*, o mejor, *habitamus*. Dios habita en nosotros de presente.

“La vida de la gracia y la de la Gloria son una misma —explicaba Bossuet a sus oyentes un día de Todos Santos—; no hay entre ellas otra diferencia que la que existe entre la adolescencia y la edad perfecta”.

Acá abajo, el germen; allá arriba, la flor enteramente abierta. Aquí la posesión en la obscuridad, allí en la luz. Aquí de cara a Dios, allí cara a cara con Dios. Ya estamos salvados, sólo falta que la salud sea consumada. Habéis recibido, dirá San Pablo, el espíritu de adopción —y casi en seguida: “Gemimos aguardando nuestra adopción”. O bien, “estamos salvos, pero en esperanza” (Rom 8, 23-24); es a saber, en un pasado que extiende su dominio sobre nuestro presente y nuestro porvenir; bajo

condición, en todo caso, que este presente y este porvenir sean en Cristo Jesús”.

San Juan no habla de otra suerte, y mezcla lo pasado y lo futuro: “Nos ha prometido la vida eterna; nos ha dado la vida eterna” (1 Jn 2, 25; 5, 11).

El fuego está encendido, sólo lo cubre un poco de ceniza.

Cuando el aire de la trompeta final soplará esta ceniza, el fuego centelleará brillante. Si ya hay tanta diferencia entre diferentes grados de gloria, ¡qué será entre la gracia y la Gloria!

Acá y allá arriba la vida es una misma —lo hemos dicho con insistencia. Pero aquí en fe; allí en visión. Aquí viaje, allí término. Aquí lo parcial, allí la plenitud. Aquí lo mudable, allí lo fijo. Aquí el esfuerzo, allí la perfección. Aquí la lucha, allí la victoria. Aquí el porvenir incierto, allí la eternidad segura. Amaremos lo que ya amamos, pero sin estorbo.

Ya tenemos en nosotros a Dios; pero en vez de creerlo, lo veremos. Veremos a Dios por nosotros y en nosotros, como es en sí mismo.

A pesar de estas diferencias, no hay que exagerar la imperfección de nuestro estado presente. Creer está mucho más cerca de ver, de lo que comúnmente se piensa. Esperar es ya poseer, cuando se trata de un bien prometido seguramente. Amar es siempre amar, sea aquí o en el Cielo.

Sin duda, no tenemos aún la visión, pero sí la seguridad de ver a Dios si le somos fieles. La esperanza no tiene por objeto el deseo de poseer a Dios; por la gracia le tengo ya; — sino el deseo de verle.

La gran miseria de la tierra no es tanto no ver. Poseemos. ¿Qué importa lo demás? La gran miseria es que podemos perder esto que tenemos; y el gran gozo del Cielo, acaso no sea sólo la visión, sino también la certidumbre de que el Bien poseído está adquirido para siempre, sin poderse perder.

Las conclusiones se imponen de suyo, y después de lo que hemos dicho, no parecerán contradictorias.

Se reducen a dos:

—Alentarse con el pensamiento de lo que vendrá.

—Consolarse por el pensamiento de lo que ya tenemos.

O si se quiere: animarse con el pensamiento del Cielo futuro; y gozar la alegría del cielo ya presente. ¡Más tarde será tan diferente! Mas ahora es sustancialmente muy semejante.

Y por lo pronto, conviene actuar en nuestra vida la esperanza eterna. En medio de la nada que pasa, evitemos dejarnos absorber por la nada. Sepamos y pensemos alguna vez, que hay otra cosa que no pasa. Evitemos ocuparnos tanto en lo terreno, que nunca nos ocupemos en lo celestial. Mucha gente se parece al Duque de Alba en la batalla de Mühlberg, que después de haber batido el hierro nueve horas, preguntado por el rey de Francia, si era verdad, que según muchos decían, se había detenido el sol durante la batalla, contestó: “Sire, aquel día tuve tanto que hacer en la tierra, que no tuve tiempo de mirar al cielo”.

Asegurémonos algunos minutos diarios (un poquito más si podemos) para mirar a lo alto. ¡Es tan gustoso, y en todo caso tan útil, a ciertas horas, escaparse de la cárcel de lo contingente, y vivir en el tiempo algunos minutos de eternidad!

Pero hay que decir más. La vida del Cielo no se ha de considerar solamente como un porvenir que esperamos. Es menester considerarla como un presente que hemos de vivir actualmente. En efecto, si vivo en gracia ¿no es esto ya un cielo en la tierra? Puesto que “es Cielo donde está Dios, y Dios está en mi alma”.

Mirado por este aspecto —y es el único justo—, ¡cuán amable se hace “nuestro pequeño planeta de redención!” Y ¿quién mirará en él solamente un valle de lágrimas?

Para el que sabe mirar y para quien sabe querer, todo es cielo: cielo de gracia o cielo de gloria.

Y si reflexionamos que podemos preparar la hermosura del cielo de gloria en este otro cielo de gracia, qué grandeza no sospechada, se nos ofrece, y qué lícito gozo; no sólo lícito, sino obligatorio...

Seré más adelante un ser maravilloso, y tengo desde ahora a mi disposición todo lo necesario para hacerme tan maravilloso como deseo: *Coelum es et in Coelum ibis*. Hecho para el cielo, eres ya un cielo (San Agustín).

Estamos rodeados de paraíso. Se entiende que los primitivos cristianos ponían en derredor de los mártires y los santos una atmósfera luminosa.

Toda alma en gracia está señalada por una invisible aureola. Nosotros no la vemos, pero la ve Dios. A quien no lleva esa señal de justo, Dios le desconoce. No irán al cielo más que los celestes.



San Agustín, comentando el texto del Apóstol: lo que no vio el ojo, etc., proponía a los cristianos que le escuchaban ávidamente, esta última materia para sus meditaciones:

“El cielo es lo que Dios prepara para los que ama. ¿Queréis saber más de él? —preguntad a Aquél que habita ya en vosotros” (<sup>142</sup>).

No queremos terminar con otra idea. Aquel se formará del cielo de la gloria la idea más alta y comprensiva, la más justa, que procure vivir lo más que pueda en el cielo de su alma, y allí interrogar al que vive en él. “Nuestra patria” la llevamos en nosotros, pues Dios vive en nosotros. El Cielo no será otra cosa, sino sólo de otra manera. Vivir interiormente ya es vivir, en la tierra, *in excelsis*.

---

<sup>142</sup> *Sermo CCCXXXI, In natali martyrum, 3. 4.*

## Conclusión

Actualmente muchos cristianos sienten mayor necesidad cada día de piedad ilustrada.

No quieren solamente amar mucho; aspiran, además, a conocer mejor el Objeto de su amor.

\* \* \*

Para ellos hemos escrito este libro.

Quiera Dios que estas páginas no queden muy por debajo de esta intención.

El Apóstol San Pablo, cuyo testimonio queremos invocar aquí por última vez, dice: “Para muchos el misterio que anunciamos está escondido”.

¡Ojalá que hayamos logrado hacer conocer algo más este misterio escondido!

En todo caso, para lograr este resultado, confiamos menos en nuestras palabras que en la meditación atenta y la oración de cada lector.

La sola curiosidad o el solo estudio, no bastan para penetrar en Jesucristo, —sobre todo en Jesucristo tan íntimamente unido a nuestra propia vida, que nos revela el dogma del Cuerpo Místico. Aunque tan cerca de nosotros. Cristo se esconde a quien no le pregunta a menudo: “Maestro, ¿dónde habitas?”

\* \* \*

Como fácilmente se puede entender, este estudio sobre las relaciones de cada cristiano con Jesucristo, por efecto de nuestra incorporación individual con el Salvador, reclama —lo advertimos al principio— un trabajo paralelo sobre las relaciones mutuas de todos los cristianos por efecto de su común incorporación a Jesucristo.

Entonces la síntesis será completa.

Este trabajo paralelo está en preparación. Quiera Dios bendecirlo y ayudarnos a terminarlo. <sup>(143)</sup>

---

<sup>143</sup> Es el libro titulado: “Cristo en nuestros prójimos” (N. del E.)